



AMOR EN JUEGO

EL CHICO SEXY SE ENAMORA

Liliana Díaz

Amor en juego

El chico sexy se enamora

Liliana Díaz

Titulo: Amor en juego

Copyright © 2019 Liliana Díaz

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: Imagen utilizada con licencia Depositphotos TM

Segunda edición: Octubre 2019.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Epílogo</u>

Capítulo 1

Leo

Hay tantas mujeres ardientes aquí. Desde las chicas de ojos tristes e impacientes que tienen que esperar en la fila porque no cuentan con una conexión para dejarlas entrar antes que el resto de los simples mortales, hasta las camareras que bailan en el bar y las asistentes a la despedida de soltera que sacuden sus culos en la pista en celebración de la última noche de libertad de sus mejores amigas, ni siquiera pude mantenerme al día con el número de mujeres asombrosamente impresionantes que me rodeaban. Esta era mi idea perfecta de un viernes por la noche.

La Sala Blanca es el tipo de club nocturno al que vienen el *quién es quién* de Miami. Situado en Mid-Beach, el glamoroso club era parte del Hotel Fontainebleau y un punto de encuentro para gente famosa y clientes regulares VIP. Yo venía aquí todo el tiempo. Si iba a emborracharme, lo iba a hacer con estilo.

¿Me ha costado mucho dinero esta forma de vida? Demonios, sí. Pero como parte del equipo Fútbol Los Tiburones de Florida, al menos, cuando mi trasero no estaba suspendido, estaba asegurado y tenía suficiente dinero para emborracharme sin parpadear en mi cuenta al final de la noche.

El lugar, el servicio y la música son lo mejor, y por eso vienen al club mujeres ardientes de todas partes. Si había algo que me hacía un hombre feliz, era una mujer con un vestido que dejara muy poco a la imaginación.

Esta noche, el club estaba lleno. El lugar consiste en una enorme pista de baile con cabinas de banquetes en la planta baja, escaleras que descendían de las puertas para que se pueda ver quién entra, y sky boxes en la segunda planta que miran hacia la pista de baile. Los Sky Boxes son reservados para VIPs como nosotros, así que aquí es donde estábamos esta noche, al igual que todas las otras noches que veníamos.

Me apoyé en la barandilla cromada y miré a la multitud con un vaso de whisky caro en la mano. La música palpitaba como un pulso acelerado, y los cuerpos se retorcían al ritmo. El aire olía a sudor y lujuria, una combinación embriagadora.

—Hombre, es bueno relajarse—, dijo Lucas, extendido en uno de los sofás de cuero blanco.

—Juro que el último partido me lastimó. Me duele todo el cuerpo—, le contesté, dándole la vuelta para mirarlo de frente.

—Te dieron duro en la cara ¿Verdad? No te ves bien.

No pude evitar que la sonrisa me levantara el labio. Me gustaba andar con Lucas. Era un tipo demasiado entretenido.

—Y tú ya la tenías arruinada—, respondí a su burla.

Puso los ojos en blanco y se rio. —Mi cara está intacta, y no me estoy muriendo. Todas estas mujeres de por aquí me miran, idiota. Tú lo sabes.

Me encogí de hombros y sorbí mi whisky. Era un idiota, pero yo me divertía manteniéndolo cerca. Me giré un poco y sentí un fuerte dolor de espalda al hacerlo. Se agudizó gracias al último partido, antes, solo me dolía por una mala noche de sueño.

Herirse en el juego era un riesgo laboral. Lucas Hernández era el corredor de Los Tiburones.

Muy bueno en lo que hacía y uno de los favoritos de los fans. También, mi mejor amigo. Habíamos jugado juntos para los Huracanes antes de ser seleccionados para el equipo, y si había alguien a quien recurrir en una crisis, ese era a Lucas.

—¿Cuántos partidos deben pasar para que vuelvas a la acción? Debes estar perdiendo la cabeza por no volver a jugar pronto.

Asentí con la cabeza. —Me siento perdido en la mierda—. Era una descripción exacta. No jugar me volvería loco, pero tendría que lidiar con ello. Finalmente la vida se trata de las decisiones que tomas.

—Dos juegos más—, dije, por sobre el hombro y girándome. —Entonces estaré de vuelta.

Me volví completamente hacia Lucas y me senté también. Él bebió un vaso de agua con gas como si fuera abstemio. Se entrenó por la mañana. Los Tiburones empezaban la rutina a las seis, y teníamos que *Enfocarnos. Escuchar. Aprender*, como nos recordaba la señalización sobre la puerta de la instalación de entrenamiento. Era difícil hacer eso cuando tenías tanto alcohol en tu sistema que hacía que el mundo girara cuando te quedabas quieto.

Yo lo sabía. Mientras estaba fuera, sin embargo, podía beber todo lo que quisiera, pero eso no era una gran ventaja, teniendo en cuenta los graves problemas que tenía con el equipo.

Estar suspendido no era una broma. Definitivamente hubiera preferido jugar y estar sobrio la mayor parte del tiempo, que estar castigado y ver a mi equipo en la televisión.

—Gracias por salvarme el culo—, dijo. —Ya sabes, por asumir la culpa

Hice un gesto con la mano despectivamente. —No te preocupes. De verdad

Lucas asintió con la cabeza, pero pude ver la tensión en sus hombros. No quería que nada le hiciera daño. Éramos iguales en ese aspecto.

—¿Hablarás con el entrenador el miércoles?—, preguntó.

Asentí con la cabeza. El entrenador me citó para que fuera a hablar de mi imagen pública. Mi suspensión por conducir bajo la influencia del alcohol se había añadido al final de toda una lista de infracciones, en su mayoría relacionadas con mujeres. Tenía que limpiar un poco mis actos si quería volver a mostrar mi cara en público.

No quería que llegara ese día. Comprendía mi suspensión. Había tomado mi decisión y viviría con las consecuencias. Pero no deseaba renunciar a las mujeres. Estar con quien yo quisiera, no afectaba mi juego. De hecho, tenía la teoría de que cuanto más satisfecho sexualmente estaba, mejor podía jugar. Aun que esa era una opinión que el entrenador no compartía.

Rudi Thompson, era el hombre que nos entrenaba, era el tipo de persona que ponía toda la fe en sus jugadores. El juego era tan importante para nosotros como lo era para él. Vivió a través de cada uno del equipo, siendo incapaz de jugar más él mismo.

—Cuando hables con el entrenador, recuerda de dónde viene—, dijo Lucas.

Su mente había estado evidentemente en la misma línea de pensamiento que la mía.

Agité la cabeza. —Sé lo que vas a decir, y no quiero oírlo—, dije. —Aún no es miércoles, y estamos aquí para divertirnos. ¿Te acuerdas? Deja de pensar en el fútbol por un minuto. Voy a bajar a buscar una chica para los dos.

Lucas se rio. —No voy a quedarme lo suficiente para eso.

—No seas imbécil. Sé que quieres conseguir algo esta noche. Es el mejor remedio para el dolor de huesos.

Agitó la cabeza. —No creo que ese sea un hecho médico probado

Me reí y dejé el palco del cielo, me dirigí a la pista de baile. Donde me topé con un par de chicas. Me incliné hacia ellas para que me oyeran por encima de la música. Los cuerpos poco vestidos se frotaban contra mí, la música latía en mis venas. Era el momento de disfrutar y

sentirme bien, quería terminar con una de ellas, en posición horizontal esta noche.

Aun si fuera en posición vertical, como contra la pared o algo así, funcionaría para mí.

Dos mujeres estaban ansiosas por estar conmigo. Sólo tenía que mencionar los términos —sky box— y —single friend—, y ya estaban listas. La mayoría de las chicas no sabían de fútbol. Pero esas palabras mágicas fueron suficientes para ellas.

—Lucas—, dije, entrando en la cabina con mi hallazgo. —Estas son Carina y Sacha. Señoritas, les presento a mi amigo, Lucas.

Me senté, y la morena, Carina, se me unió. Sacha era rubia platino y se acomodó al lado de Lucas.

—Buenas noches, señoritas—, dijo mi amigo, mirándome con una sonrisa.

Las mujeres estaban deseosas. Carina se apretó contra mí, así que sentí su cuerpo, delgado y con unas tetas enormes que no podían ser reales. Yo prefería pechos naturales y algo de carne en sus huesos, pero ella estaba caliente y no la echaría de la cama o de donde fuera que esta noche terminaríamos teniendo sexo esta noche.

La cita de Lucas estaba haciendo algo similar, presionándose tan cerca de él que no podía acercarse más, a menos que se subiera a su regazo. Puse mi mano en la pierna desnuda de Carina. Su falda era tan corta que parecía más bien una camisa larga.

—¿Qué te parece si vamos a una habitación?— Le pregunté a mi chica. Su boca ya estaba en mi cuello, irritándome.

Miré hacia Lucas, que todavía estaba hablando con Sacha. —Estoy seguro de que hay una habitación al lado que puedes usar, amigo.

Él agitó la cabeza y se inclinó hacia adelante para dejar su vaso. Despegándose de Sacha.

—Siento decepcionarlos, chicos, pero debo queirme. Tengo entrenamiento por la mañana—. Se levantó y se despidió con las manos, forzando a la chica a retroceder.

—¿No puedes quedarte un poco más?— preguntó la chica. Juntó las piernas como tijeras y se inclinó hacia atrás, sacando el pecho. Ella realmente lo deseaba.

Me levanté y me pasé la mano por encima del pecho mientras la miraba. La chica era digna de admirar, aunque la mayoría de las mujeres que pasaban el rato a nuestro alrededor lo eran. Además que querían sólo un buen sexo, al igual que nosotros.

De hecho, a juzgar por la forma en que vinieron conmigo y aceptaron, estaba bastante seguro de que jugaban en el campo tanto como yo. No es que me estuviera quejando. No buscaba arrodillarme por razón de la propuesta, ni repartir un anillo, en un futuro cercano.

—Vamos—, le dije a Lucas. —¿Vas a dejarme cuando realmente cuenta. Qué buen compañero eres—, lo miré herido, pero irónicamente.

Las chicas se rieron.

—Estoy seguro de que puedes manejarlo—, dijo Lucas y me guiñó un ojo. —Hablaemos más tarde.

Le eché un vistazo.

—Eres un buen amigo, ¿lo sabías?— Estaba siendo sarcástico, no es que no lo supiera por el tono de mi voz.

Él se rio y me dio una palmada en el hombro antes de dejar la cabina, moviendo la cabeza. Suspiré y me volví hacia las mujeres. Sacha estaba haciendo pucheritos en el sofá.

—¿Todavía quieres ir a esa habitación?— Preguntó Carina con voz seductora, pavoneándose hacia mí.

Asentí, poniendo mi mano en la parte baja de su espalda y deslizándola hacia su trasero.

Entonces un pensamiento cruzó mi mente. No estaba seguro de que ninguna de las dos lo

aceptara, pero eso nunca me ha impedido preguntar. Siempre he sido un tomador de riesgos. Y, como dice la vieja frase deportiva, fallas el cien por cien de los tiros que no intentas.

—Ven con nosotros, Sacha—, dije sonriendo. —No hay razón para que te quedes sola aquí y te pierdas la diversión.

Miró a su amiga, labios abiertos, ojos interrogando. Ella sabía lo que estaba sugiriendo. Carina puso su brazo alrededor de mi cuello, presionando el largo de su cuerpo contra el mío.

—Sí, únete a nosotros—, dijo.

Por eso nunca está de más ir tras lo que quieres en la vida. Y siempre había sido un hombre que vivía bajo esa filosofía.

Capítulo 2

Leo

Sacha se levantó, sonriendo. Caminó hacia mi brazo libre, y yo la acerqué a mí, deslizando mi mano por su costado. Dejamos la cabina y nos fuimos al hotel, a la habitación que había reservado esa misma noche. Siempre estaba presto para todo.

No podía decir que estar preparado era una ideología que seguía a cabalidad. Pero cuando se trataba de sexo, siempre estaba listo y dispuesto.

Cerré la puerta detrás de nosotros y me volví hacia las mujeres. Mi pene palpitaba en mis pantalones con anticipación y lujuria. Ellas sabían exactamente por qué estábamos aquí. Pedí a gritos que me soltaran. El alcohol siempre me hizo eso.

Las chicas se miraron entre ellas, sonriendo. Carina se apretó contra mí de nuevo, sus caderas rozando contra las mías. Levanté mi mano y la puse sobre su pecho, dándole un apretón firme. Su lengua se deslizó en mi boca, y gimió.

Estaba consciente de que Sacha se movía a nuestro alrededor, ralentizando el despojo. Su vestido se cayó al suelo. Cuando la miré, estaba desnuda.

Santo cielo. Su cuerpo estaba bronceado por todas partes. Parecía un color artificial, y sus tetas se notaba que eran falsas, pero no me importaba nada en este momento. Parecía que se había escapado de una película porno. Tenía la sensación de que ella también sabía follar como una estrella triple x.

Deslicé mi mano por el cuerpo de Carina desde su teta izquierda, sobre su estómago, hasta el dobladillo de su vestido. Lo levanté. Su vagina perfecta me saludó, esperando a que yo estuviera en ella. En ese momento descubrí que no llevaba ropa interior.

Habían venido aquí con una cosa en mente. Bien. Estábamos en la misma página, entonces.

Mis dedos encontraron la abertura de Carina. Estaba mojada y lista para mí. Le metí los dedos y pude sentir su excitación. Su respiración se aceleró, volviéndose superficial y errática.

Sacha caminó hacia nosotros, sus caderas se balanceaban de lado a lado. Se detuvo detrás de su amiga y con su manos siguió el contorno de su vestido. Poco a poco, empezó a levantarlo, y despegarlo de su cuerpo. Hice lo mismo, ayudando a Sacha. En poco tiempo, el vestido estaba en el suelo.

Los tres, ya estábamos desnudos en la cama, cada una de ellas sosteniendo una de mis manos. Carina se recostó y sus muslos se abrieron. Esta era mi idea del cielo.

Me arrastré sobre ella y sumergí mi cabeza entre sus piernas. Abrí mi boca y la chupé, probándola, lamiendo su delicioso clítoris. Se retorció y gemía debajo de mí. Mi lengua trazó su abertura y la rodeó. Mientras tanto Sacha comenzó a correr su mano arriba y abajo de mi eje, jugando con mi miembro duro.

No tenía lo que se necesitaba para aguantar mucho tiempo. Mi pene estaba firme como una roca. Yo quería entrar, y siempre conseguía lo que quería. Subí por su cuerpo, plantando besos hasta arriba. Le chupé el pezón mientras me ponía un condón. Luego puse mi miembro en la entrada de su vagina.

Cuando la empujé, Carina jadeó. Estaba tan caliente y apretada, ya cerca del orgasmo. Empecé

a golpea mis caderas con las de ella, cogiéndomela. Podía ver el placer en sus ojos. Ambas querían esto.

Sacha se inclinó hacia adelante y presionó sus labios contra los míos. Me equilibré en una mano y agarré sus senos. Me besó muy ansiosa, metiendo y sacando la lengua de mi boca.

Quería durar lo más que pudiera, pero no era fácil con estas dos hermosas mujeres deseosas de complacerme. Me cogí a Carina hasta que no pude aguantar más y ella estaba gimiendo debajo de mí. Sus pechos se movían mientras yo le bombeaba. Tuvo orgasmos, dos veces antes que yo. Cuando la solté, temblé por la forma en que palpitaba mi pene.

Estaba jadeando para ese momento. Me levanté de la cama y caminé hacia el cubo de la basura para deshacerme del condón. Luego me dirigí al sillón, y me arrojé en él.

—Diablos—, dije.

Estaba agotado. Pero yo quería más. Sólo necesitaba recuperarme primero.

Las dos mujeres yacían en la cama, retorciéndose juntas. Se besaron, lenta y sensualmente, mientras sus manos exploraban el cuerpo de la otra. La vista era algo que no veía a menudo, pero era suficiente para volver a levantarme.

Cuando estaba listo para el segundo asalto, Sacha se dio la vuelta y me apuntó con el culo. Movié las caderas y miró por encima del hombro.

Eso fue todo. Era hora de otro condón. Le puse las manos en su redonda protuberancia, la sostuve quieta y me apreté contra ella por detrás. Gimió, y yo empecé a mover mis caderas, clavándola en ella de la misma manera que lo había hecho con Carina. Hablando de ella, había deslizado su cabeza por debajo de nosotros y comenzó a chupar mis bolas mientras yo me cogía a su amiga, quién empezó a gemir, y gritar: —Bebé, eso se siente tan bien que me estás haciendo venir.

Me di cuenta de que probablemente no recordaba mi nombre, pero ni siquiera me importaba. Mi pene se sentía tan bien atascado hasta el final en su vagina, mientras la otra chica estaba jugando y chupando mis bolas. No tardé mucho en llegar al clímax.

Cuando finalmente terminamos, nos vestimos y volvimos al club. Carina se aferró a mí, besándome. Las manos de Sacha se deslizaron por mi cuerpo, sintiéndome y tocándome por todas partes.

—Señoritas, ¿no les he dado suficiente?— Bromeé.

—No— contestó una de ellas, mientras que la otra dijo: —Queremos más. ¿Cuándo podemos volver a verte?

Eso violaría mi regla de *sólo una noche*. Yo había cometido ese error en el pasado y a veces las mujeres se ponían muy pegajosas, pensando que eso significaba que estábamos en una relación o algo así. Pero yo no formo relaciones. Ni siquiera recordaría sus nombres mañana.

El flash de una cámara me parpadeó por un segundo. Cuando levanté la vista, un tipo se escabulló.

Miré a Carina, pegada contra mí y Sacha con sus manos por todo mi cuerpo. Todo eso había sido captado. Mierda.

Capítulo 3

Susan

Las oficinas de Storm Marketing y Relaciones Públicas estaban a un par de cuadras del mar en el centro de Miami. Perdimos la vista al océano y todo el mundo se quejaba desde que nos mudamos al nuevo edificio un poco más hacia el interior. Pero yo estaba demasiado ocupada viviendo mi vida como para mirar por la ventana y soñar.

—Susan, entra—, dijo Gonzalo cuando llamé a su puerta.

Me sonrió desde el otro lado de su escritorio e hizo un gesto a una silla y me senté. La oficina de Gonzalo era pequeña y precisa, nada que sugiriera que tenía una vida fuera del trabajo. No tenía fotos enmarcadas en su escritorio o dibujos en la pared que sus hijos pudieran haber dibujado. Los libros en su estante estaban todos relacionados con el negocio, y la planta de un macetero era falsa, lo que sugería que no podía tomar tiempo de su ocupada vida para cuidar una real.

—Tengo un nuevo contrato para ti—, dijo. —Algo de carácter difícil. Se llama Leo Bell. Uno de los nuestros, aquí con los Tiburones de Florida.

Me dio un archivo y lo abrí.

—¿Cuál es el problema?— Le pregunté. Había oído hablar de Leo Bell. Era jugador de fútbol, y su nombre salía en las noticias todo el tiempo. Sin embargo, nunca pude seguir la pista de *por qué* esos jugadores de fútbol estaban siempre en problemas.

—Ha sido suspendido por manejar bajo la influencia de alcohol, esto ocurrió a principios de este año. Pronto volverá al campo, pero a su entrenador le preocupa que su imagen afecte a los aficionados.

Asentí con la cabeza. El problema de ser un rico y famoso era que todo el mundo lo estaba mirando.

Ser humano y cometer errores como el resto de nosotros no era una opción. Era una vida cruel, pero si ellos no tuvieran esos problemas, yo no tendría trabajo.

—¿Qué más ha hecho?— Le pregunté.

Gonzalo agitó la cabeza. —No es mi trabajo informarte. Tú lo sabes. Haz tu tarea sobre el tipo y avísame si estás preparada para esto. Lo entenderé si lo rechazas.

Eso me cubrió las espaldas. No rechazaba nada, especialmente si la gente esperaba que lo hiciera. Sabía lo que estaba haciendo, y siempre hacía bien mi trabajo. No iba a decir que no cuando alguien asumía que fracasaría.

Gonzalo se inclinó hacia atrás en su silla. Era un hombre de unos cincuenta años cuya edad le había alcanzado más rápido de lo que debería. Estaba casi completamente canoso, y su vientre se tensaba contra su camisa de una manera que amenazaba hacer estallar los botones. A pesar de su exterior duro e indeseable, por dentro Gonzalo era amable y un buen jefe. Nos cuidaba y se aseguraba de que supiéramos lo que hacíamos.

—Te llamaré tan pronto como esté lista—, le dije. —Sabes que aceptaré.

Gonzalo asintió. —Sé que no eres de las que huyen de un trabajo, pero hazme saber sino puedes. Por el bien de la formalidad

Acepté y me levanté, metiendo los documentos bajo mi brazo.

—Gracias por la oportunidad—, dije.

Gonzalo me hizo un gesto con la mano para despedirse.

De vuelta en mi oficina, me senté y puse el archivo en el escritorio frente a mí. Pensé en lo que él había dicho. Era un cliente difícil. Tenía que hacerle saber si iba a aceptarlo. Sabía que no me echaría atrás en un desafío. Fue por eso que me dio la información en primer lugar.

Abrí la carpeta y miré la información incluida de Leo Bell. Había fotos de acción en el campo, jugando. Había tiros de equipo, seguidos por tiros simples, y finalmente, los que realmente importaban. Las fotos de él en la ciudad.

Tenía que admitir que era muy guapo. El jugador de fútbol en el que se había convertido, tenía músculos espectaculares, cabello castaño que siempre parecía un desastre, y ojos color avellana que yo tenía la sensación de que podían afectar las emociones de una mujer. Parecía un jugador de deporte y uno de mujeres también.

Vi el resto del archivo. No encontré nada que no supiera ya sobre este tipo de hombres. Tuve más que suficientes clientes, cuya imagen pública había sido empañada. Personas que habían preferido vivir la vida que querían, en lugar de hacer lo que era necesario para cuidar sus posiciones ante el ojo público.

Al final, todos cometían un error, destrozando su reputación. Mi trabajo se trataba de recoger los pedazos y volverlos a juntar.

Esto no era nada que no pudiera manejar. Leo Bell era como cualquier otro tipo famoso, que tenía mucho dinero para hacer cualquier cosa y demasiado tiempo libre para buscar problemas. Eran todos iguales.

Antes de salir de mi oficina por el día, me registré con Gonzalo de nuevo.

—Lo he considerado, como me lo pediste—, dije. —Yo lo haré.

Gonzalo me miró. —¿Estás segura?

Asentí con la cabeza. —Positivo. Sabes que puedo hacerlo. No me lo habrías dado si no hubieras pensado que podía manejarlo.

Él asintió. —Eres la mejor en este juego. Sabes cómo hacer que coman de tu mano.

Sonreí. Eso es exactamente lo que estaba planeando hacer. Este personaje era un tipo más que necesitaba dar lo mejor de sí mismo.

Todo el mundo tenía secretos. Todos llevaban una doble vida. Tenían un lado que necesitaban mostrar al público y otro que mantener en bajo llave. Leo acababa de confundir los dos. Yo le ayudaría a separar las cosas y mantenerlas en su sitio.

Una vez que se diera cuenta de cómo tenían que verlo, sería capaz de mostrar su lado correcto a la prensa, y todo lo demás caería en su lugar. Esto es lo que hacía para ganarme la vida. Yo era buena en eso, y Bell no sabría qué lo golpeó hasta que fuera demasiado tarde para volver a caer en malos hábitos. Me aseguraría de ello. A eso me dedico después de todo.

Capítulo 4

Susan

Me detuve en la casa de Dora de camino a la mía. Nos conocimos en la universidad, donde habíamos sido compañeras de cuarto, y la amistad había perdurado en el tiempo.

Me llamó para que viniera a su apartamento.

La abracé cuando abrió la puerta. —Te estaba esperando—, dijo ella.

—¿Por qué? ¿Que sucede?— Dejé caer mi bolso y mi abrigo en el sofá y me senté.

Dora se encogió de hombros. Su cabello rubio estaba recogido en una cola de caballo, y ya se había cambiado de ropa de trabajo a algo más cómodo. Cuando estaba cansada era lo primero que hacía al llegar a casa después del trabajo, buscar un buzo ancho y una polera liviana, estar cómoda era esencial cuando los pies dolían durante un día arduo y la espalda amenazaba con doler.

—Porque no nos hemos visto este fin de semana. Siempre lo hacemos..

Me reí. —Necesito cambiar. Me estoy volviendo predecible.

Dora puso una cafetera en la cocina abierta y se inclinó con los codos sobre el mostrador.

—¿Qué hay de nuevo?—, preguntó.

—Hoy tengo un nuevo proyecto.

—¿Quién es esta vez?

—Jugador de fútbol. Leo Bell.

Dora levantó las cejas. —Impresionante.

—No más que los otros—, le dije. —Veo demasiada gente famosa.

Ella se rio. —Oh, discúlpennos, su majestad.

Agité la cabeza. —Eso no es lo que quise decir, sólo que trabajo con mucha gente que piensa que son un regalo de Dios para la humanidad, y sólo se dan cuenta casi demasiado tarde de que son tan imperfectos como el resto de nosotros.

Asintió, sonriendo. —Correcto, lo entiendo.

Puse los ojos en blanco. El café estaba listo, y se preparó para llenar dos tazas. Le agregé azúcar a la mía, pero no leche. Para ella, sin azúcar y con un chorrillo de crema. Lo de siempre. Caminé alrededor del mostrador de la cocina y me dio mi taza.

—He oído hablar de ese tipo—, dijo ella. —Leo Bell. Su nombre aparece de vez en cuando.

—Por eso me llamaron. Aparentemente, ha sido suspendido, y tenerlo de vuelta le va a costar.

Dora sonrió, sorbiendo su café. Yo soplé en la parte superior del mío.

—No me importa lo aburrida que estés con la élite de Miami. Sigue sonando interesante para mí, cada vez que recibes una llamada para ayudar a un nuevo cliente como relacionadora pública. Otras personas arreglan cosas. Tú arreglas a la gente. Eso es emocionante.

Agité la cabeza. —Yo no los arreglo. Sabes cómo me siento al respecto. Sólo les muestro cómo ocultar sus cosas negativas, lo suficientemente bien para que no se convierta en un problema para el resto de nosotros. Todo el mundo tiene secretos.

Era una declaración por la que vivía. Todo el mundo tenía algo que ocultar. La gente te aceptaba o rechazaba basándose en lo que sabían de ti, no en lo que no sabían. Una vez que lo

entendías, tenías el poder de crear tu imagen y mantener las cosas que realmente importaban lejos de aquellas que no debían ver.

—Tienes un trabajo hecho a medida para ti— soltó casi como si no hubiera algo más detrás. Luego, después de una pausa, como si no estuviera segura de decirlo, añadió: —Siempre te eligen a ti para los hombres.

—¿Los hombres?— Envolví mis dedos alrededor de la taza de café. —¿De qué estás hablando?

Sonrió. —Oh, vamos. Nunca te lo he dicho antes, pero no actúes como si no lo supieras. Eres sexy. Haces ejercicio y te vistes bien. Tienes ese peinado animoso, y esos ojos que llaman la atención. Esa figura de reloj de arena que recuerda a Christina Hendricks o Marilyn Monroe. Te dan a los hombres como tus clientes porque puedes envolver a cualquiera en tu dedo meñique.

Me encogí de hombros. Ella tenía razón, era verdad. Ellos eran mucho más fáciles de influenciar cuando se trataba de la siempre importante esfera de la imagen pública.

—No es mi culpa que me escuchen—, dije inocentemente.

Se rio. —Si me dieran un dólar por cada vez que me dijeras que no fue tu culpa que se enamoraran de ti, ya tendría millones en mi bolsillo

—Oye, esto es un negocio. No mezclo negocios y placer.

Mi amiga asintió, terminando su café. Se inclinó hacia adelante y puso la taza sobre la mesa.

—Tienes razón. Sé eso de ti—. Volvió a dudar y luego hizo otra pregunta. Nos conocíamos desde hacía tanto tiempo que era imposible mantener las cosas en secreto, ya fueran preguntas o respuestas, entre nosotras.

—¿Y qué hay de Rodrigo? ¿Qué está pasando con eso?

Terminé mi café, también, y dejé mi taza. —Rompí con él.

Suspiró. —¿Por qué?

—Porque se estaba poniendo serio. Él quería más, y yo no quería lo mismo.

Agitó la cabeza. —No puedes seguir alejando a todo el mundo—, dijo.

—No lo hago. Le dije desde el principio que no quería nada más que sexo de él. Es un hombre. Se supone que debe estar contento por eso. No quiero una relación.

Mi amiga seguía moviendo la cabeza. —Un día, conocerás a alguien y te darás cuenta de que todo lo que has estado haciendo es esperar a que el Sr. Perfecto te haga perder la cabeza.

Sonreí. —No lo creo. No hago relaciones porque no las necesito. Soy feliz sola. Si puedo dormir con ellos, tengo lo que necesito. ¿Qué tiene de malo eso? Los hombres lo hacen todo el tiempo, y nadie los cuestiona.

—Tienes razón—, dijo cogiendo una de las almohadas y abrazándola al pecho. —Sólo creo que deberías haberle dado una oportunidad a Rodrigo. Era un buen tipo. Te trató como a una reina, y quería comprometerse. ¿Sabes lo difícil que es encontrar esa combinación?

—Cuando me pongo a pensar en esas cualidades, específicamente, no tienen tanto valor para mí. Soy feliz con mi vida y lo que hago con ella. No necesito un hombre. No tienes que preocuparte por mí. Sabes que así es como lo hago. Además, al no tener a nadie que me distraiga, puedo dar lo mejor de mí en el trabajo. Mi carrera es más importante.

—Hay más en la vida que sólo trabajar, ya sabes.— Ella no iba a dejar pasar esto. —Ya tienes 28 años. ¿No deberías empezar a sentar cabeza?

—¿No deberías ocuparte de tus propios asuntos?

Dora se rio y levantó las manos en defensa. —Está bien—, dijo. —Lo dejaré hasta aquí. No volveré a hablar de hombres hasta que lo menciones, ¿de acuerdo?

—Me gustaría ver eso—, contesté. —Pero no creo que sepas cómo no hablar de ello.

Me hizo una mueca. Pero seguía sonriendo. —Sólo te doy mi consejo no solicitado, porque me preocupo por ti.

Sabía que decía la verdad. Ella estaba realmente preocupada por mí. Y yo lo entendía, lo tenía muy claro.

Lo que no parecía entender ella, era que yo estaba perfectamente feliz estando sola. Era buena en mi trabajo, en la cama, y en mantener ambas áreas de mi vida separadas. Y estaba bien con no involucrarme.

Mi forma de hacer las cosas me venía perfecto, sin importar lo que Dora dijera al respecto. Aunque sabía que sus preocupaciones venían de un lugar de amor, no pensé que debía escuchar porque mi vida ya era completa tal como estaba.

Capítulo 5

Leo

—¿Qué le vas a decir?— Lucas me preguntó. Estaba sin aliento, sus piernas ejercitaban en la cinta de correr. Su camisa estaba empapada de sudor en la espalda, el pecho y debajo de los brazos.

Yo acababa de dejar de correr en mi propia cinta. Estábamos en el Centro de Entrenamiento de Los Tiburones de la Universidad Nova Southeastern. Era como nuestro segundo hogar y el único donde podía escapar de todo y perderme en el juego.

Al menos, solía ser así. Últimamente, no se sentía como un gran escape si el juego en sí había sido eliminado.

—Veré qué tiene que decirme primero—, le dije. —Y me encargaré a partir de ahí.

Encontré una botella de agua en mi bolsa y bebí el líquido frío. Estaba a punto de ver al Coach para nuestra charla, y por mucho que odiara admitirlo, incluso ante mí mismo, estaba nervioso.

Los miércoles no solían ser días de ejercicio para mí, pero debo aceptar que siempre me libera de la tensión, y el ejercicio extra nunca me hace daño. Además, quería demostrarle al entrenador que iba en serio.

A pesar de que me habían suspendido seis partidos, mucho más de lo que merecía por lo que había pasado, me había mantenido al día con mi régimen de entrenamiento y dieta. Pese a beber en exceso de vez en cuando. Si eso sucedía, me entrenaba más duro la siguiente vez para mantener a raya las calorías que había recogido.

—No te pongas arrogante con él. Sabes que va a ver cómo sigues, y tu posición en el equipo podría verse afectada por tu actitud.

—Gracias, Lucas—, dije sarcásticamente. —Olvidé lo perfecto que eres tú.

Él no respondió. Su pecho se levantó y cayó mientras jadeaba, terminando sus ejercicios por completo. Cuando finalmente detuvo la cinta, estaba moviendo la cabeza.

—No seas estúpido—, soltó, respirando fuerte. —Ya sabes a qué me refiero.

Puso las manos en las caderas e inclinó la cabeza hacia atrás. Su pelo arenoso estaba empapado de sudor, lo que lo hacía parecer más oscuro.

—Necesito una ducha antes de hablar con el entrenador—, le dije.

Recogimos nuestros bolsos y nos dirigimos juntos al vestuario. Me di una ducha rápida antes de envolver una toalla alrededor de mis caderas y caminé hacia mi casillero. El vestuario era uno de mis lugares favoritos.

Los armarios grandes alcanzaban una altura superior a la nuestra, y la alfombra gris se extendía de pared a pared. Era enorme y estaba lleno de hombres medio desnudos, lo suficientemente seguros de sí mismos como para no preocuparse. Al igual que yo, eran atletas de clase mundial que estaban en forma y sin ninguna razón para sentir nada más que orgullo por sus cuerpos.

Puse mi bolso en el banco frente a mi casillero y subí los pantalones por mis piernas, me puse una camisa y un chaleco. Mis brazos y espalda aún estaban húmedos, dejando marcas más oscuras en el material.

—¿Vas a hablar con él vestido así?.

Me miré a mí mismo. —¿Qué?—. Pensé que tenía que estar bromeando, pero parecía serio.

Se encogió de hombros. —Bueno, si tuviera una reunión con el entrenador sobre mi futuro, me habría puesto un traje.

Esnifé. —Es una charla con el entrenador, no una conferencia de prensa.

Lucas se encogió de hombros.

—Me alegro de verte por aquí, Bell—, dijo Mark Graham, al pasar. Su tono era ligeramente sarcástico.

Agité la cabeza. Había estado aquí todos los días que tenía que entrenar. Todo el mundo lo sabía, incluido Mark.

—Sólo digo que esta reunión es importante—, dijo Lucas, aún sobre el mismo tema.

—Correcto. Bueno, yo me encargo de esto. Nuestro entrenador no puede permitirse perderme.

—Apuesto a que no echará de menos tu arrogancia—, dijo Donald Burton. Deteniéndose en el banco.

Puse los ojos en blanco. —Gracias por eso—, le dije.

Donald se encogió de hombros. Miró mi bolso y lo tiró del banco. Todavía estaba subiendo la cremallera. Algunas de mis cosas se cayeron. Y ya me sentía un poco molesto así que no fue una buena idea de su parte.

—¿Cuál es tu maldito problema?— Grité. Estaba harto de sus payasadas en el patio de recreo y de sus comentarios sarcásticos.

El tipo me dio la espalda y se fue como si eso no fuera la cosa más estúpida que se le puede hacer a un exaltado como yo.

—Déjalo ir—, dijo Lucas.

Cogió mi botella de agua y la puso en su propia bolsa. Todos sabían que me encantaba esa botella de agua porque cuando la encontré, les había hecho saber lo increíble que era. Puede mantener los líquidos calientes y fríos, puede fijarse a una bolsa con un mosquetón.

Me habían tomado el pelo en aquel entonces por hablar tanto de ello continuamente, pero todo había sido muy divertido. Esto era algo completamente diferente.

—Me está molestando—, dije.

Estaba tambaleándome. La ira hervía bajo mi piel.

—Sí, están siendo unos imbéciles. ¿Y qué? Imagina lo feliz que estará el entrenador de verte después de que te pelees en el vestuario.

Me quejé. Tenía razón, por supuesto. Normalmente golpearía a Donald en la cabeza por su estúpida acrobacia. Pero ahora mismo sabía que no me serviría de nada.

Me arrodillé, y Lucas me ayudó a recoger mis cosas y ponerlas de nuevo en el bolso. Cuando volví a estar de pie, respiré hondo. Los miembros del equipo me miraron, sin querer perderse el espectáculo. No iba a darles uno.

Pero pensaba en recuperar mi botella de agua favorita. Cuando pasé por delante de Donald, metí la mano en su bolso y agarré mi botella. Empezó a protestar, dando un paso al frente como si fuera a ser él quien diera el primer puñetazo.

Sólo hazlo, pensé queriendo que golpeará primero para que yo pudiera vengarme de él y al mismo tiempo reclamar autodefensa al entrenador. Pero me miró fijamente y retrocedió. Sabía que yo tendría la ventaja en cualquier pelea que pudiera surgir entre nosotros.

Diablos, en mi mente corría la idea de explotar y golpearlo, pero luego razoné conmigo mismo aceptando que era mejor no hacerlo con él ni con nadie. Yo tenía mi amada botella de agua y él no tenía la nariz rota. Tampoco habría una cosa más que añadir a la lista de por qué el entrenador estaba enfadado conmigo, llamándome a esta reunión.

Sin embargo, todavía me enojaba que mis compañeros de equipo pensaran que estaba bien tratarme de esta manera. Juré enseñarles un poco de respeto en cuanto saliera de la suspensión. Salí del vestuario, forzándome a controlar mi ira.

Capítulo 6

Leo

El entrenador Thompson estaba fuera, en el campo, mirando el cielo.

—Tuvimos un buen comienzo de temporada—, dijo, cuando me acerqué a él.

Asentí con la cabeza. No había sido parte de ello, pero había seguido los resultados. El equipo había ganado algunos y perdiendo otros. Estaba en medio de la liga ahora mismo.

—¿Estás listo para volver al campo, Leo?— El entrenador me lo preguntó.

Moví la cabeza en forma afirmativa. —Listo como siempre, señor. He estado manteniendo mi entrenamiento y todo eso.

Él asintió, volviéndose para mirarme. —Lo sé, lo he visto, pero no es tan simple.

Fruncí el ceño. —¿Qué quiere decir?

Suspiró. —¿Quieres explicarme cómo los paparazzi consiguieron fotos tuyas y de dos mujeres? Oh, mierda. La foto en el hotel.

—Yo fui sólo un invitado. Ya sabe cómo pueden ser esos maníacos. Todos quieren su oportunidad de ser famosos sacando fotos o vendiendo algo a la prensa.

Asintió. —Lo sé, pero eso significa que tienes que tener cuidado. No quiero decir que tus acciones sean justificables.

Me quejé. —Todo el mundo lo hace. Todos los demás pueden divertirse.

Sabía que sonaba como un niño de cinco años, pero no me importaba.

—Los demás no están en televisión nacional—. Respiró profundamente. —Voy a ser honesto contigo. Te necesitamos en el equipo. Eres uno de mis mejores jugadores, y fuiste seleccionado por una razón. Pero tu reputación apesta, y va a afectar al equipo y eso mi amigo, no es bueno.

—¿Qué está diciendo?— Le pregunté.

—Estoy diciendo que si quieres volver al equipo y quedarte aquí, vas a tener que limpiar tu imagen.

Agité la cabeza. —¿Porque todos piensan que debería ser diferente de lo que soy?

—Eres una marca, no sólo una persona. Lo sabías cuando tu carrera despegó. Si quieres estar aquí en la cima del éxito, y de tu juego, con lo mejor de lo mejor, entonces habrá sacrificios.

Me metí las manos en los bolsillos. Él tenía razón. Sabía que iba a suceder. El chico malo hace el bien en el campo de fútbol y todo eso. Supongo que tenía una imagen falsa en mi cabeza todo el tiempo, y ahora el entrenador estaba reventando mi burbuja.

—Déjame decirte la verdad—, dijo. —Tienes que trabajar con un gerente de relaciones públicas si quieres volver al equipo.

Me quejé de nuevo. —¿Algo así como una niñera?— Le pregunté.

—No, como alguien que te ayudará a limpiar tus malas actitudes para que realmente valgas algo en mi equipo.

Agité la cabeza. —No lo voy a hacer. No necesito que alguien me diga qué hacer.

Él asintió. —Está bien, Leo. Haz lo que creas que es mejor. Pero ten en cuenta que no te dejaré jugar a menos que hagas lo que te digo. O es la persona de relaciones públicas o nada.

—¿Me está dando un ultimátum?

Thompson se encogió de hombros. —Sólo intento ayudar a salvar tu carrera. Tómallo o déjalo.

—No puede hacerme eso. Iré a la Junta.

—Adelante—, su cara estaba intacta, no había expresión alguna, no estaba molesto o complacido. Simplemente su vista estaba en la nada.

Miré hacia el campo. Echaba de menos estar en el juego, ser parte del equipo. El fútbol era mi vida. Lo había hecho durante toda la secundaria y la universidad, el ser un jugador profesional había sido mi sueño desde que era un niño. Tenía veinticuatro años y estaban en la cúspide de mi carrera. Sin embargo todo se veía opacado por la infracción por conducir bajo los efectos del alcohol.

No podía perder todo ahora, ni siquiera porque no quería que me trataran como si necesitara supervisión. Especialmente porque estaba acusado de un cargo de mierda para empezar. Sé que todo el mundo pensaba eso, pero en mi caso, era la verdad.

—¿No me va a dejar negociar sobre esto?— Le pregunté al hombre, a quien respetaba como un padre.

Agitó la cabeza. —Tus días de negociación han terminado. Es un gerente o nada en absoluto. Creo que será bueno para ti. Puedes calmarte un poco.

Mi imagen no necesitaba ser resuelta. Estaba feliz con lo que era. Sí, la suspensión había sido una mierda, pero aparte de eso, sabía quién quería ser.

—¿Qué quieres, Leo?— él me presionó.

No tuve elección. Me di cuenta de eso. —Me obliga a decir que sí—, le dije.

—No te estoy obligando a hacer nada. Te pones en esta posición solo yo no tengo que ver con ello

Asentí con la cabeza: —Está bien. Lo haré.

Thompson sonrió y me dio una palmada en la espalda. —Sabía que volverías a tus cabales. Vamos. Está esperando en mi oficina.

—¿Qué? ¿Ya? Mi suspensión ni siquiera ha terminado todavía.

El entrenador asintió. —Quiero que empieces lo antes posible. Cuanto más rápido te recuperes, mejor será para todos.

El entrenador se dio la vuelta y caminó hacia las instalaciones. Lo seguí. No tuve elección. Estaba tambaleándome. Me acababan de decir que tendría que arreglar mis cosas si quería jugar, y ahora una niñera ya estaba aquí para decirme qué hacer. No sólo tenía que tener un gerente de relaciones públicas, sino que tenía que ser una mujer que se encargara de decirme qué hacer... Estúpidamente fantástico.

Caminamos por los pasillos. Pasamos por la cafetería donde comían mis compañeros de equipo. Se sentaron alrededor de la mesa, hablando y riendo. Pensé en el incidente de antes. No estaban felices conmigo. Eso estaba claro. Sabía que estaban enojados porque me habían suspendido, pero estaban siendo infantiles al respecto.

Nos cruzamos con ellos y seguimos avanzando. No me uniría hoy. A este paso, no me uniría a ellos pronto. Me sentí como un forastero con mi propio equipo.

El entrenador se volvió hacia mí antes de que entráramos en su oficina.

—Sólo compórtate, ¿de acuerdo? No seas grosero con ella.

—Sí, sí—, dije. —No tiene que seguir sermoneándome sobre todo.

Él me miró el tiempo suficiente como para luchar contra el impulso de pellizcarme antes de abrir la puerta.

—Srta. Valencia—, dijo con una amplia sonrisa.

Lo seguí hasta allí. No sabía lo que esperaba ver, pero no era esto. Cuando ella se volvió hacia

nosotros, me detuve y la contemplé.

Lo primero que noté fueron sus ojos. Eran del color azul claro de un carámbano recién formado y se veían igual de penetrantes. Sus ojos estaban compensados por el pelo negro azabache, corto y peinado alrededor de su cara. Su mirada era feroz. Y sensual.

Deslicé mis ojos por su cuerpo. Era atlética y curvilínea en todos los lugares correctos. Sus piernas y brazos eran más delgados, pero no en forma de junco. Se ejercitaba. Y a mí eso me gustaba.

—Hola, Sr. Bell—, dijo ella, extendiendo su mano hacia mí. —He oído hablar mucho de usted.

Oh Dios, eso no puede ser bueno. Le tomé la mano. A pesar de su aspecto fuerte, su piel era suave y su apretón de manos femenino.

—En cambio, yo no he oído nada de usted, Srta. Valencia.

—Susan, por favor—, dijo.

Su nombre no le hacía juicio. Era un nombre manso para una mujer que parecía que podía ser salvaje a puerta cerrada. Me imaginaba cómo sería si estuviera desnuda. Su cuerpo estaba en perfecta proporción, su estómago plano, sus tetas del tamaño ideal.

Se aclaró la garganta. Miré al entrenador Thompson. Tenía las cejas levantadas, los brazos cruzados sobre el pecho. Era como si supiera lo que estaba en mi mente. Pero tenía que estar pensando en algo parecido cuando la miró. Era el mismísimo placer con piernas.

—Trabajaremos muy de cerca—, dijo. —Espero que haga tiempo para mí. Necesito que me envíe su agenda para que podamos fijar una hora todos los días en la que podamos encontrarnos.

—Te metes de lleno en el negocio, ¿no?— Le pregunté.

—Para eso estoy aquí, Sr. Bell.

—Leo, por favor—, dije, imitándola.

Ella asintió, su cara una máscara sin expresión. Era tan seria, tan tensa. Sólo me hizo querer quebrarla y hacer que se relajara.

Dios, las cosas que le haría a ella. Lástima que no podía. Porque estaba aquí para reformar mi imagen, no para que me la cogiera.

Excepto que algo me dijo que podía cambiar eso. Tal vez fue la forma en que ladeó la ceja para mirarme fijamente mientras yo seguía viéndola. Ese pequeño movimiento me mostró todo lo que necesitaba saber: ella estaba lista para un desafío.

Quizás pueda retarla a ver cuál de los dos es mejor en sexo oral. Como atleta, estaba acostumbrado a hacer de todo un juego.

Podríamos hacer una apuesta para ver quién de nosotros se vendría primero: ella, con los círculos rápidos que mi lengua haría alrededor de su clítoris, o yo, con la fuerza de sus músculos de la mejilla chupando la cabeza de mi pene mientras su mano se moviera hacia arriba y hacia abajo a lo largo de mi eje.

Ya podía imaginarlo en mi mente. Ahora sólo tenía que hacerlo realidad.

Aunque sabía que el entrenador me mataría si la tocaba, no podía evitar seguir mis instintos básicos. Mirar el escote de su blusa era suficiente para cimentar mi decisión de ir tras mi nueva representante de relaciones públicas, sin importar las consecuencias.

Así que, damos por iniciado el juego.

Capítulo 7

Susan

Leo Bell era un hombre que sabía que era guapo y usaba ese conocimiento para conseguir lo que quería. Tenía una sonrisa arrogante y una fanfarronería sobre él que provenía de una sobre dosis de confianza en sí mismo y una historia de que se lo habían dicho que era más que suficiente.

—Los dejo solos para que hablen—, dijo Thompson, después de presentarnos.

Si se había dado cuenta de que la actitud de Bell era diferente de lo habitual, no dejó que se le notara nada. Tenía la sensación de que los dos acababan de tener una charla. Volvió a tender la mano y la estreché. Le echó un vistazo al jugador que yo no podía leer. ¿Una reprimenda? ¿Una advertencia? Luego se fue de la oficina.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me di cuenta de que Bell y su ego, hicieron de esta una pequeña habitación, incluso más que cuando éramos tres. Sabía lo que estaba haciendo, sin embargo, si había algo por lo que no me apartaba, era por el orgullo de alguien.

—Correcto—, dije. —Tenemos mucho que hacer si queremos que te recuperes para cuando vuelvas al campo.

Me levantó una ceja. Su sonrisa estaba desequilibrada. Asumí que era su cara de juego, y no estaba hablando de fútbol.

—Pareces la persona indicada para resolverlo.

Me miró de arriba a abajo, su sonrisa era inquebrantable.

—Puedo decir que nos vamos a divertir mucho.— Se inclinó hacia mí y me dijo en un susurro: —Es lo que mejor hago.

Su aliento rozó la piel de mi cuello y me estremecí. Cuando sus ojos volvieron a ver los míos, asentí enérgicamente. No quería que supiera que me estaba afectando. No iba a caer en sus payasadas, aunque fuera uno de los hombres más sexys que había visto. Se veía aún mejor en persona que en las fotos.

—Su insinuación no se me escapa, Sr. Bell.

Abrió el teléfono y me llevé la imagen de él saliendo del hotel con dos mujeres. Volteando para mirarlo, me aclaré la garganta.

—Estoy al día con tu idea de diversión y estoy aquí para asegurarme de que eso no vuelva a pasar.

No parecía tan sorprendido como esperaba, pero la sonrisa había desaparecido y parecía irritado.

—Lo que hago en mi tiempo libre debería ser asunto mío.

—Si quieres privacidad personal, estás en la carrera equivocada.

Agitó la cabeza. Su enfoque inicial se había evaporado. Gracias a Dios. Bell era mucho más atractivo en persona, y yo sólo podía mantenerme seria por un tiempo cuando había una tensión sexual como ésta.

Se sentó en una de las sillas, con los codos en las rodillas. Sus brazos eran grandes y tenía tatuajes. La camisa sin mangas que llevaba los mostraba de manera hermosa.

—No necesito esto, lo sabes, ¿verdad?—, dijo. —Este... cambio de imagen que se supone que me estás dando.

—Lo que necesitas es volver al equipo y quedarte allí.

—Me las arreglé sin nadie hasta ahora.

—Estás suspendido—, señalé.

Enfurecido me miró. Oh chico. Cuando no estaba poniendo de manifiesto su ridículo encanto, parecía tener una actitud como la de un adolescente. Qué divertido. Pero no pude evitar asombrarme por su belleza masculina. A pesar de mí, mis bragas se humedecieron y mi vagina se apretó fuertemente entre mis muslos.

Yo no lo haría, me dije. No dejaría que este tipo me arrastrara hacia abajo en mi carrera, no importa lo guapo que fuera. No me acosté con mis clientes, nunca, y no iba a empezar ahora.

Mirando hacia atrás a su fuerte cuerpo y a su lindo rostro, tuve que recordármelo de nuevo. No se me quedó en la cabeza todo el tiempo que deseaba. En vez de eso, fue cubierto por los pensamientos de Leo empujándose a sí mismo hacia mí, llenándome y haciéndome rogar por más.

No lo hagas, Susan, me dije.

Y aun que sabía que era lo suficientemente fuerte para resistir a este jugador arrogante. No estaba tan segura de querer hacerlo.

Capítulo 8

Susan

Cuando volví a mi propia oficina después de conocer a mi nuevo ‘guapo’ cliente, ya sabía exactamente en qué estaba metida con él. Un momento difícil.

Él era el tipo de persona que pensaba que estaba por encima de las reglas, por encima de la palabra —no—, y lo suficientemente caliente como para salirse con la suya. El entrenador Thompson fue bastante inteligente como para saber lo que tenía en Bell como jugador, pero era un poco como un padre, demasiado nervioso para regañar a su hijo.

Eso era una mala combinación. Especialmente considerando que mi cuerpo parecía pensar de manera diferente, sobre este tipo, que mi mente. Sin embargo, me alegré de que se hubiera ido, porque sin su presencia para distraerme, estaba reuniendo la fortaleza mental para concentrarme en representarlo en lugar de cogerlo.

—Susan—, dijo Conrad, llamando a mi puerta con papeles en la mano. —¿Tienes una grapadora que pueda usar?

Asentí con la cabeza y abrí mi cajón. Se la sostuve a él. Su pelo estaba desordenado y su corbata torcida. Parecía que había vuelto a dormir en su oficina.

—Escuché que tienes a Leo Bell—, dijo, quitándome la grapadora y aplastándola en las esquinas de sus páginas. —¿Cómo te fue con eso?

—No tan bien como pensaba. Es una verdadera pieza de trabajo. No va a ser fácil poner a este tipo en el buen camino.

Conrad sonrió, devolviéndome el utensilio. —Podría habértelo dicho. El tipo es una leyenda en el campo, ¿Pero fuera de eso? Es una máquina. Las mujeres se enamoran de él dondequiera que vaya. Es como un Hansel moderno, dejando mujeres a su paso en vez de migas de pan.

Me reí. —Es una comparación terrible.

Él se encogió de hombros. —Es verdad.

Asentí lentamente. Tenía la sensación de que Conrad tenía razón, pero para mí, era algo por lo que seguir.

—¿Qué vas a hacer con él?— preguntó.

Hice una mueca de desinterés. —Mi trabajo. Voy a ponerlo de nuevo en el camino y convertir su notoriedad en estima.

Se rio. —Serías la primera mujer que le causaría una impresión duradera.

Agité la cabeza, pero estaba sonriendo. —Es porque no estoy aquí para obtener una parte de él.

—¿Y si no cambia?

—No voy a pedirle que cambie. Nunca le pido a nadie que lo haga. Sólo voy a requerir que ponga el lado que al público le gusta ver en primer plano y que se guarde el resto para sí mismo.

Conrad sonrió con burla y se dirigió a la puerta, aún riendo.

—Algunas personas no son tridimensionales como uno las pinta—, dijo él, girando hacia la puerta. —¿Y si no hay nada más que mostrar? ¿Y si no hay nada más para él?

—Entonces, lo que dicen de él es cierto—, dije. —Sería un imbécil.

Conrad se carcajeó por mi broma y se fue de mi oficina. Volví a prestar atención al expediente. No pensé ni por un segundo que el lado que Bell mostraba a todos era su único lado. Y no fue sólo por mis sucias fantasías con él. En vez de eso, fue la filosofía con la que viví en este trabajo.

Todo el mundo tenía alter ego. Todo el mundo tenía secretos. Sólo tenías que saber qué partes de ti mismo destacar para que la gente no pensara que eras un imbécil.

Me recosté en mi silla y miré a la pantalla de mi portátil por un momento, pensando. Un rastro de migas de pan, ¿eh? ¿Y a qué nos estaba llevando?

Abrí Google y escribí su nombre. Aparecieron los resultados habituales. Página de Wikipedia, estadísticas del juego, tarjetas de puntuación. Todas las cosas que uno esperaría de un jugador de fútbol profesional. Pero también había otras páginas que no tenían nada que ver con sus logros en el campo, sino fuera de él.

Si pudieran llamarse logros. Él era el favorito de los tabloides. Sólo había una cosa que hacía felices a las revistas de chismes. Y había más que suficiente de eso en la vida de Leo.

Por lo que puedo decir, Bell salía con una mujer diferente cada noche, y se aseguró de que el mundo lo supiera. O mejor dicho, no lo escondió. Página tras página en las que aparecía en los resultados de mi búsqueda, informando sobre sus actividades extracurriculares. Lo llamaban un mujeriego, un jugador que no había estado en el banquillo en su carrera sexual hasta ahora.

Esto no era bueno. Podría relacionarme con el hombre. Era más fácil acostarse con cualquiera y no encariñarse. Pero si se tratara de fama y reputación, Bell tendría que mantener lo que pasaba entre las sábanas lejos de la prensa.

No creía que la gente pudiera cambiar. De hecho, con el tiempo, en general, la gente sumaba cosas a esas malas actitudes y preferían mantener y acrecentar sus malos hábitos. Creí que podían elegir lo que le enseñaban a la gente que los rodeaba. Esa técnica fue lo que me hizo tan buena en mi trabajo.

Mis clientes me escuchaban porque no esperaba lo imposible de ellos. Les ayudé a ser quienes eran, pero haciendo que ello fuera compatible con sus vidas públicas, haciendo un estilo de vida el equilibrio entre lo que debían mostrar y lo que querían ser en la privacidad de sus casas o donde fuera necesario.

Algo que había tenido que hacer toda mi vida, así que era natural que lo hiciera bien y lo eligiera como carrera. Tuve un padre que no podía practicar lo que predicaba y una visión de lo que él quería que fuera. Me enseñó a mostrar las caras correctas a las personas correctas.

Leo iba a ser fácil. El sexo era como una adicción. Él buscaba sentirse bien, y cuando lo conseguía, pasaba a la siguiente ronda.

Ese chico sabía lo que hacía. Su reputación era el precio, y estaba muy contento de pagarlo. Pero eso no bastaría. Esto ahora le estaba quitando lo que construyó para su profesión. Y cuando eso ocurría ya no estaba bien y no se disfrutaba igual.

Yo también tenía una idea de cómo solucionar eso. Si fue retratado como alguien que tomó, en lugar de dar, teníamos que hacer lo contrario. Si era egocéntrico, tenía que mostrar un lado desinteresado de sí mismo. Si era odiado, tenía que mostrar compasión. La gente era fácil de complacer y convencer. Sólo necesitabas la fórmula correcta.

Acerqué un bloc de notas y empecé a garabatear viñetas sobre el tipo de persona que Leo estaba mostrando al público, la sensación que sus acciones dejaban, y lo que podíamos hacer para arreglarlo. Al final del día, tenía una idea en mente. A él no le iba a gustar, pero tendría que elegir. O su carrera sufriría aún más, al punto de perderlo todo, o jugaría mi juego según mis reglas.

Las mujeres tenían que irse. Tenía que limpiar sus actos y demostrar que podía estar sin conexiones al azar, demostrar dedicación y compromiso, no sólo con el fútbol y su equipo, sino

también con él mismo.

Me incliné de nuevo hacia atrás en mi silla y giré hacia adelante, mis codos en los apoyabrazos, con mis dedos entrelazados. Pensé en Rodrigo.

Había sido un buen tipo. Cualquiera otra mujer hubiera estado encantada con alguien tan comprometido. Yo no era como las demás mujeres. No quería compromiso. Quería divertirme. Quería sexo sin ataduras. Quería ser tal como soy, sin tener que hacer cambios por un hombre. No era mucho pedir, ¿verdad?

Rodrigo no pensaba como yo. Estaba lastimado porque había invertido mucho emocionalmente en mí. Le había advertido que no lo hiciera.

No me había hecho daño decirle adiós. ¿Lo extrañaba? Sí, había lados de él con los que me gustaba pasar el tiempo. Pero podría prescindir de esas cosas si eso significaba mantener mi propia independencia.

En el momento en que te comprometes con otra persona y la dejas entrar, sacrificas una parte de ti mismo. Cuanto más hacen juntos, como construir una vida y una familia, más pierden de sí mismos. Hasta que finalmente, queda tan poco que sólo permanece la mitad de lo que solías ser. Y entonces, cuando algo sale mal y pierdes a la persona en la que pusiste todo, ya no puedes estar solo.

Lo había visto demasiadas veces. Le había pasado a demasiada gente a mi alrededor.

Me negué a dejar que eso me pasara a mí. Yo era feliz sola. Y si tuviera que romper un par de corazones para seguir así, lo haría y lo seguiría haciendo. No me sentía culpable por ello.

Todo esto jamás sería la vista de todos, como lo hizo Leo Bell. Pero entendí lo que significaba y supe cómo ayudarlo. De la misma forma en que lo había hecho yo. Era sólo una cuestión de mantener partes de mí ocultas hasta que nadie mirara, mientras simplemente les dejaba ver mi mejor rostro.

Ahora él estaba a punto de recibir un tratamiento especial. No sólo iba a mostrarle qué hacer como gerente de relaciones públicas. Iba a enseñarle mis propios trucos.

Y estaba decidida a no permitir que me distrajera de nuevo pensando en lo candente y atractivo que era, y mucho menos imaginarlo nuevamente desnudo haciéndome todo tipo de cosas deliciosas. Claro, dejaría que me atara y también lo dejaría cogermé públicamente frente a un estadio de fútbol lleno de hinchas si solo fuera lo que él quisiera, obvio, si no fuera mi cliente. Pero como lo es, estaba fuera de los límites.

Tuve que dejar de lado esos sucios pensamientos. Empezando justo en el momento. No más sueños despierta sobre su lengua rodeando mi pezón y luego arrastrándose lentamente hacia mi vagina mojada. Esos pensamientos estaban fuera, completamente, me prometí, justo antes de permitirme sucumbir un poco más, sólo una última vez.

Capítulo 9

Leo

El viernes, conduje a la dirección que Susan Valencia me había enviado y estacioné frente al edificio. Cuando me anuncié en la recepción, la mujer detrás del escritorio se sonrojó. Ella sabía quién era yo.

Le mostré una brillante sonrisa. Se metió a tientos en la computadora, presionando el retroceso mucho más de lo que debería en el teclado, antes de que finalmente me dijera que podía subir.

Tomé el ascensor hasta el tercer piso y seguí las instrucciones para llegar a la oficina.

La puerta estaba abierta y ella no estaba tras el escritorio asomé mi cabeza en la puerta. Entré y la esperé. La oficina estaba limpia y ordenada. Parecía un lugar donde el trabajo era la principal preocupación, pero no obstante, habían algunos toques femeninos personales, unos posits rosas, un cuadro con unos tulipanes en un color llamativo, y otro par de adornos que resaltan aquí y allá.

Caminé alrededor, mirando sus cosas. Tenía fotos suyas y de otra mujer en el escritorio, una planta debajo de la ventana y libros sobre programación neurolingüística en el estante. Mujer culta, pensé, otra chica tendría un par de novelas, pero esta no, esta mujer tenía libros sobre liderazgo, técnicas de éxito y persuasión. Eso me dejó pensando.

No vi fotos de un hombre en ninguna parte. No parecía que tuviera a alguien con quien distraerse al terminar la jornada.

Eso siempre era una buena señal. Sí, sabía que no debía interesarme la persona contratada para arreglar mi imagen. ¿Pero cómo podría un hombre evitarlo con una mujer tan sexy y ambiciosa como Susan?

—Sr. Bell—, dijo esa voz femenina y autoritaria al entrar por la puerta de su oficina, y yo casi salté. Al agarrarme, me aclaré la garganta en lo que esperaba que fuera un gesto casual. —Llegas temprano..

Asentí, caminando de regreso al lado de su escritorio en el que se suponía que debía estar. La miré de arriba a abajo. Llevaba pantalones negros y una blusa blanca que compensaban muy bien su cabello oscuro. Sus ojos eran agudos y brillantes.

Cuando caminaba, movía las caderas de un lado a otro. Sus pechos guardaban proporción, y su blusa trazaba perfectamente su figura. Una pequeña cantidad de escote mostraba lo justo. No pude evitar pensar que lo había hecho sólo para mi beneficio.

Esta vez se aclaró la garganta ella y volví a mirarle los ojos. No parecía nerviosa de que la hubiera estado observando sin ningún reparo. No se estaba sonrojando.

¿Qué le pasaba a esta mujer? Parecía no estar impresionada por mis intenciones. Otras mujeres estarían comiendo de mi mano ahora mismo. En realidad no era mucho lo que se necesitaba para conquistar a una chica común. Pero que ella se presentara tan indiferente a mi masculinidad solo me hizo desearla más. ¿Qué fue lo que dijeron sobre la fruta prohibida? ¿No cayó lejos del árbol del deseo? ¿Hizo que se te hiciera agua la boca aún más porque sabías que era la más jugosa?

Estaba mezclando mis metáforas.

Pero Susan parecía tener ese tipo de efecto en mí. Mi mente estaba girando y no pude detenerla, ella bella, sin lugar a dudas eso fue lo primero que noté, pero también era decidida,

misteriosa, inteligente y bueno... supongo que solo la conocía hace dos días, no podía saber tanto más de ella. Pero la impresión que esta mujer estaba dejando era para desear seguir insistiendo en más. Era una locura, era una chica después de todo, una simple chica. Si en un par de veces con verla ya me tenía así, creo que debería tener recelo con ella.

—Siéntese, Sr. Bell—, dijo ella.

—Leo, por favor—, le pedí.

—Leo—, dijo y asintió.

Me gustó la forma en que mi nombre sonaba en su boca. Me la imaginaba de espaldas, desnuda, con los ojos cerrados y los labios entrecortados, o gritando, mi nombre. Vamos hombre, basta.

—Vayamos al grano—, me miró inquisitivamente.

—¿Qué tienes en mente?.

Ella me miró. No sabía lo que estaba pensando. ¿Le gustó lo que encontré de mí?

Debe haber trabajado con mucha gente famosa, pero yo confiaba en mi fama. Tenía experiencia en otras áreas, y obtuve lo que quería, cuando lo quería.

—¿He mencionado lo bien que te ves hoy?— Le pregunté cuando no me contestó.

—Mire, Sr. Bell... Leo. Seamos honestos el uno con el otro. No eres el tipo de persona que quiere ir tan lejos como una conversación con una mujer y yo estoy aquí para hacer nada más que hablar. Tendremos que encontrar un término medio si vamos a trabajar juntos.

Sonreí. —Entonces, ¿un poco de ambos?—, le guiñé un ojo pero no parecía impresionada. Yo me había dicho a mí mismo que debía guardar mis reservas, pero coquetear era algo innato en mí. Yo no estaba haciendo nada que no fuera lo de siempre.

—No lo hagas—, dijo ella. —Las mujeres caen a tus pies. Entiendo que eso es a lo que estás acostumbrado. Quiero que me veas como un igual, un socio de negocios, por así decirlo. Alguien que te dará lo que necesitas, no lo que quieres.

Me encogí de hombros. —¿Y si esas cosas son la misma cosa?

—Lo que necesitas es salvar tu reputación. Lo que quieres es meterte en mis pantalones. Creo que ambos sabemos a cuál vamos a dar prioridad aquí.

—¿Siempre eres tan fría?.

Me miró, y sus ojos eran del color del cielo, tan brillantes que sentí como si pudiera ver a kilómetros de distancia.

—Soy buena en mi trabajo—, dijo. No fue una respuesta. —Hablando de eso, vamos a empezar tu rehabilitación con una explosión.

Volví a sonreír. Una explosión. Agitó la cabeza, dándose cuenta de lo que estaba pensando. Rayos, con ella podía darme cuenta que podía ser un maldito idiota, era adictivo pensar así.

—En serio—, dijo ella. —Eres como un adolescente.

Me encogí de hombros.

—¿Qué tienes pensado entonces?— Le pregunté de nuevo.

Ella no respondió. Otra vez. Era complicada. Yo no la excitaba, ni mi enfoque. Era un desafío. Y todo esto por una extraña razón me hacía querer insistir. Yo podía tener otras mujeres, sin el mínimo esfuerzo, pero que ella, en particular, que yo deseaba, se me negara de esta forma, me hacía querer tenerla aun más. No era solo lo físico, era una atracción más peligrosa. No podía entenderla.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?— Le pregunté.

—Voy a salir contigo—, dijo ella.

Le parpadeé. —¿Qué?— Mierda, ahora me confundía. Cuando estaba esperando el rechazo

ella sale con esto. Esta chica estaba dos pasos por delante de mí, al parecer. Las mujeres de hoy en día.

—Asistiremos a un evento de caridad mañana por la noche. Están aceptando donaciones para una nueva ala infantil en el Hospital Jackson Memorial.

Puse los ojos en blanco. No era lo que creí cuando dijo que saldría conmigo. Por supuesto, ella estaba jugando. Caliente, no disponible, y aparentemente, llena de sexo. Esta era exactamente la clase de mujer que yo quería.

Agité la cabeza. —Ya tengo algo planeado para mañana.

—Cáncélalo. Esto es importante.

—¿No podemos hacerlo otro sábado?

—Claro—, dijo ella. —Los llamaré y les pediré que muevan toda la caridad para tu conveniencia.—, su tono irónico se estrelló en mi cara.

—Graciosa—, dije.

Me miró, con la cara tan cerrada como antes. No sabía qué pensar de ella ni cómo juzgar sus reacciones. Parecía completamente desinteresada. No estaba seguro de que hacer, aun que debo admitir que solo quería intentar una y otra vez hasta cansarla, quebrarla y tener lo que yo quería de ella. Un par de orgasmos sería un buen comienzo. Pero eso no era pensar, al parecer no cuando se trataba de ella.

—Es un evento formal. Corbata negra. Con esto digo que te pongas un traje. Deberíamos reunirnos un poco antes para discutir tu enfoque. Así que prepárate para las seis.

Agité la cabeza. —No me preguntaste ni una vez si quería asistir a este evento.

Ella me miró. Sus ojos se clavaban en la superficie, pero por debajo miraban lo suficientemente profundo como para ahogarme.

—Tienes razón. No lo hice—, dijo finalmente. —Pero, ¿Tu les preguntaste a tu equipo si estaban de acuerdo con que fueras suspendido por conducir ebrio? ¿Le preguntaste a todas esas mujeres que salen en la prensa amarilla si querían ser arrastradas contigo en tu espiral de vergüenza?.

Me quedé boquiabierto ante ella, sin palabras por una vez en mi vida.

—Parece que estamos en la misma página—, soltó finalmente.

No estaba bromeando. Susan Valencia hablaba en serio cuando dijo: *Pongámonos manos a la obra.*

—Sólo para que lo sepas—, le dije. —Ese cargo de conducir ebrio... Es falso.

—Eso es lo que todos dicen—, me miró impávida.

—Hablo en serio.— La miré, rogándole que me escuchara. Finalmente cedió, lista para mi explicación. —Nunca conduzco yo. Tengo un chófer. Estaba en la limusina y durmiendo.

—Bueno, Florida tiene una ley que dice que si las llaves están en tu mano o incluso cerca de ti, entonces eso satisface el elemento de la intención—, dijo, con aire informado de alguien que tenía muchos clientes que habían tenido DUIs antes.

—Exacto—, le dije. —Así que, esa es la cuestión. No debí haber tenido un DUI. Pero no era tan malo como suena.

Se encogió de hombros, sin impresionarse.

—Cuando se trata de eso, realmente la explicación no es primordial—, me sentencio. —Al público no le importa cómo se obtuvo el DUI, porque no le prestan atención a los detalles. Sólo les interesa que tengas uno. Y ahora, se enfocan en lo que vas a hacer al respecto.

Era una chica dura.

¿Qué iba a hacer yo al respecto? No tenía ni idea. Yo había estado planeando vivir mi vida,

pero aparentemente ella y el entrenador Thompson tenían otros planes para mí.

—¿Qué estoy haciendo aquí?— Le pregunté.

—Estás aquí porque necesitas limpiar tu imagen, si quieres que la gente te vea diferente, muéstrales algo diferente de que hablar. Ahora mismo, tú eres la estrella de la fiesta, el que se queda con las chicas y el alcohol, no con las victorias.

Fruncí el ceño. —Consigo victorias.

Ella agitó la cabeza. —Pero no es por eso por lo que eres famoso. No puedes decirme que te gusta la forma en que te retratan los medios.

Hice una mueca. —Realmente no me importa.

Susan asintió. —Puedo ver eso. Tal vez es hora de que empieces a preocuparte. Tu carrera depende de tu imagen. Ya te ha metido en problemas.

—Lo que me metió en problemas es un desafortunado accidente de coche.

—Tienes razón. Fue un accidente desafortunado. Pero ya sabes lo que dicen sobre eso. Que era sólo cuestión de tiempo antes de que algo así ocurriera. Que te dirigías en esa dirección durante mucho tiempo. Que celebraste tu supervivencia de ese choque con dos mujeres más.

Sólo le parpadeé. Era verdad. Dijeron esas cosas sobre mí. Pero eso no cambió cómo me veían las mujeres ni lo bien que jugaba al fútbol, así que qué más daba si seguían pensando de esa manera, su afán de hablar sobre mí no me alimentaba, yo me valía por mi mismo.

—Si voy a renunciar a lo que soy por el bien de los demás, no quedará nada de lo que soy.

Susan me miró fijo. —Entiendo. Pero no estoy tratando de cambiarte. Sólo voy a pedirte que cambies lo que le muestras al resto del mundo, ¿Entiendes?.

Entrecerré los ojos ante ella. —Entonces, ¿no tengo que dejar el alcohol y las mujeres?

Ella astutamente me miró el tiempo suficiente para que yo mismo me contestara. Sin embargo, estaba dudosa. Iba a tener que cambiar, ¿no?

—Por un momento, ¿Podrías detenerte a ver lo que estas haciendo?.

Puse los ojos en blanco. —¿Y si no quiero?

Me di cuenta de lo infantil que sonaba. Ya me había llamado adolescente una vez. Pero no quería hacer todo lo que ella me dijera. No quería ver lo que estaba haciendo. No estaba acostumbrado. Y no quería tener que empezar.

—Mira, Leo, debo ser honesta contigo. No tienes que hacer nada que no quieras hacer. Nadie te está apuntando con un arma en la cabeza y te dice que debes cambiar. Pero si no lo haces, te quedas sin trabajo. Todo tu duro esfuerzo habría sido en vano.. Ahora esto más que de cambiar, se trata de enfocar la atención a otro lado. Debes comprender que es parte del trabajo, por ahora no puedes tener tu pastel y comerlo también .

Agité la cabeza. —Nunca entendí bien ese dicho.

Una voz en la parte de atrás de mi cabeza me dijo que tal vez era porque siempre había conseguido lo que quería. Mierda. Ella ya estaba jugando con mi mente.

Susan suspiró. —Esto es lo que hago y no desistiré hacer que mi jefe me diga que lo haga. Así que, hasta entonces, te quedas conmigo, y vamos a hacer las gestiones para que seas socialmente aceptable.

No me gustaba que me dijeran qué hacer, pero no veía otra salida. Ella tenía un buen punto y si yo quería que toda esta porquería terminara y volver a jugar, debía ceder, así que, asentí con la cabeza.

—Te veré el sábado a las seis—, dijo. —No llegues tarde.

No sabía qué decir. Ella estaba dispuesta a la guerra. Una interesante, terca y sexy mujer de batalla. Sonó el teléfono de su oficina, y levantó el auricular, presionando su mano sobre la

boquilla.

—¿Puedes encontrar la salida?—, Me preguntó.

Le hice saber que sí. Presionó el aparato contra su oreja. Con eso comprendí que ya era hora de irme.

A mí, Leo Bell, el hombre que las mujeres nunca rechazaron, se me había dicho literalmente que buscara solo la salida para que me fuera. Una parte de mí estaba pensativo respecto a todo esto, ella me estaba pidiendo cierto —buen comportamiento—, de ello dependía mi futuro en el equipo, me gustara o no, tenía que hacer cambios, con suerte como decía ella solo serían la cara que debía mostrar, pero eso igualmente apestaba. Y la otra parte, era que esta mujer en poco tiempo tenía mi mundo de cabeza. Algo de ella emanaba poder y autoridad, estaba dominando mi mundo, pero también mis sentidos, era sensual, atractiva y ... ¿desinteresada?, yo no parecía mover en ella las mismas emociones, sin embargo, sentía una química, algo no dejaba de atraerme y gustarme. Y eso ciertamente me mantenía queriendo más y más. Yo, después de esta reunión tenía clara dos cosas, la primera: Tenía que trabajar en una mejor imagen. Y la segunda: Esta mujer me encanta.

Capítulo 10

Leo

Cuando salí del edificio donde estaba la oficina de Susan. Me subí a mi coche y conduje hasta el centro de entrenamiento. Iba a reunirme con Lucas para hacer ejercicio. Quería demostrarle al entrenador que era tan dedicado y comprometido como había dicho que sería. También necesitaba resolver algunas de mis frustraciones.

—¿Qué te ha puesto tan nervioso?— Lucas me preguntó cuándo estaba en mi quinto set de veinte en las pesas.

—Nada—. Contesté.

—Eso no parece nada—. Estaba en su segundo juego de trabajo con sus bíceps.

—Es esa gerente de relaciones públicas—, le comenté. —Susan. Me reuní con ella justo antes de venir aquí. Y te diré que realmente la traté de la manera equivocada.

Lo que quise decir es que quería tratarla de la manera correcta, pero ella no me dejó. Sin embargo, no iba a admitirlo ante Lucas. Recién recibía una charla (probablemente bien merecida) sobre cómo mantener la vista en el premio.

Puse las pesas sobre el soporte y me senté, buscando mi botella de agua. Cuando la encontré, me eché el líquido por toda la cara antes de beber el resto.

—¿Es una molestia?— preguntó.

Asentí con la cabeza. —Un dolor de cabeza enorme. Pero Dios, me hace desearla.

Mierda. Lo había dejado escapar. Lucas era como un hermano para mí y nunca podía ocultarle las cosas.

Se rio. —Eso suena más a ti. Por un momento me preocupó que encontraras a una mujer que no te atrajera.

Le disparé una mirada. Sabía que me arrepentiría de haberle mencionado algo.

—El problema no es mi atracción hacia esa mujer. Parece que no se siente atraída por mí. En absoluto.

Él agitó la cabeza, sonriendo. —Imagínate, Leo Bell ha encontrado a su rival.

—Cállate—. Le grité bajando mi botella y caminando hacia la cinta.

—¿Qué hay en ella que te importe tanto? Estoy seguro de que puedes encontrar a alguien más.

Asentí. —Por supuesto. Pero no quiero a nadie más. La deseo a ella.

—¿Porque no puedes tenerla?

—No. Porque es sexy. Dios, deberías ver a esta mujer. Ella lo tiene todo. El cuerpo, la cara, la mente. Lástima que sólo se dedica a los negocios.

Agitó la cabeza, dejando caer sus pesas por un momento.

—Tal vez deberías jugar con las mujeres que quieran, ¿sabes? Probablemente sería lo mejor de todas formas. Si te acuestas con tu gerente de relaciones públicas, la que está tratando de limpiar tu imagen, eso sería irónico.

—Lo que sea, me da igual—, dije, al aumentar la velocidad en la cinta de correr, —Sería un logro. Y yo estoy a favor del éxito.

Mi amigo movió la cabeza sin responder. Empujé la cinta cada vez más rápido. Pensaba en

Susan Valencia. Quería follármela. El hecho de que ella no me deseara sólo lo hizo mucho peor. Quería que el deseo fuera recíproco, pero no lo era. Estaba frente a un gran desafío. Realmente no sabía como hacerlo bien con ella, pero una cosa si era segura. Yo llegaría a ella y lograría mi objetivo.

Capítulo 11

Susan

Me desperté al amanecer del sábado y salí a correr. Estaba fresco. Era la mejor manera de liberar el estrés que yo había probado. Los fines de semana, nadie sale de madrugada, por el contrario la gente vuelve a sus hogares después del bar o una noche de diversión, y yo tengo el camino para mí sola. Mis pies golpeaban en el camino, y el ritmo se me hace calmante.

Cuando regresé a casa, el resto del mundo estaba despertando. Miré el reloj sobre mi televisor. Era demasiado temprano para llamar a Leo. Necesitaba hablar con él antes del baile de caridad de la noche. Pero tendría que esperar.

Me metí en la ducha, me limpié el rostro, humecté mi piel y me sequé el pelo antes de intentar llamarlo por teléfono. Cuando contestó, sonaba aturdido.

—¿Te he despertado?— Le pregunté.

—No. Está bien.

—¿Encontraste un traje?

Él gimió. —Tengo un contacto. Tiene uno listo para mí. Lo recogeré en el almuerzo. Relaja tus bragas.

Quedé impresionada. Leo Bell había ganado más de mil millones de dólares jugando al fútbol y ni siquiera tenía un traje.

—Debes estar listo para las seis, ¿de acuerdo?

—Sí, tú lo ordenas—, respondió.

Estaba a punto de colgar cuando dijo mi nombre. —¿Susan?

—¿Sí?— pregunté, presionando el teléfono de vuelta a mi oreja.

—Salgamos a cenar antes del evento.

Dudé antes de responder. —No creo que sea una buena idea—. Caminé hacia la cocina y encendí mi cafetera. Necesitaba que me recogieran si iba a tener que tratar con Leo hoy.

—No es como una cita o algo así—, continuó. —Dijiste que teníamos que discutir el evento antes de irnos. Los dos tenemos que comer. ¿Por qué no lo combinas?

Me lo tragué. —Es estrictamente por negocios.

—Por supuesto—, pude sentir la satisfacción en su tono. —No soñaría con otra cosa.

Sí, claro. Él soñaría con exactamente una cosa y sólo una, si lo hubiera dimensionado correctamente.

—Encontrémonos en Zuma. Te enviaré un coche.—, dijo con su voz segura.

—Estoy segura de que puedo encontrarlo—, le respondí.

Zuma era uno de los mejores restaurantes japoneses en Miami. Por supuesto, para alguien como él, ir a lugares como ese o la Sala Blanca estaba justo a su altura de precios.

—Te enviaré un coche—, insistió. —Será más fácil ir juntos de esa manera.

Tuve que estar de acuerdo. Nunca me había gustado ser llevada por un hombre, soy mas del estilo independiente y ciertamente no quería partir con esos hábitos ahora, pero supongo que podría dejarme llevar y disfrutar de la buena vida por una noche.

—Estaré lista para entonces—, dije y colgué.

Miré mi teléfono. Eso fue sólo profesional. Él mismo lo dijo. Nada de qué preocuparse. El hombre había intentado coquetear desde el primer minuto y no había sido fácil mantener distancia. Debía admitir que su sexapil me provocaba.

Compartíamos algo en común y pese a la atracción física que me ponía un tanto incomoda por saber que era mi cliente, yo me sentía de alguna manera... segura, confiada.

Él era muy consiente de lo guapo que era. Y yo no tenía problemas en lidiar con sus tácticas. Lo había hecho con otros hombres. Hasta ahora me las estaba arreglando perfectamente para no verme como una ingenua niña atrapada por sus encantos, ciertamente no era una niña y mucho menos ingenua. Ahora lo de sus encantos era otra cosa. Algo de él me generaba sensaciones intensas, nada como enamorarme, pero, un calor en el bajo vientre lo definiría.

Seguro que cenar esta noche no sería un problema, yo podía manejar esto.

Capítulo 12

Susan

Abrí mi armario y miré a mí alrededor. No tenía nada que pudiera ponerme que funcionara para un baile benéfico de etiqueta. Había estado en un par de fiestas de clase alta con clientes, pero nada tan formal como lo de esta noche.

Nada de eso era algo como la imagen que quería dejar establecida ahora, tanto de él como de mí. Si era así, definitivamente tendría que tener un armario de ropa increíblemente caro y elegante. Necesitaba ir de compras. Marqué el número de Dora.

—Necesito de tu buen gusto y compañía—, le dije. —Tengo una cita importante y debo ir por algo elegante.

—¿Con quién?

—Sólo un cliente—, le dije. —Pero necesito gastar dinero para presentarme como corresponde para la ocasión y lugar, así que estamos hablando de boutiques.

Mi amiga estuvo de acuerdo de inmediato, y la recogí de camino a la ciudad.

—Tenemos que ir a JDO Couture. Dijiste que necesitabas gastar dinero. Ese es el lugar para ir en una situación así.

Sonreí y dejé que ella me dirigiera.

Aparcamos y entramos en la boutique. Era el tipo de lugar que te hacía sentir como una diosa tan pronto como entrabas por la puerta. Una vendedora vino a nosotras con una amplia sonrisa enmarcada por unos labios de color rojo oscuro.

—Bienvenidas a Jus d'Orange Couture, señoritas. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estoy buscando algo formal—, dije con una sonrisa en respuesta.

—Y sexy—, agregó Dora. —Quiere verse deslumbrantemente sexy.

Miré a mi amiga. Su rostro estaba iluminado por el dios de las compras. Miramos por el lugar conjuntos hermosos mientras la mujer que nos recibió caminaba de un lado a otro recogiendo prendas y meditando respecto de colores y escotes.

Finalmente me trajo una serie de vestidos de mi talla, lo que fue impresionante porque no se la había dicho. Luego, me llevó a un camerino para probármelos.

—Así que, una cita con Leo Bell, ¿eh?— Preguntó Dora, sentada fuera, mientras me probaba la ropa.

—No es una cita—, dije, tratando de ponerme el primer vestido. —Son negocios. Es para él. Si fuera una cita, sería para mí.

—Entonces, si son negocios, ¿A qué lugar vas a tener sexo después?

Agité la cabeza. —No voy a acostarme con él—, contesté. —Es un cliente. Es la primera regla.

—¿Es tu regla o de la compañía?

Me di la vuelta y me miré desde todos los ángulos. Salí del camerino para enseñárselo a ella.

—No lo sé, pero eso no importa, para mi es ley—, dije, después de considerarlo. —De cualquier manera, no me acuesto con mis clientes.

Dora agitó la cabeza ante el vestido. —No creo que este sea el indicado.— me miró mas detalladamente. —Desearías poder acostarte con él, ¿verdad? Es un jugador de fútbol. Puedo

imaginarme cómo es su cuerpo. Qué bueno debe ser en la cama, como atleta.

Me encerré en el cubículo del probador otra vez.

—No seas ridícula—, contesté. —He visto lo que hay que ver, si ha sido un par de abdominales y un pene grande, eso sería todo. No es algo que no pueda encontrar en otro lado, con alguien que no sea mi cliente, repito.

Ella se rio.

Me quité el vestido y probé otro. —Además—, agregué. —Si es tan difícil entrar y salir de estos vestidos, no sé cómo voy a tener tiempo para llegar al sexo.

Se rio de nuevo.

—Necesito perder unas diez libras para poder pensar en caer aquí dentro—, le dije.

—No, no lo harás—, protestó ella. —Los rellenas perfectamente

Mi amiga siempre decía que me veía bien tal como era, como una madre, más que como una amiga. Pero mientras me miraba en el espejo tuve que admitir que esta vez podría tener razón. Nunca me puse vestidos tan elegantes, pero se veían correctos, ajustados a lo que Dora siempre llama mis *curvas de botín*.

—Este es definitivamente el vestido—, le grité suavemente a Dora, girando de lado a lado, inspeccionándome a mí misma, abarcando cada espacio visible como estaba segura de que Leo lo haría más tarde.

—¿A qué hora te encuentras con ese tipo?—, preguntó.

—Seis.

—Es temprano para la caridad, ¿no?

—Lo es. Necesitamos cubrir algunos detalles primero. Vamos a cenar—. Salí del camerino otra vez para mostrarle el vestido número dos.

—Juit Juiuuuuu!

Ella imitó un silbato que yo podía decir fue por el hecho de que iría a cenar con Leo, tanto como por el vestido que llevaba puesto, que realmente abrazaba todas mis curvas.

—¿Cenar antes? Y luego un romántico evento formal donde salvas vidas de niños pobres donando dinero a un ala del hospital. Suena como una cita para mí. Y sé de hecho que tendrás sexo después de eso.

Sonreí, moviendo la cabeza. No me ayudaba. Yo solo quería pensar que esto era laboral.

—Entonces, ¿este?— Le pregunté. —¿O tengo que seguir intentándolo? Esto es un trabajo duro.

—Creo que estás estupenda. Pero, ¿Qué te parece a ti?—, preguntó. —¿Cómo te sientes en él? ¿Cómoda?

—Definitivamente estaba pensando que este era el elegido.

—Bien—, dijo ella. —Ambas estamos de acuerdo en eso entonces. Porque creo que Leo no va a ser capaz de resistirse a poner sus manos sobre esas finas curvas tuyas.

Volví hacia un espejo y me miré de nuevo, sólo para estar doblemente segura. Necesitaría el par de zapatos perfectos y joyas elegantes para completar el look, pero se veía bien. Si Leo tenía el traje adecuado, nos veríamos bien juntos.

Por supuesto, no se trataba de eso. Pero aun así, no haría daño.

Pensé que todas las chicas merecían una noche en la ciudad con un atleta guapo, rico y famoso. Incluso una mujer trabajadora y liberal como yo.

Capítulo 13

Susan

Me sentí sudorosa cuando llegué a casa, aunque probablemente se debió a los nervios, porque Dora y yo no habíamos tenido que comprar durante mucho tiempo desde que uno de los primeros vestidos que me había probado había sido perfecto. Eso nunca me pasó a mí, así que esperaba que fuera una señal de que el resto de la noche iría sin problemas.

Me duché por segunda vez, y usé suficiente producto en mi cabello para que se quedara donde lo quería, sin darme cuenta, estaba mas largo y podía peinarlo alrededor en algo más suave y elegante de lo que normalmente lo usaba.

Prefería el pelo corto. Me gustaba quitarlo del camino fácilmente, y no era el tipo de mujer que quería seducir a un hombre con el cabello tapando la mitad de mi rostro. Aun así, quería parecer femenina, y esta noche, me las había arreglado.

Me alegró ver que el vestido me quedaba tan bien en casa como en la tienda. Por lo general, podía jurar que los espejos de las tiendas funcionaban como una especie de magia vudú para que me viera mejor con la ropa de lo que realmente era cierto, para que pudiera hacer una compra impulsiva de la que me arrepentiría más tarde cuando llegara a casa y volviera a la realidad. Probablemente para entonces me sentiría muy orgullosa para devolver la ropa y admitir que no me quedaba bien.

Pero esta noche era diferente: este vestido todavía se veía bien incluso sin la magia del espejo de la tienda. Estaba apretado alrededor de mi cuerpo, acentuando a mis curvas, mostrando mi espalda y mis hombros. El corpiño se aferró a mi cuerpo hasta las caderas antes de que saliera el vestido a la vista. Los cristales decoraron el corpiño. Con él, me puse joyas de plata, zapatos negros y agarré una cartera a juego. Me realicé un maquillaje ahumado finalizando con un toque de mi labial favorito, rojo oscuro.

Me di la vuelta en el espejo y me gustó lo que vi.

El timbre sonó en la puerta principal y la abrí. Un hombre de traje negro y sombrero de chófer se paró frente a mí inclinándose ligeramente en las caderas.

—Srta. Valencia—, dijo. —El coche la espera.

Tiré mi teléfono, lápiz labial, llaves y una tarjeta de crédito a la cartera y cerré la puerta detrás de mí. Seguí al chofer hasta la calle. Una limusina negra me esperó en la acera y me detuve. Él se dirigió a la puerta trasera y me la abrió.

—Adelante—, con un gesto solemne me indico que entrara.

Me lo tragué, mirándolo. Esto fue demasiado, ¿no?

Cuando me deslicé en los asientos de cuero, cambié de opinión. Vale, claro, puede que haya sido demasiado, pero esto ha estado bien. Podría acostumbrarme, disfrazarme, ser conducida por un chofer en un coche de lujo e ir a un restaurante caro.

Nos detuvimos frente a Zuma y Leo estaba esperándome en la puerta, se quedó atento cuando se dio cuenta que era el vehículo. Sonrió cuando salí de la limusina y me acomodé el vestido elegantemente. Me miró de arriba a abajo antes de darle las gracias al conductor e indicarle el tiempo para que nos recogiera de nuevo.

—Te ves deslumbrante—, finalmente me miró a los ojos.

No pude evitar sonrojarme. ¿Cuándo fue la última vez que un hombre me llamó deslumbrante? Tendría que decir que la respuesta a eso fue: nunca.

—Tú también te ves muy bien— indiqué con mi mano su traje y cuerpo.

Él usaba un esmoquin, con pajarita y solapas de raso, que lo hacían lucir distinguido. No esperaba menos, pero realmente mi imaginación quedó corta al imaginarlo. El hombre se veía más que magnífico.

Sonrió, me dio el brazo y me abrió la puerta. La anfitriona nos llevó a nuestra mesa.

Nunca había estado en Zuma antes. Sólo había leído grandes reseñas del lugar. Tenía techos altos y un bar al lado donde los chefs japoneses preparaban sushi y otras comidas. Nos sentamos en una mesa de madera clara con asientos de cuero verdes y suaves, y una camarera nos trajo nuestros menús.

—Este es un gran lugar—, dije, mirando alrededor. Estaba lleno. —¿Cómo conseguiste reservas tan fácilmente?

Se encogió de hombros. —Soy Leo Bell, ¿recuerdas?

Asentí con la cabeza. Cierto. Privilegios y conexiones especiales y todo eso. Miré la carta llena de opciones, muchas de las cuales no conocía de que se trataban.

—No sé qué elegir—, le dije. —Todo se ve tan bien.

—Déjame decidir. He estado aquí antes.

Asentí con la cabeza. Normalmente no dejaba que los hombres tomaran la iniciativa. Odiaba ser indecisa, pero me había puesto en este papel y probar cosas nuevas y diferentes no me caía mal. No podía olvidar lo que estaba haciendo aquí. La limusina, el disfraz y el restaurante caro hicieron que todo pareciera demasiado de un cuento de hadas.

Esperé hasta que Leo ordenó por nosotros antes de empezar.

—Bien, entonces sobre esta noche—, le hablé. —Ya te dije de qué se trata todo esto. Vamos a ir a ese evento para que puedas mezclarte con la gente que influye en nuestra sociedad.

Él frunció el ceño. —Voy a estar fuera de mi zona de confort, entonces.

Me reí suavemente. —Tal vez, pero si la gente empieza a asociarte con personas que influyen en la sociedad de una manera positiva, empezarán a etiquetarte de esa manera, también.

Afirmó con la cabeza. —Bien, puedo entenderlo. Me vuelvo bueno por asociación, entonces.

—Es una forma de decirlo—, agregué. —Y les estás mostrando que estás asistiendo a una causa que importa. La gente ama a un ganador, pero ama más a un héroe.

—Altruismo—, dijo, tirando de una cara como si la idea le hubiera dejado un mal sabor de boca.

—El evento de esta noche es para los niños—, comenté. —Es una buena causa. ¿No te gustan los niños?

Se encogió de hombros. —Si. Supongo que algún día, me gustaría tener el mío. Sólo que ahora no, ¿sabes?

Asentí.

—¿Y tú?—, preguntó.

Lo miré. Ese tema de conversación no era exactamente lo que esperaba. No era algo que hubiera querido compartir con alguien.

—Me gustan los niños—, dije. —Es sólo que no quiero ninguno mío.

Leo frunció el ceño. —¿Por qué no?

—Gusto personal, supongo.— Eso, y sabía que era una responsabilidad que nunca podría asumir.

—Toda mujer quiere hijos. Está en su naturaleza.

—*Eso*—, respondí, —Es un comentario sexista. Es exactamente lo que necesitas tener en cuenta cuando te concentras en tu imagen pública. No estamos criando máquinas u objetos de placer.

Él levantó las manos. —Sólo preguntaba por qué no quieres tener hijos. Sin ánimo de ofender. Lo entiendo, no todas las mujeres son maternas.

Había una chispa en sus ojos, como si hubiera dicho todo sólo para sacarme la reacción que había recibido. Le gustaba presionar mis botones. En más de un sentido. Y no era a lo que estaba acostumbrada, comúnmente las personas me respetaban y temían inmiscuirse, en cambio él, estaba jugando, y yo sin meditarlo mucho, estaba entrando en su juego al enfadarme así. No era algo consciente, simplemente no estaba preparada.

Asentí con la cabeza, tratando de actuar sin emociones. —Está bien. Todo lo que digo es que asistir a este tipo de eventos no es tan malo. Al final, lo estás haciendo todo por ti mismo. Es un regalo que sigue dando.

Estaba cambiando de tema. Necesitaba hacerlo. Me estaba poniendo nerviosa, caliente y molesta. Era hora de volver a hablar de temas profesionales.

—Haces que suene tan glamoroso—, dijo Leo.

Me reí. —Lo es. No puedes decirme que no te sientes bien, vestido así, de camino a un lugar donde todo el mundo está haciendo algo bueno.

—Puedo decirte que verte vestida así me hace querer ayudar a desvestirte.

Me reí, incapaz de ocultar mi sorpresa. Era un sinvergüenza. Y no pude evitar desearlo.

—No puedes hacer eso—, Contesté.

—Tienes una hermosa sonrisa.

Me estaba sonrojando. Sentí que el rubor se deslizaba por mis mejillas, y no había nada que pudiera hacer para ocultarlo. Ni siquiera tenía el pelo suelto para esconderme.

—Hablo en serio, Bell.

Levantó las manos. —Si va a hacer que te dirijas a mí por mi apellido otra vez, me detendré.

Su cara era seria, pero sus ojos color avellana todavía me sonreían, y me hacían sentir un poco desequilibrada.

Cuando llegó la comida, estaba agradecida por la distracción. Tuve que tomarme un momento para recuperar la compostura. Este hombre sabía exactamente cómo hacer que una mujer se desenmarañara.

Capítulo 14

Leo

Era una visión en plata, y estaba sonriendo. No la había visto sonreír desde que la conocí. Era lo más sexy que había usado desde que nos conocimos. Cuando salimos a cenar, ella era una persona diferente. Como si sacarla de alguna manera hubiera llegado a través de su fría fachada a algo cálido y amigable en su interior.

Cuando nos detuvimos frente al edificio Cruz, mi chofer Carl nos abrió la puerta y yo salí primero. Extendí mi mano, y Susan la tomó, asomándose desde el auto. Parecía que pertenecía a este mundo de corbatas negras y fiestas. Tenía mucho dinero, y estaba menos cómodo y confiado en este entorno de lo que ella parecía.

¿Con cuánta gente trató? ¿Con qué frecuencia venía a lugares como éste? Pasó su mano por el brazo que le ofrecí, y nos volvimos hacia el edificio alto y erguido que había sido parte de la cara de los eventos de lujo durante años.

Entramos por las puertas dobles que daban al edificio. El lugar era magnífico, con una escalera gigante que conducía al segundo nivel justo enfrente de nosotros. Pilares y suelos a cuadros a la izquierda conducían a una barra que se extendía a lo largo de la habitación.

En todas partes, hombres y mujeres estaban vestidos para la ocasión. Los hombres caminaban con esmoquin y cola, las mujeres se pavoneaban en sus brazos, lo que les hacía lucir mejor.

La música clásica, no de mi gusto, pero tampoco terrible, flotaba desde altavoces ocultos, con el murmullo de la conversación y el tintineo de las copas, proporcionaron la banda sonora de la noche.

—Voy a subir a hablar con algunas personas—, dijo Susan tan pronto como estuvimos adentro. —¿Por qué no caminas y haces algunas presentaciones? Hacer un poco de red. Y si un reportero se te acerca, debes sentirte libre de explicarle por qué estás aquí. Sin embargo, hay que atenerse a lo básico. Creer en esta caridad y querer ayudar. Sé que te sientes así, cuando no estás distraído por otras cosas. Y trata de no beber demasiado.

Me gustó la forma en que mencionó que estaba distraído por otras cosas. Parecía que ella y yo estábamos en la misma onda.

Me soltó el brazo y me di cuenta de que me dejaba.

—¿Tengo que hacerlo solo?

Ella sonrió. —Eres un chico grande. Estoy segura de que sabes todo sobre como encantar a las personas.

Su sonrisa era juguetona, y sus ojos eran agudos. Se giró con un gesto y subió las escaleras, ascendiendo como una diosa.

Miré a mí alrededor. Estaba fuera de mi alcance aquí. Si me ponían en un club nocturno como el White Room, sabía exactamente qué hacer. En este lugar, sin embargo, no tanto.

Caminé hasta el bar. Si iba a conseguirlo, tendría que hacerlo con un trago fuerte. No me importaba si Susan pensaba que no debía beber demasiado. Necesitaba superar esto sin verme tan inseguro de mí mismo como me encontraba. No era mi ambiente. No me gustaba estar en un lugar donde no me sentía cómodo. Y aun que todo era parte del plan, eso no significaba que tuviera que

gustarme.

En el bar, pedí un Remy Martin, y el camarero me sirvió dos dedos de hielo. Me hubiera encantado tener tres, pero me pareció de mal gusto pedirlo. Sorbí el líquido ámbar, sintiendo el suave whisky correr por mi garganta. Algo a lo que yo estaba acostumbrado. Cálido y familiar. Qué delicia.

—Eres la última persona que esperaba ver aquí—, dijo repentinamente una voz familiar a mi lado.

Me di la vuelta. Lucas estaba vestido con un traje negro con camisa negra y corbata, se veía muy moderno en él. Tenía el pelo liso hacia atrás, la barbilla bien afeitada, y un vaso de whisky en la mano como si fuera parte del traje.

—Ni siquiera preguntes—, dije, bebiendo más de mi propio vaso.

Cuando le pregunté durante la semana si quería salir conmigo este sábado, me dijo que estaba ocupado. No me había molestado en preguntar con qué. Ahora lo sabía.

—No bebas demasiado—, dijo. —Este lugar está lleno de periodistas. Es el único lugar en el que no quieres que te pillen metiendo la pata.

—Así me lo dijeron—, contesté y bebí más, sin escuchar lo que Lucas o Susan me habían advertido.

Sé que su trabajo es hacerme ver bien, pero lo mío está más relacionado a ser malo. Los viejos hábitos son difíciles de cambiar, y todo eso.

—Entonces, ¿qué haces aquí?— preguntó Lucas. —No es tu escena.

Me encogí de hombros. —Trabajando en mi imagen.

—Oh, con tu gerente de relaciones públicas.— Sonrió. —¿Dónde está ella? Me gustaría ver a esa mujer de la que has estado hablando.

Hice un gesto con la mano. —En algún lugar arriba. Tengo que hacer una red por mi cuenta.

—Ella te está haciendo trabajar de inmediato—, dijo sonriendo con picardía —Creo que me gusta esta chica para ti.

—No empieces.

—Entonces, ¿has hecho algún progreso con ella? ¿O el hecho de que estés en un traje es prueba de que la única persona que está progresando aquí es ella?—. Se rio.

Afirmé con la cabeza. —Es buena en lo que hace. Le concedo eso. Y no, no he hecho ningún progreso. No puedo entenderla. Pensé que la tenía dominada, y ahora, esta noche, está diferente.

—Diferente, ¿cómo?.

Me encogí de hombros. No sabía cómo explicarlo. Era muy dura y más expresiva. Más hermosa, como resultado. Lo que me tomó desprevenido porque normalmente no describía a las mujeres, ni siquiera a mí mismo en mi propia mente, como *hermosas*. Eran calientes o *sexys*, juzgadas en una escala de lo probable que era que me las follara.

Esto era algo completamente distinto. No había meditado en todo lo que ella generaba en mí y sin duda alguna, no tenía idea que era lo que para ella significaba, como si existiera la posibilidad de un nosotros, no sé que rayos estoy pensando en realidad, no con coherencia al menos, pero estoy dispuesto a ordenar mis pensamientos y averiguarlo.

Capítulo 15

Leo

—Debería dar una vuelta y hacer contactos—, le dije a Lucas, terminando mi whisky.

Una parte de mí tenía miedo de lo que pasaría si Susan volvía y veía que la única persona con la que estaba hablando era mi propio mejor amigo. Ella no se quedaría callada, no lo dejaría pasar y simplemente sería una oportunidad para decir un par de verdades que yo prefería evitar. Pero otra parte de mí quería cambiar el tema, no quería que mi amigo supiera lo vulnerable que me había vuelto cuando se trataba de esta mujer que apenas conocía.

—Habla con ella—, dijo, señalando a una mujer con un vestido negro que le subían los pechos de una manera que parecía incómoda. —Es reportera de Miami Today, y siempre escribe favorablemente a sus entrevistados.

—Gracias—. Este no fue claramente el primer rodeo de Lucas. Era mucho mejor que yo para chismorrear, poniendo su mejor cara hacia adelante, como lo llamaría Susan. Caminé hacia la reportera que me había dicho con la que hablara, y me aclaré la garganta.

Ella sonrió y se presentó, sabiendo exactamente quién era yo. Se inclinó hacia mí cuando habló y respondió a mi encanto. Ese sí era mi campo.

No estábamos coqueteando, ella tenía la edad suficiente para ser mi madre, pero las mujeres de cualquier edad o apariencia se apresuran a calentarme. Por lo menos podía utilizarlo a mi favor, aunque estaba claro que tenía mucho que aprender sobre el resto de cómo causar una buena impresión en la gente.

Después de un tiempo, nos llamaron al Salón de Baile de Villa Cruz en el tercer piso para los discursos de donación. Los invitados subieron las escaleras lentamente hasta que todos entraron. Las puertas de la terraza estaban abiertas, y una cálida brisa entró por ellas, haciendo circular aire fresco.

Alguien me tocó el codo, Susan apareció a mi lado.

—Parece que te va bien—, dijo.

—Bastante bien, creo.

—He hablado con un par de personas, he averiguado cuánto están donando. Así que esto es lo que tienes que hacer: Tienes que subir y dar un discurso sobre tu donación.

—¿Qué?— La miré, alarmado. —No hablo en público.

Ella agitó la cabeza. —Vas a tener que pararte ahí al frente y contrarrestar la mala publicidad que has estado recibiendo con algo bueno. Una simple donación no será suficiente.

Moví la cabeza en forma negativa. Había asumido que iba a escribir un cheque y dejarlo en algún lugar, caja o con alguien encargado, solo eso, nada de hablar frente a un montón de personas deseosas que me equivoque. —¿Qué se supone que debo decir?—, pregunté.

—Diles que es para pagar a la ciudad por tu comportamiento. Pero dilo de una manera mejor. Tus propias palabras. Sé que las tienes dentro de ti. Y no hagas una pequeña donación. Cualquier cosa menos de cincuenta no será suficiente.

Cincuenta mil dólares. No era mucho, comparado con el dinero que tenía. Pero la idea me molestaba.

Parpadeé. —Esto es como una multa, entonces—, dije. —Pagándoles para que me limpien la imagen.

Susan, puso su mano en mi brazo. Su piel estaba caliente, incluso a través de mi chaqueta.

—Es un buen primer paso, Leo—, dijo. —Confía en mí.

Sus ojos eran grises reflejando el vestido que llevaba puesto, casi mercurial. Maldición, no iba a poder decirle que no.

Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—De acuerdo—, me armé de valentía. —Hubiera sido genial si me hubieras hecho saber antes de venir que tendría que hablar. Habría preparado algo.

—Confío en que se te ocurrirá algo del corazón o... algo bueno que decir—, respondió.

No estaba seguro si estaba siendo condescendiente o alentadora. Esperaba lo segundo.

—Lo estás haciendo muy bien, Leo—, me dio una mirada de animo.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia la parte delantera de la sala, donde se había instalado un podio. Unas pocas personas fueron antes que yo, y presté atención a sus discursos. Cuando finalmente me tocó a mí, tenía algunas cosas en mente que podía decir.

—Buenas noches, damas y caballeros—, dije.

Todos los ojos estaban puestos en mí, y tragué con fuerza. Tenía miles de seguidores que me miraban cuando jugaba cada fin de semana, pero cuando eran tantos tan cerca, se transformaba en un mar de rostros. Esto se sentía mucho más personal.

—Estoy bastante seguro de que todos los presentes me conocen. Pero para aquellos de ustedes que no lo hagan, soy el tipo que toma decisiones estúpidas.

Se rieron. Bien.

—Estoy aquí esta noche porque esta es una causa que me tocó el corazón.

¿Un poco de mentira? Tal vez. Ni siquiera sabía de la causa hasta que Susan me lo contó. Pero una vez que lo hizo, me tocó el corazón. A lo mejor sólo porque quiero que me toque el pene, pero no vi la necesidad de entrar en el razonamiento detrás de por qué esta causa en particular era tan importante para mí, así que no lo hice.

—Quiero, esta noche, arreglar las cosas. O al menos, para empezar. Así que, como disculpa a la ciudad y como comienzo de un nuevo capítulo en mi vida, voy a donar cien mil dólares al Ala Infantil del Jackson Memorial Hospital.

La multitud se quedó boquiabierta. Los invitados se miraron unos a otros, sorprendidos. Aplaudieron. No sabía qué más decir. Las cámaras parpadeaban en mi cara, y por primera vez en toda mi carrera, no me preocupaba lo que aparecería en el periódico de mañana.

Estaba haciendo algo bueno, por una vez. Tuve que admitir que me hizo sentir orgulloso.

Salí del podio sin decir nada más y regresé al lado de Susan a través de una multitud que se separó para mí.

Ella me apretó el brazo cuando me uní a su lado de nuevo, con una sonrisa en los labios. Escuchó el siguiente discurso, pero cada vez que la miraba, esa sonrisa no se había desvanecido. Asentí con la cabeza, orgulloso de mí mismo.

No nos fuimos mucho después de eso. La acompañé por las escaleras hasta la puerta principal donde nuestra limusina estaba esperando. Carl nos abrió la puerta de nuevo, y le ayudé a entrar en el coche antes de seguir. Cuando la puerta se cerró y el auto comenzó a avanzar, ella se volvió hacia mí.

—Dios, estuviste fantástico—, dijo. Sus ojos brillaban, su sonrisa era contagiosa, y yo sonreí.

—No puedo creerlo. ¡Cien mil! Eso fue otra cosa. Realmente sabes cómo hacer un punto. Si sigues así, hay esperanza para ti, después de todo.

—Pero es gracias a ti—, le dije. —No lo habría hecho si no fuera por todos tus consejos. Y te veías genial de mi brazo. Sexy. Tuve a la mujer más guapa esta noche, eso es seguro.

Se sonrojó. Sonrió, como si de repente fuera tímida, y sus mejillas se hicieron evidentes cuando el interior del coche se iluminó al pasar las luces de la calle.

—Tienes que dejar de halagarme—. Su respiración era un poco agitada.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos juntos—, dijo. —Eres mi cliente. No está bien.

—Pero es verdad—, dije.

Levanté mi mano y rocé mis nudillos contra su mejilla. Su piel era suave y delicada. Sus pupilas estaban dilatadas, y tragó cuando me miró a los ojos. Mi mirada se deslizó hacia sus labios. Eran de color rojo oscuro y tentadores. Tenía que tenerla. Tuve que probar un poco.

Me incliné hacia delante y la besé antes de que pudiera detenerme, y antes de que ella pudiera romper el hechizo que se había envuelto en nosotros. Dudó un segundo antes de devolverme el beso. Mi lengua se deslizó en su boca, y puse mi mano en su cuello.

Estaba respirando con dificultad. El poco de alcohol, la emoción de hablar en público, y de impresionar a una mujer como Susan, todo eso me hizo sentir emociones que solo podía apaciguar con tenerla a ella así. La forma en que me besó era un indicio, también me quería a mí. Sabe eso, estremeció mis ideas.

Rompió el beso como si de repente hubiera recobrado el sentido común. Tragó con dificultad, su respiración seguía siendo errática. Parecía confundida, pero sus ojos se deslizaron hacia mis labios una vez más antes de apartar la cabeza.

Yo la deseaba. Y estaba claro que ella también sentía lo mismo por mí.

Ahora sólo me quedaba una cosa por hacer. Tenía una razón para actuar, jugar duro y hacer que pasara. No podía hacerlo esta noche, pero estaba decidido a hacerlo muy pronto.

Capítulo 16

Susan

A la mañana siguiente, me desperté con el estómago atado en un montón de grandes nudos. La noche con Leo había sido perfecta. Demasiado perfecta. Había dejado que el humor me absorbiera, y cuando me besó, no le dije que no, debería haberlo hecho.

Era una promesa que jamás había roto. Pero se veía tan guapo en su traje, y había donado tanto dinero al hospital. Por un momento, se me ocurrió la idea de que, bajo su máscara de playboy, era una buena persona.

Por supuesto, podía serlo. El hecho de que se metiera tanto en líos no significaba que no fuera agradable, inteligente y divertido. Yo más que nadie debería saberlo, y sería una hipócrita si lo juzgara por ello.

Pero no podía permitirme caer en este espiral de justificar todo lo que había hecho en el pasado. Sólo me hundiría más. Ya habíamos roto la barrera del tacto ahora que nos habíamos besado, eso solo hacía más fácil que algo más sucediera.

Sin embargo, ese hecho me perturbaba, había códigos, códigos que toda mi carrera habían funcionado y me habían llevado sin conflictos a donde estoy ahora. No podía dormir con Leo. No importaba lo mucho que lo hubiera deseado anoche, y que se pareciera al héroe del que había estado predicando en el restaurante.

Lo llamé.

—Buenos días, preciosa—, respondió al teléfono.

Cerré mis ojos.

—¿Podríamos almorzar hoy?— Le pregunté. —Me gustaría hablar contigo.

—Suena serio—, dijo.

Agité la cabeza, aunque él no podía verme. Por supuesto, era serio.

—No quiero que nos veamos en público, si te parece bien. Después de anoche, estarás en el ojo público, y no puedes permitirte que te vean con una mujer que podría ser confundida con, bueno, ya sabes.

—¿Una llamada de sexo?—, preguntó, terminando mi frase por mí.

Guarde silencio. Eso era exactamente lo que quise decir. Había luchado contra mis impulsos de estar con él anoche y que me condenaran si iba a dar alguna munición a la prensa sensacionalista para sugerir que me había acostado con él. Tenía muchas ganas de hacerlo y lo único que me detuvo fue que sería un asesino profesional.

Si la prensa hubiera hecho parecer que algo había pasado, habría desperdiciado toda mi fuerza de voluntad en nada. Y yo, Susan Valencia, no creía en desperdiciar energía. Ciertamente no en algo tan tonto como con mi cliente, a quien se suponía que estaba reformando, pero que de hecho estaba siendo corrompida por él, y traté de recordármelo a mí misma. *Mantente fuerte* me dije.

Mientras tanto, estaba respondiendo a mi pregunta sobre si podíamos hablar hoy.

—De acuerdo—, dijo. —¿A qué hora quieres que vaya?

—¿Una?

—Estaré allí—, dijo, y la línea se cortó.

De repente estaba nerviosa. Mi casa no era tan glamurosa como la suya, y ¿qué íbamos a comer?

Me detuve y me obligué a respirar. Sólo era un cliente. No importaba cómo era mi casa y mi comida. Necesitaba hablar con él, sobre lo de la noche anterior y nada más.

Me duché y luego fui a la tienda. Compré una pasta de diferentes carnes y quesos para ofrecerle para el almuerzo. Tengo panecillos portugueses y zumo de fruta fresca.

¿Estaba tratando de impresionarlo? Por supuesto que no. Sólo intentaba ser la anfitriona de un almuerzo apropiado.

Exactamente a la una en punto, sonó un golpe en la puerta. Cuando abrí, Leo se paró frente a mí con jeans y una camiseta de cuello en V que abrazaba sus músculos con tanta fuerza que parecía pintada. Su cabello estaba húmedo, como si acabara de salir de la ducha, y su sonrisa me hizo derretirme un poco. Su perfume era fuerte, masculino y delicioso.

Aparté la idea. Si no pudiera resistirme a un hombre así cuando me dije a mí misma que sería estrictamente de negocios, me sentiría decepcionada.

—Llegas a tiempo—, le sonreí.

—Sigues diciéndome que no llegue tarde—, contestó.

Me paré a un lado, y él entró en mi casa, mirando a su alrededor. Intenté mirar mi casa a través de sus ojos. No era muy grande, pero era cómoda. Suelos de parquet, un televisor en la esquina, sofás lo suficientemente grandes y cómodos para dormir en caso de que tuviera invitados. Un largo pasaje que conducía a un baño, una habitación extra y luego la mía. Sus habitaciones de hotel, cuando estaba de gira, eran probablemente más grandes que ésta, por no mencionar su casa.

No importa, me recordé.

—Puedes pasar al comedor—, le dije.

El lugar era más bien una división de la sala de estar, donde una mesa para seis personas había sido colocada en una esquina. Había puesto la comida en un mantel de hilo y decoré con unas flores frescas el centro.

—Esto se ve bien—, soltó mientras acomodaba una silla y se sentó.

Yo también me senté, y por un rato, nos ocupamos de comer y charlar.

Cuando ya no teníamos nada que decir, respiré hondo.

—Escucha, Leo. Lo que pasó anoche. No podemos hacerlo de nuevo. De eso es de lo que quería hablar.

Él frunció el ceño. —¿Salir juntos?

Agité la cabeza. —No te hagas el tonto. Me refiero al beso en el coche cuando volvíamos. No podemos hacer eso.

Él me miró con una expresión que no podía leer. Sus rasgos eran perfectos, una mandíbula cuadrada, una nariz recta y una frente fuerte. Era tan guapo que odiaba tener que decírselo, pero obviamente había que hacerlo.

—¿Lo querías?—, preguntó.

Le parpadeé. —¿Qué?

—El beso. ¿Querías besarme?

Agité la cabeza. —Ese no es el punto. Esta es una relación de trabajo. No puedo hacer esto con un cliente, especialmente contigo, cuando tu reputación es lo que está en juego.

No parecía conmocionado ni nervioso, tímido o sorprendido. Parecía tranquilo y en control, lo contrario de lo que yo sentía.

—No estás respondiendo a mi pregunta—, habló.

Estaba al tanto de su perfume. Era como si se hubiera hecho más fuerte ahora que estábamos

hablando de esto. El olor me recordó a él anoche y a la forma en que me besó, a su mano acercándose como si me estuviera reclamando.

—Sí—, dije. —¿Estás contento ahora? Sí, quería besarte.

No sabía por qué le había dicho eso. No tenía derecho a exigir una respuesta. No tenía ninguna obligación de dársela. Y sin embargo, lo solté con frustración.

—Entonces, ¿cuál es el problema?—, preguntó.

Puse los ojos en blanco. —Te lo acabo de explicar—, contesté. —Es una relación de trabajo.

Leo agitó la cabeza. —Sólo trabajo y nada de diversión hace que Susan sea aburrida.

Me estaba irritando. Tenía derecho a decirle que no deberíamos hacer nada que no fuera trabajo. El hecho de que yo quisiera o deseara que pudiéramos hacerlo era algo totalmente diferente.

—No seas estúpido—, respondí. —Esto puede poner en peligro nuestras carreras. Puedo decírtelo ahora, eso no es lo que quieres..

—Pero te deseo a ti.

Le parpadeé. —No, Leo. No debes sentir eso. Hay otras muchas chicas, no es el momento pero no esta bien que hagas esto....

Mi aliento se enganchó en mi garganta. Se acercó más a mí. Hablar con él no había hecho nada. Quizás, tal vez empeoró las cosas. Era el tipo de persona que haría exactamente lo que le dijiste que no hiciera.

Maldita sea. Sus labios tocaron los míos, y la electricidad chocó mi sistema como si hubiera tocado un cable con corriente.

Me alejé. No podría hacer esto. Agité la cabeza.

—¿No quieres esto?—, preguntó.

¿Por qué tuvo que preguntarme? Lo que sentía y lo que era correcto eran dos cosas diferentes. La cara de Leo aún estaba tan cerca de la mía que pude ver las manchas de oro en sus ojos de avellana. Con mi mirada en la suya, caí cada vez más profundo. Mi cuerpo gritaba para llamar la atención, y le dolía que me tocara de nuevo.

Como si supiera lo que estaba pensando, hizo su jugada. Puso sus manos sobre mis mejillas y me empujó hacia él, besándome con fuerza. Sus labios se machacaron contra los míos, su lengua se metió en mi boca, y olvidé cada argumento que había preparado en mi mente.

El calor atravesó mi cuerpo y se acumuló entre mis piernas. Leo se puso de pie, tirando de mí hacia él y poniendo mi cuerpo contra el suyo.

Sentí sus músculos a través de su ropa. Tenía el cuerpo tenso. Todo él estaba en forma y esculpido como hecho a mano, claro que tenía verdadera relación con el acondicionamiento físico al que se había expuesto por tanto tiempo. Su erección me presionó contra el hueso de la cadera, diciéndome exactamente lo que quería.

Su mano se deslizó hacia mi pecho, y me dio un masaje a través de mi blusa. Mis pezones se apretaron y jadeé. Mi corazón se aplastó, suplicando, expectante.

Sabía que no debería querer esto, pero lo hice. Debería detenerlo, pero no pude. Me sentía físicamente incapaz de hacer nada más que dar lo que Leo quería, lo que yo quería.

Me empujó firmemente contra la pared. Tomó mi muslo y me enganchó una pierna para que su erección se apoyara en mi entrepierna mientras giraba sus caderas. Movié su cabeza hacia mi cuello y me mordisqueó la piel, dejando con el paso de sus besos un rastro de fuego en mis clavículas.

Me agaché y toqueteé el dobladillo de su camisa, trabajando hacia arriba. Él me dio un beso lo suficientemente apasionado para que yo le pusiera la camisa en la cabeza y luego se cayera al

suelo.

No pude hacer nada más que mirar fijamente sus abdominales y su pecho cincelados. Los tatuajes dictaban dominio y el arte se extendía por los pectorales, costillas y brazos. Estaba más caliente de lo que pensaba cuando sólo podía verlo con la ropa puesta.

Metió la cabeza en mi cuello. Su mano aún estaba sobre mi pecho, y su excitación me presionó, haciéndome sentir dolor por él. Una electricidad junto con una pequeña cosquilla me recorrió el cuerpo haciéndome erizar la piel.

—Eres tan sexy—, murmuró en mi cuello.

Lo alejé lo suficiente como para alcanzar sus vaqueros, los desabroché y los abrí. Él hizo lo mismo y pronto estábamos con las prendas en el suelo, admirándonos, saboreándonos.

No se detuvo en mis bragas. Cuando estaba desnuda, sólo se detuvo un segundo para mirar mi cuerpo.

—Diablos que perfección—, dijo.

Se bajó los calzoncillos y lo miré. Su pene estaba grande y duro, erguido de lujuria. Leo metió su mano entre mis piernas y sus dedos se deslizaron en mi hendidura. Encontró mi clítoris y dibujó pequeños círculos alrededor de él, haciéndome temblar justo allí donde estaba parada.

—Dios, estás tan mojada.

—Tú hiciste eso—, susurré, sintiéndome estúpida en el momento en que lo dije.

Pero era demasiado tarde para retractarse. A pesar de que la sensación había sido palpable, la admisión estaba ahora entre nosotros. Quería que me cogiera.

Me besó de nuevo antes de darme la vuelta y me empujó hacia la mesa. Me acostó de espaldas y me quedé sin aliento. La madera estaba fría contra mi. La comida que no habíamos comido estaba a mi lado en la mitad de la mesa.

Las manos de Leo se aflojaron sobre mis muslos, que se abrieron para él. Se metió en los bolsillos de sus pantalones para buscar un condón. Una vez que lo encontró, abrió el envoltorio y se lo puso.

Luego pisó una silla y se balanceó sobre mi cuerpo. Sus brazos y hombros se abultaron mientras se levantaba. Su pene se movió hacia mi centro como un misil, y se apretó contra mi entrada. Me quedé sin aliento.

—Me encanta ver la cabeza de mi gran verga contra tu vagina mojada—, me dijo, mientras morbosamente disfrutaba del espectáculo, fue algo que me provocó más excitación.

Él me empujó y yo grité. Mi vagina se estiró para acomodarlo. Era grande y me llenó completamente.

Leo no esperó a que me ajustara al gran tamaño de su miembro antes de empezar a empujarlo dentro y fuera de mí. Su cuerpo se arqueó sobre el mío, sus caderas moviéndose mientras me cogía como si hubiera estado esperando toda la vida para hacerlo.

Mi cuerpo se movía de un lado a otro de la mesa, y mis pechos también lo hacían. Tener a Leo era puro placer, y grité cuando la fricción contra mi punto G me redujo a un charco de lujuria debajo de él.

Tuve un orgasmo repentino, no pude detenerlo aunque lo hubiera intentado. Mi cuerpo se apretó, mis dedos de los pies se rizaron, y me agarré a los hombros de él mientras llegaba al clímax y mi orgasmo me bañó. Cuando finalmente cedió, jadeé por aire.

—Mierda—, respiré.

—Acabamos de empezar, cariño.

Se bajó de la mesa y me abrazó. Cerró mis brazos y piernas alrededor de su cuerpo y me llevó al dormitorio. Sentí una nalgada en mi culo que me hizo dar un peño grito. Esté hombre sabía lo

que hacía. Me tenía completamente extasiada.

Esto era todo. Me estaba follando a mi mayor cliente, haciendo o rompiendo su carrera. O mejor dicho, él me estaba cogiendo a mí. Duro, delicioso y fuerte. Y no quería que se detuviera.

Capítulo 17

Leo

La maldita Susan era todo lo que había imaginado que sería y más. Me encantaba mirar su vagina desnuda abierta de par en par para mí. Me encantaba sentirme pulsando dentro de su cálida y apretada matriz.

Y la mejor parte fue que yo también me di cuenta de que a ella le encantaba. Era una gata salvaje en la cama. Después de que la llevé al dormitorio, se subió encima de mí y me montó como si no hubiera un mañana, teniendo un orgasmo en otro momento antes de que yo hubiera estado cerca de alcanzar mi punto máximo. Se entregó al acto con un abandono temerario, completamente cómoda en su propia piel y a gusto con su sexualidad. Se contorneaba como si todo se tratara de un baile sensual, me volvía loco, no sabía donde fijar mi mirada, todo en ella era perfecto, podía ver el placer en su boca entre abierta y como su espalda se curvaba con cada explosión de lujuria.

No era frecuente que yo estuviera con mujeres que tenían tanta confianza en sí mismas como Susan. Era una gran excitación.

—No quiero que esto termine nunca—, me encontré diciéndole, y luego me recordé a mí mismo que esas palabras no debían salir de mi boca. No podía sonar como un adolescente bobo.

Estaba tan tentado de dejarme llevar por ella, tanto como ella se dejaba llevar por mí. Pero necesitaba mantenerme fuerte. No quería que se hiciera una idea equivocada: que yo era débil o que sentía algo por ella.

Pero me estaba haciendo perder la cabeza y yo pensaba cosas que no debería. Sus ojos estaban de vuelta en su cabeza y entonces ella estaba mirando profundamente en los míos mientras gritaba, —¡Leo!

—Sí, nena—, le dije, sumergiéndome aún más en su vagina, separando las mejillas de su culo y dándole unas nalgadas por si acaso. Tuve que castigarla por ponerme de rodillas por ella. —Meter esta gran verga en el pequeño agujero de tu vagina. Sé que te gusta.

—Me encanta—, gritó, a punto de volver. Me di cuenta por la forma en que su centro temblaba y su voz cambiaba. Me encantaba ser su dueño, reclamarla, apoderarme de todos sus sentidos y hacerla mía. —Se siente tan bien.

Me bombeé dentro y fuera de ella y luego sentí un tirón en la base de mis pelotas. Se acercó para apretarlos, lo que aceleró mi liberación.

—Ya voy—, le dije, mientras mi pene palpitaba. —Me voy a ir ahora mismo.

Mi respiración comenzó a coincidir con la de ella una vez que terminamos. Soy un atleta profesional de clase mundial, pero esta chica seguía siendo un trabajo para mí. Y me encantó.

Cuando finalmente terminamos, me levanté para tirar el condón. La miré fijamente mientras estaba tumbada bajo la luz de la luna que caía por la ventana abierta, saciada. Me miró con ojos encapuchados y pensé que había muerto y me había ido al cielo.

Mierda. Su cuerpo. Fue mejor de lo que podría haber imaginado. Me encantaba mirarlo desnudo y vulnerable.

Piel lechosa que se extendía uniformemente a través de su físico tonificado, del que

obviamente se estaba ocupando. Porque al juzgar por lo bien que se mantuvo al ritmo conmigo, ella también se ejercitaba. Sin embargo, estaba llena de curvas y tenía carne en los huesos. Era la combinación perfecta de una mujer suave y una fuerza feroz.

Esta era la clase de hembra que un atleta como yo merecía. Yo estaba acostumbrado a los dulces de vez en cuando, pero Susan había sido una comida de tres platos.

—Eso fue increíble—, dijo, suspirando en voz baja mientras ambos nos relajábamos dormidos uno al lado del otro.

—Eso fue...—. Me detuve, sin querer terminar mi frase.

El mejor sexo que he tenido. Con una de las criaturas más fascinantes que he conocido.

Cambié de dirección, no quería entregarme demasiado a alguien con quien no pudiera estar realmente.

El hecho de que quisiera estar con ella me sorprendió. Este no era el Leo que todos conocían y amaban, o que odiaban. Ya estaba cambiando por ella. Me reí de la idea.

—¿Qué es tan gracioso?—, preguntó, apoyando la cabeza en su mano para verme mejor.

—Aquí está la parte en la que me dices que todo esto era parte de tus habilidades de relaciones públicas, ¿verdad? ¿Todo un gran plan planeado por ti? De alguna manera me has convertido en la imagen perfecta del futbolista perfecto, con el poder de tus talentos en el dormitorio?

Me reía, pero una parte de mí se preguntaba si podía ser verdad. Si es así, ni siquiera me importaba. Cuando ella se unió a mí en la risa, la suya lírica y dulce, mientras que la mía sonaba más sarcástica y ronca, pensé que sonábamos bastante bien juntos. Hacíamos todo muy bien los dos.

—Me alegra oír que piensas que tengo talento para la cama—, dijo ella, cuando terminamos de reírnos.

—Creo que tienes muchas cosas—, le contesté.

—¿Ah, sí?

—Sí—. Decidí dejarla descansar. No había nada que pudiera decirle ahora mismo que no fuera a mezclar nuestras vidas profesionales y personales. El sexo era una cosa: un revolcón prohibido con un colega o una aventura secreta después de que todos los demás se fueran de la fiesta; esas eran las historias que la gente contaba durante los viajes de borrachos por el carril de los recuerdos. Pero ninguna de esas relaciones duró. Sólo se construyeron sobre la fantasía.

Le bajé la mano por el pelo, sin querer que pasara el tiempo. Se suponía que no íbamos a hacer esto, pero me alegré mucho. Nunca me han conocido por seguir las reglas y todas se salieron por la ventana en el momento en que vi el increíble trasero de Susan, al que ahora tenía el placer de poner mis manos por todas partes.

Mis últimos pensamientos antes de que me quedara dormido eran perfectos. Tenía la sensación de que iba a dormir como un bebé por primera vez en mucho tiempo.

Capítulo 18

Leo

Me desperté a la mañana siguiente, todavía satisfecho. Más que eso. Más feliz de lo que había estado en mucho tiempo.

Susan había mencionado que tenía que madrugar y trabajar un poco. Supongo que había decidido dejarme dormir.

Me vestí, me sentí como un millón de dólares, y me dirigí al centro de entrenamiento. Lucas ya estaba en el gimnasio cuando llegué.

—¿Duermes aquí?— Le pregunté. —Siempre estás sobre esa cinta cuando llego.

—Es una liberación del estrés—, respondió, respirando con dificultad entre palabras. —No todos podemos follar con mujeres para relajarnos.

Me encogí de hombros. Era relajante. —Podrías si quisieras.

No contestó. Sus pies chocaban contra la cinta de correr fue el único sonido entre nosotros por un tiempo, mientras yo estiraba mis músculos para calentarlos.

Seguía pensando en Susan, no podía quitármela de la cabeza. No dejaba de tener destellos de su cara y de su cuerpo. Normalmente no lo pensaba dos veces sobre las mujeres con las que me acostaba. Una vez que terminábamos, eso fue todo.

Sin embargo, ella era diferente. No sólo en la cama, sino intelectual y emocionalmente. Quería volver a verla.

Por supuesto, no tenía muchas opciones en eso. Era mi gerente de relaciones públicas, y seguiríamos trabajando juntos por un tiempo. Eso me hizo más feliz de lo que debería. La idea de volver a verla era tan satisfactoria como lo había sido el sexo.

¿Qué rayos me ha pasado?

Cuando terminé de estirar las piernas, me subí a la máquina y empecé a trabajar. No tardaría mucho en volver al campo, y quería estar preparado.

Lucas finalmente apagó su cinta y se bajó, respirando con dificultad.

—¿Por qué estás de tan buen humor?—, preguntó.

Lo miré, bombeando mis piernas hacia mi pecho y hacia abajo otra vez.

—¿Quién no puede estar contento con el día de piernas, verdad?

Se rio. —Tienes algo, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Eres un animal—, dijo. —¿Quién fue esta vez? ¿O no recuerdas su nombre otra vez?

No le contesté. Una parte de mí no quería que supiera que me había acostado con Susan, ahora que había llegado tan lejos. Tal vez era porque me preocupaba lo suficiente por ella como para querer verla de nuevo. Quizás fue porque aún no sabía lo que sentía al respecto.

O mejor dicho, sabía exactamente lo que estaba sintiendo, pero aún no, lo que significaba. Y ciertamente no quería admitirlo ante nadie, ni siquiera ante Lucas.

A lo mejor no quería que pensara que ella era sólo otro pedazo de culo. Por mucho que no lo entendiera, así era como me sentía. No tenía ni idea de muchas cosas en cuanto a mis sentimientos y emociones, pero ella no era desechable.

—Bien, si no quieres darme los detalles sucios, hablaré de fútbol.

Agité la cabeza. —Dispara, amigo—, dije.

Se rio. —En serio. Te necesitamos de vuelta en el equipo. Apenas nos estamos recuperando.

Asentí. —El último partido estuvo cerca, pero aun así ganaron

—Creo que todo fue por la lesión, en el otro equipo. De lo contrario, nos habrían dado una paliza.

Asentí con la cabeza. No había visto el partido. Y mi cabeza no había estado en el juego últimamente, ya que había estado tan concentrado en Susan. Sólo había visto las repeticiones, pero sabía de lo que hablaba. La lesión había sido grave, y había bajado un poco la moral del equipo contrario.

—Bueno, es sólo un partido más, y luego vuelvo a la alineación—, le dije. —Se acabará en un santiamén, y entonces podremos patear algunos traseros de nuevo, tú y yo.

Guiño un ojo. —Y con tu nueva imagen, quién sabe cuánto apoyo tendremos ahora.

Dejé de empujar pesas y le parpadeé. Me sonrió.

—Eres un verdadero imbécil—, le gruñí de broma.

—Sólo quiero darles a los niños tanto dinero para que digan que lamento haberme acostado con tantas mujeres—. Dijo, en tono burlón.

Agarré mi botella de agua y la tiré en su dirección. Se rio, agachándose.

—Oye, fue un movimiento de marica, en mi opinión, pero la prensa se lo comió todo. Tu misteriosa chica de relaciones públicas debe haber tenido razón sobre su consejo. Hice bien en decirte que hablaras con la reportera. ¿Viste el artículo?

Mis ojos se abrieron en sorpresa y desconocimiento. Había dejado de leer las noticias sobre mí hace mucho tiempo. Sólo era malo en todo momento.

—Deberías. Te están pintando como un héroe.

Susan había dicho que les gustaban los héroes, no los ganadores. Con ella, había ganado, sin embargo. Si el resto de ellos quería verme como Peter Parker, Hulk o cualquier condenado súper héroe, bien por ellos. Pero con ella, había marcado un punto. Lo último que planeaba hacer era decirle a Lucas lo mucho que había estado perdiendo la cabeza por una mujer.

Capítulo 19

Leo

—¿Ya sabes algo del entrenador?— preguntó Lucas.

—Aún no se nada.

—En algún momento, va a sacar a relucir este increíble truco que lograste hacer. Esa mujer con la que trabajas es buena, aunque no te acuestes con ella.

Me reí. No mencioné que lo que había hecho era exactamente eso.

—Creo que ella es buena para ti.

No podía discutir eso. Él y yo teníamos opiniones diferentes sobre muchas cosas. Había una razón por la que me conocían como el idiota y el irresponsable del equipo, y a mi amigo, por todo lo contrario.

Pero esto era algo en lo que yo estaría de acuerdo con él. Susan, era buena para mí. No estaba seguro de lo bueno que era. Eso estaba por verse. Pero estaba emocionado por averiguarlo.

Cuando terminamos, fui al vestuario y tomé mi bolso. Algunos de los miembros del equipo estaban presentes, y todos me miraron. Esperaba un comentario sarcástico o un gesto grosero. No habían sido muy amigables conmigo últimamente, pero nadie había hecho ninguna artimaña como lo del otro día.

Nadie dijo nada ahora. Todos me miraban fijamente.

—¿Qué?— Les pregunté.

Volvieron a lo que sea que estuvieran haciendo. Agité la cabeza y caminé hacia las duchas. Yo formaba parte del equipo, pero siempre me sentí un poco excluido, especialmente ahora que había sido suspendido por un tiempo. Fuimos leales el uno al otro en el campo, pero fuera de él, no era lo mismo.

Cuando terminé de ducharme, tomé mis maletas y me dirigí a mi auto. Saqué mi teléfono y marqué el número de Susan.

—¿Cómo estás, cosita sexy?— Le pregunté.

—Por favor, llámame por mi nombre—, dijo con fuerza. Sí, estaba en la oficina.

—Susan—, dije.

Prefería llamarla por cualquier número de apodos que se me ocurrieran en la cabeza. Nena, hermosa, cosa sexy. Pero si ella quería jugar de esta manera, está bien.

—Necesito que vengas conmigo al Jackson Memorial el viernes—, dijo. —Quieren que vengas al ala de los niños y pases algún tiempo con ellos, les entregues algunas firmas, ese tipo de cosas. Después de tu gran donación, quieren hacer algo para agradecerte.

—¿Este viernes?— Le pregunté

—Sí, sería bueno que lo hicieras antes de volver al juego.

Me encogí de hombros. —Supongo que puedo hacerlo. Sólo tengo gimnasia en la agenda. Me estoy asegurando de mantenerme en forma.

—Bien—, dijo ella. —Si podemos ir justo después de la hora del almuerzo, será genial.

Ella ignoró el comentario sobre mi cuerpo. Allí estaba yo queriendo saber si estaba recordando lo de anoche tanto como yo, pero estaba muy ocupada hoy, tensa y rígida. Me hizo

querer hacer algo para ayudarla a relajarse, algo que tuviera que ver con mi pene.

Yo palpitaba entero en respuesta a los pensamientos de verla desnuda y hacerle todo tipo de cosas a su cuerpo.

—¿No interferirá con tu horario de entrenamiento?—, preguntó.

—Creí que me habías dicho que saltara, y tengo que preguntar qué tan alto—, dije.

—Así no es como funciona entre nosotros, y esto no es lo mismo que el evento de caridad. Nuestro trabajo no puede interferir con tu carrera, pero puede, y debe, hacerse cargo de tu vida social. Por ahora, al menos

—Correcto—, dije. —Bueno, hablando de cómo funcionan las cosas entre nosotros. ¿Has pensado en lo de ayer? Porque yo no te he sacado de mi mente en todo el día.

—Estoy en la oficina—, dijo ella.

—Está bien. Puedo imaginarme algunas formas de hacer buen uso de tu escritorio.

Ella suspiró, sonando un poco desgarrada. Supongo que la estaba tentando demasiado; debería dejar de burlarme de ella.

—Ni siquiera puedo responder a eso, Leo—, dijo ella. —Debo que irme. Tengo mucho que hacer hoy.

—No te vayas todavía—, dije. —¿Por qué estás tan tensa con esto? ¿No quieres hablar de ello?

—No en la oficina. Y la última vez que intenté hablar de ello, no fue exactamente como lo planeé.

Sonreí. Había salido exactamente como lo había planeado. Cuando Susan me invitó a almorzar, sonando tan seria sobre la charla que quería tener, supe exactamente lo que quería decir. La verdad es que no quería que ella lo dijera. Yo sólo la estaba deseando.

Cuando empezó a hablarme, su cuerpo me había dicho todo lo que su boca no me decía. La había besado porque quería más.

Dios, cada vez que pensaba en ella, quería mucho más, de nuevo.

—Entonces, ¿quieres venir y hablar de ello más tarde?

—No soy tu llamada de sexo—, dijo ella, casi en un susurro.

Sonreí. Me gustó cómo sonaba, pero no fue exactamente como la vi. No, una llamada para sexo era alguien que facilitó follar. Susan era cada vez más difícil y muy impredecible. Ella era lo más lejos de eso.

—No voy a poder verte hasta el viernes, en el hospital.

—Oh, vamos. ¿No puedes hacer un pequeño espacio para mí, ni siquiera después del trabajo? ¿Por qué era tan diferente cuando no estábamos juntos?

Supuse que cuando estuviéramos a solas, podría soltarse y ser ella misma. Pero en el trabajo tenía una cierta imagen que mantener, como siempre me decía que hiciera.

La imaginé sacudiendo la cabeza, con los labios fruncidos y la cara seria. Podría hacer que se relajara y que la máscara se deslizara. Sabía cómo eran esos labios, redondeados en un grito silencioso cuando tenía un orgasmo. Yo también conocía a qué sabían.

—Lo siento, Leo—, soltó ella. —Te veré el viernes. Vuelve a revisar tu horario y hazme saber si la tarde te conviene. Si se interpone en tu entrenamiento, veré qué puedo hacer para moverlo con el hospital.

—No te preocupes por eso—, contesté. —La tarde funciona para mí. Si no logro ir ese día a esa hora a mi entrenamiento, siempre puedo pensar en otra forma en la que tú y yo podamos hacer algo de ejercicio.

La línea se cortó. Me había colgado. Me reí y me metí el teléfono en el bolsillo.

Sabía que sólo me había colgado porque no había querido seguir hablándome todo el día. Estaba luchando contra los sentimientos hacia mí, pero al final, sus deseos más básicos saldrían ganando.

Mierda, su actitud testaruda y sus maneras difíciles de seguir me pusieron furioso. Sin embargo, me sentía deseoso de ella, de calmarla, de ser yo quien la abrazara y suavizara con mi tacto. Ella estaba cambiando todo en mí y en cómo la veía. Y entonces sucedieron cosas como que la mesa del comedor fue adaptada y la limusina se convirtió en un lugar en el que consideraría tener sexo.

No lo habíamos hecho allí. No había sido más que un beso. Pero puedo arreglar que eso cambie.

La deseaba en cualquier lugar donde pudiera tenerla.

El viernes, íbamos al hospital, y yo me haría el héroe otra vez. Y luego, después, la llevaría a mi casa y le mostraría mis súper poderes. Estaba ansioso por estar dentro de ella de nuevo. Mi pene latía con expectación. Iba a ser una semana larga.

Capítulo 20

Susan

El último miércoles de cada mes, Dora y yo salíamos. A veces estábamos tan ocupadas que si no teníamos un acuerdo en pie, no nos veríamos durante semanas. Así que nos aseguramos de mantener esta rutina a menos que surgiera algo realmente urgente o importante.

Siempre nos encontrábamos en Jada Cole's, donde tenían cócteles deliciosos, música en vivo, y una atmósfera muy discreta. A diferencia de algunos de los paseos en esta ciudad, no tenías que actuar con pretensión para estar allí. Después de pasar todo el día enseñando a la gente a fingir, venir aquí siempre fue un buen descanso de la carrera de ratas.

Jada Cole's tenía paredes de paneles de madera y pisos de baldosas con una barra en un lado, un escenario en el otro, mesas y sillas de madera en el centro. Ella y yo nos sentamos en el bar. Era más fácil y rápido conseguir alcohol de esa manera, y el camarero nos conocía lo suficientemente bien como para hacer que cualquiera que nos molestara se fuera.

No sólo teníamos un punto de encuentro regular, sino que también teníamos bebidas ajustadas a nosotras. Siempre empezamos la noche con mojitos. Esta noche, hablamos de trabajo, nos enojamos con los estúpidos jefes y bebimos otra ronda de mojitos antes de pedir tequila. Después de eso, siempre nos poníamos serias.

—Entonces, ¿todavía estás volando sola, o ya te has decidido por tu nueva aventura?— Preguntó Dora. —Ha pasado un tiempo desde Rodrigo.

Negué con la cabeza. —No completamente decidida—. Pensé en Leo, pero no le contaría lo que había hecho con él, aunque estuvo realmente fantástico, había sido un error. Lo mejor sería mantenerlo en reserva. Aun que era mi mejor amiga, no estaba obligada a contarle. Bueno, aun que sacarlo de mi memoria estaba complicado y los tragos me estaban soltando la lengua...

—Sólo una noche casual por ahora—, le dije.

—Sí, yo también—, comentó mi amiga.

Pedí un Cosmo. Ella levantó las cejas. —Estás mezclando mucho, esta noche. Esto te va a dejar mal.

Me encogí de hombros. —A veces es bueno soltarse, ¿verdad?

Llegó nuestra orden. Dora había pedido otro mojito. Estaba siendo cuidadosa. Bebimos unos sorbos y de repente mi amiga dijo:

—Supongo que tienes razón, hay que enloquecer un poco a veces. Creo que depende de lo lejos que quieras llegar.

—¿Como acostarme con Leo?— Le pregunté.

Me parpadeó.

—¿Te acostaste con él?—, preguntó.

Miré para todos lados. Chupé la pajita que sobresalía del cóctel. Mi cabeza giraba lentamente, mis venas estaban en llamas, y no podía sentir mis piernas. Esto último se debió al tequila. También tenía una necesidad urgente de sexo. Eso sería el alcohol en general.

—¿Hablas en serio?— Preguntó. —Creí que habías dicho...

—Lo sé—, le dije, interrumpiéndola. —Pero es muy sexy, me besó, y no pude evitarlo. Es

extremadamente deseable, también.

Dora levantó las cejas. —La forma en que chupas la pajita como si intentaras no estallar mientras me cuentas todo esto, tiene que ser algo más que solo buen sexo.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

Su expresión fue sugerente. Alzó los hombros —Nada. Parece peligroso. ¿No es así? ¿Eso no arruinará tu relación de negocios con él? ¿O incluso su negocio en general? Ya sabes la reputación que tiene.

Moví la cabeza. —Sabes que puedo esconder esta mierda, ¿verdad?— Hablé con la pajita apretada entre los dientes en la comisura de la boca. —Esto es lo que hago para vivir. Además, no volverá a pasar.

No sabía si me creía a mí misma. Tampoco tuve la sensación de que ella me creyera.

—Ya he oído esto antes.

—¿Cuándo?— Le pregunté.

—El sábado, cuando me dijiste que no te acostarías con él la primera vez.

Oh. Cierto. Con mi mano corrí esa idea. —Lo digo en serio esta vez.

Mi amiga bebió su cóctel mucho más despacio de lo que yo bebí el mío.

—¿Cómo estuvo?—, preguntó después de un rato.

Sonreí. Tenía la sensación de que me lo preguntaría. Ella tenía curiosidad. Después de todo, estábamos hablando del famoso Leo Bell.

—Grande. Sabía lo que estaba haciendo. Un poco bruto, pero de una manera agradable. Lo disfruté cada centímetro

Dora agitó la cabeza, sonriendo. —Sería bueno en eso. Ha estado con muchas mujeres, Susan. ¿No te molesta?

—He estado con suficientes hombres también. El sexo casual tiene su forma de aumentar los número, y sabes que el único tipo de sexo que tengo es casual.

Ella se rio, pero no pude evitar corregirme en mi cabeza, por mi pasado.

El único tipo de sexo que solía tener.

Por supuesto, no iba a decir eso en voz alta. Si ella ya tanto lo desaprobaba, nunca querría saber hasta qué punto dejaría que una fantasía se desarrollara en mi mente.

—Entonces, ¿quién soy yo para juzgar?— Le pregunté, manteniendo la conversación en cosas superficiales.

No era como si amara al tipo ni nada de eso. Lo que hizo con su vida no tenía nada que ver conmigo.

Incluso cuando lo pensé, supe que era algo que me estaba diciendo a mí misma. Dora tenía razón. Estaba dejando que todo esto me afectara, me estaba interesando y eso tarde o temprano me arruinaría. El como me permití llegar tan lejos en esto no lo sé, pero era innegable que estaba mas inmiscuida de lo que creí.

—No puedo creer que te acostaras con uno de los jugadores de Tiburones de Florida—, dijo ella, sonriente.

Agité la cabeza. —Técnicamente, no lo hice, porque está suspendido.

Ella puso los ojos en blanco. —Sí, eso hace toda la diferencia.— Me reí.

Cuando finalmente nos fuimos, estaba más borracha de lo que debía. Cuando me paré, sentí todo el alcohol. Mi equilibrio era cuestionable, y mi piel ardía.

—Te tengo—, dijo mi amiga, cuando me vio tropezar. Puso su brazo alrededor de mi cintura, y salimos juntas. Llamó a un taxi y me ayudó a subir en él.

—¿No vienes?— Le pregunté.

Ella movió la cabeza. Yo asentí, sin tratar de discutir o preguntar por qué no. Le dio al conductor mi dirección y cerró la puerta.

—¡Cuidado!— gritó a través de la ventana.

La saludé cuando el vehículo se ponía en marcha. Apenas había tráfico y nos deslizamos por las calles. Estaba caliente y molesta. Estaba cachonda. El alcohol me hizo pensar en el sexo, y Leo estaba en mi mente.

Me crucé de piernas y toqué la clavícula. Necesitaba atención. Deseaba que me tocaran, y no quería hacerlo sola cuando llegara a casa.

—Cambio de destino—, le dije al hombre tras el volante.

Le di la dirección, me daba vergüenza decírla, ya que eso significaba que la había memorizado de su expediente. El tipo la captó y se dirigió al destino. No podía creer que estaba haciendo esto, pero la parte ebria de mi cerebro estaba tomando el control y dejando que la parte sobria se olvidara de la cordura. A cambio haría exactamente lo que mis deseos más íntimos reclamaban.

Y lo que quería era más de Leo Bell. Todo y completamente. Cumpliendo cada ardiente sueño erótico.

Capítulo 21

Susan

Cuando el taxista paró, me bajé y miré hacia el imponente edificio de lujo en Miami Beach. Era una torre de apartamentos para gente adinerada.

Le dije al portero a quién buscaba y me hizo esperar un momento, hasta que me dio la indicación de que podía subir.

Fue en ese momento cuando pensé en mi suerte. ¿Y que tal si tenía una chica aquí?, me pasé toda la película mientras subía en el ascensor.

Una parte de mí, supongo que la más despreocupada y liberal, pensó que sería una buena cosa, que encontrarlo con alguien haría estallar la burbuja de fantasía en la que había estado viviendo. Pero otra parte de mí, y probablemente la más realista, me dijo que eso sería algo muy malo. Me sentiría más devastada de lo que probablemente debería estar, teniendo en cuenta que esto había sido cosa de una noche.

Hasta ahora.

Bien, definitivamente no quería que estuviera con otra chica. Necesitaba encontrarlo disponible. No solo por mi ego, esta noche en particular había dejado que mi cuerpo lo reclamara, que mis ansias lo buscaran y necesitaba calmar el calor y la lujuria.

Cuando salí del ascensor, la puerta principal de Leo estaba abierta, y él estaba ahí parado en sus calzoncillos. Lo miré de arriba a abajo. Cada centímetro de su cuerpo estaba esculpido y musculoso, su cabello estaba revuelto como si hubiera estado durmiendo y solo se lo arregló con los dedos.

—Chica traviesa. Ya es tarde—, dijo.

—Lo sé—. Intenté asentir con la cabeza, pero no pude evitar reírme. Entonces él también lo hizo.

Caminé hacia donde estaba, concentrándome en poner un pie delante del otro. Cuando me paré frente a él, Leo me miró muy de cerca.

—¿Estás borracha?—, preguntó.

No sabía por qué meneaba la cabeza. Le sonreí, sintiéndome como una adolescente que no había hecho nada bueno.

Sus ojos estaban fijos en los míos. No sabía lo que estaba pensando. Me acerqué un poco más, rozando con mis manos su pene a través de sus calzoncillos y besándolo ligeramente en los labios.

—Pensé que habías dicho que no debíamos hacer esto—, soltó.

¿Me estaba diciendo que no? Pero sus pupilas estaban dilatadas, y cuando miré hacia abajo, su erección se forzó contra la tela.

—¿Desde cuándo me escuchas a mí o a alguien?— Le pregunté.

Me puse de puntillas y presioné otro beso, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello y presionando el largo de mi cuerpo contra el suyo.

—Buen punto. Se suponía que esa era mi línea. Pero me sacas de mi juego.

A partir de ese momento, no dudó. Me envolvió con un brazo y me arrastró a su apartamento, cerrando la puerta tras de mí. Me besó con fuerza, sus manos en mi pelo y sus caderas

presionando contra las mías.

—Dios, Susan—, murmuró contra mis labios.

—Llévame—, susurré. Me tomó de la mano y me llevó al dormitorio. No tenía mucho tiempo, ni mente, para mirar a mi alrededor. Yo estaba consciente de muchos pies cuadrados y muebles caros, realmente no me importaba, yo lo hubiera hecho con este tipo aun en una habitación sin nada de cosas.

En el dormitorio, me quité la blusa, los vaqueros, y la ropa interior para ofrecerme a él.

—Pensé que sólo me verías el viernes—, dijo cuando le bajé los calzoncillos.

Su pene se liberó, y yo lo envolví con mis dedos. Me lo había estado perdiendo. Lo necesitaba. Él gimió.

—Cállate, Bell—, dije, y moví mi mano hacia arriba y hacia abajo, imitando el sexo. — Necesito algo de ti. Necesito esto.

No pude hacerlo por mucho tiempo antes de que él se presionara contra mí, lo que me dificultaba mover la mano. Se movió hacia adelante hasta que mi espalda golpeó la pared. Me estremecí, el cemento frío me puso la piel de gallina.

Leo me subió la pierna de nuevo como lo había hecho antes. Esta vez, estaba desnudo. Se puso un condón mientras yo esperaba impaciente.

Finalmente, dobló un poco las rodillas y empujó su pene hacia mí. Grité de placer. Me tenía acorralada contra la pared, un poco desbalanceada, con un solo pie tocando el suelo, y empezó a bombear. El sexo era duro y rápido. Yo gozaba esto que él me entregaba. No había delicadeza, era una pasión desenfrenada, un deseo animal. Puro éxtasis.

Era exactamente lo que necesitaba.

Jugó con mi clítoris mientras su miembro continuaba en lo suyo. Sus uñas se agarraban a las mejillas de mi trasero, desesperada y frenéticamente. Un orgasmo se acumuló en mí, y antes de que me diera cuenta, estaba cayendo en el clímax, jadeando y gritando, arañando sus hombros.

Apenas había terminado cuando me giró, sacándome lo suficiente para ponerme en la cama antes de que estuviera encima, empujándome de nuevo. Le envolví mis piernas alrededor de sus caderas, absorbiendo sus movimientos mientras él no dejaba de entrar y salir.

—Me encanta ver tu vagina tomarlo todo—, dijo, y los dos miramos como su miembro aparecía y se perdía en mi entrada. Fue un espectáculo ver como disfrutábamos de nuestros cuerpos con tanta libertad.

—Me encanta ver cómo tu pene se pierde ahí.

Volví a tener un orgasmo, cayendo a pedazos debajo de él, confiando en que recogería los trozos. Finalmente, también llegó al clímax, su cuerpo se sacudió dentro de mí, vaciándose por completo. Gimió en mi oído, y su cuerpo estaba tenso, sus músculos se flexionaron y sus jadeos me volvieron a la realidad.

Cuando terminó, se estremeció antes de que se saliera de mi cuerpo, se escurrió y luego se quitó el condón. Él se acostó a mi lado y trazó mi cuerpo con la punta de sus dedos, por encima de mis pezones, que respondieron apretando, rastreó mis costillas, deslizó su mano hacia mi ombligo y luego hacia el hueso de mi cadera antes de volver a subir para repetir el patrón.

Lo miré. Sus ojos se encontraron con los míos, y nos miramos sin decir nada durante un rato. Me acerqué, puse mi mano en su pecho y me sentí en las nubes. Quise sellar el momento con un beso, suave, sin pretensiones, sin hacer otra cosa que probarnos, nuestras lenguas dando vueltas y vueltas. Poco a poco, lo sentí endurecerse contra mi cuerpo, preparándose para la segunda ronda. Rodó sobre su espalda, y yo me puse encima de él, a horcajadas. Me dio un condón y yo se lo puse. Luego me agaché para estar en su pene, pero él no entró en mí.

Besé su pecho, moviendo mi cuerpo, burlándome de él. Me deslizaba arriba y abajo, frotándome. Escuché su respiración. Se hizo superficial y rápida. Pude sentir una conexión. Un momento de plena sincronía. Entrelazándonos, fluyendo en el roce, sin resistirnos. Su pene estaba en mi entrada, como una pieza que me faltaba y me completaba. Me quejé cuando entró en mí, mi cuerpo estaba sensible después del primer asalto, pero quería más. Me moví de un lado a otro lentamente, acelerando el paso. Moví las caderas hacia adelante y hacia atrás, balanceando mi cuerpo y aumentando mi apetito por otro orgasmo.

Los ojos de Leo estaban en mis pechos. Me incliné hacia adelante, para que se balancearan dándole una vista privilegiada, mientras yo doblaba mis caderas. Los miraba como si estuviera hipnotizado. Había algo poderoso en estar encima de un hombre, y tener el control.

Encontré un ritmo y algo primitivo se apoderó de él. Me balanceaba más y más rápido. Mis rodillas rozaban la sábana, la piel se volvía sensible. No me importaba. Iba a llevar esto a cabo.

El orgasmo se construyó, lentamente esta vez. Mi clítoris se frotó contra el hueso púbico de él, y empujó todo a una nueva velocidad.

Olas de éxtasis me bañaron, y luché para mantenerme activa. Mi corazón se apretó, y el orgasmo se liberó. Me acurruqué en una bola en el pecho de Leo. Puso sus manos en mis caderas y se agachó debajo de mí, chocando sin piedad.

Grité. La repentina velocidad elevó mi orgasmo a nuevas alturas. Él soltó un grito y explotó dentro, con el condón formando una barrera protectora mientras su cuerpo se sacudía y hacía espasmos debajo del mío mientras estábamos juntos.

Me desplomé sobre su pecho, y sus brazos me rodearon, sosteniéndome allí. La fatiga me abrumó, y sucumbí. Me empujó para que me diera la vuelta.

Luego me puso en su contra, de modo que mi espalda estaba contra su pecho. Nos tapó con las sábanas. Cerré los ojos.

Cuando entre en la habitación estaba ebria y ligera, ahora estaba agotada y húmeda, los restos de alcohol fueron reemplazados por la fatiga y simplemente me dejé embriagar para descansar. Estaba confiada, segura y feliz. Como nunca me había sentido antes en los brazos o en la cama de alguien. Aun estos eran pensamientos para analizar después...

Capítulo 22

Leo

Me desperté sintiéndome como si me hubiera ganado el premio gordo. Con suerte.

Me estiré debajo de las sábanas, y la satisfacción del gran sexo de la noche anterior pasó por mi cuerpo. Yo también estaba duro y palpitante. Giré la cabeza y sonreí.

Susan yacía a mi lado, aún dormida; se había metido las sábanas en el pecho, y se acurrucó de costado. Sus ojos estaban cerrados y sus pestañas largas contra sus mejillas, su pelo corto y oscuro era un hermoso desastre, en una forma que sólo el sexo podía dar a una mujer.

Parecía más joven cuando estaba dormida, menos feroz. Su piel era lisa y sus rasgos oscuros, pero delicados. Era una verdadera belleza.

Me estiré de nuevo y sentí que las sábanas rozaban mi erección. Me quejé, recordando lo que hicimos hacía no tantas horas. Dios, había estado muy sexy cuando llegó, borracha y lista para darme todo lo que quería.

No había querido ceder ante ella. Por un momento, me había pillado desprevenido con eso de no querer mezclar el trabajo con el placer y se lo creí, pero luego con lo de anoche, era imposible no ceder ante tal mujer.

La chica que llegó a tocar mi puerta era una gata, una pantera, una hembra, que sabía que podía dominar. No quería que ella tuviera tanto control sobre mí: que me dijera que hoy no podemos, mañana sí, y que siempre me quedara adivinando. Pero no pude evitar ceder ante ella. Sólo me había llevado un momento desnudarla y ponerla debajo de mí para poder enterrarme en lo más profundo de su ser.

Me volví hacia ella y le deslicé un dedo por el brazo desnudo.

Sus ojos se abrieron y se encontraron con los míos. Ellos eran azules como el cielo e igual de claros. Sus cejas se entrelazan en un fruncir el ceño.

—Oh, mierda—, dijo ella, sentándose.

Las sábanas se cayeron de su cuerpo, revelando su belleza divina. Me quedé descubriéndola, viendo su piel y disfrutándola, la sangre en mi comenzó a hervir. Susan se dio cuenta de que estaba desnuda, como si lo hubiera olvidado, y levantó las sábanas para cubrirse de nuevo, mirándome fijamente.

—¿Qué?— Le pregunté.

—Tengo que salir de aquí—, dijo. —Ni siquiera debería haber venido. Dios, no debería haber hecho esto.

La vi salir de la cama y buscar su ropa.

—Cálmate—, respondí. —¿Qué pasa?

Ella agitó la cabeza. —¿Tienes idea de cómo es esto? Lo que he hecho?

No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Se vistió en un tiempo récord. Miró a su alrededor, encontró el baño y desapareció dentro por un momento. Cuando salió, su pelo estaba humedecido, como si lo hubiera mojado con las manos.

—Mejor rezamos para que nadie que me haya visto llegar anoche ni me vea salir esta mañana.

Se giró y la seguí hasta la sala de estar antes de que se fuera sin despedirse. Me paré cerca de

la entrada, con el culo desnudo, mirando la puerta por donde Susan había salido corriendo.

Tuve que admitir que era la primera vez. Yo solía ser el que se escapaba a la mañana siguiente. Me rasguñé la cabeza, inseguro de cómo me sentía al respecto. No pensaba en llamarla, pero la verdad es que no tenía idea de cómo actuar ahora que estaba del otro lado de la vereda.

Agité la cabeza y volví al dormitorio. La cama estaba hecha un desastre, evidencia de que lo alocao que estábamos. Fui al baño y me metí en la ducha. Tenía que ir al gimnasio de nuevo hoy.

El centro de entrenamiento estaba al otro lado de Miami desde mi casa, y no me apetecía conducir tan lejos. Además, Los Tiburones tenían un juego esta noche, un juego del que yo no formaría parte, y nadie iba a estar en el gimnasio entrenando conmigo.

Lucas estaría en el campo, haciendo jugadas con el resto del equipo. No quería verlos haciendo lo que a mí no se me permitía hacer durante al menos un partido más.

Así que, en lugar de conducir hasta el centro de entrenamiento, conduje hasta Anatomía 1220, donde tenía una membresía de fitness. Estaba a sólo un par de cuadras de mi casa, situado en el lado norte de South Beach.

El centro de entrenamiento nunca estuvo muy ocupado, pero lo bueno de Anatomy 1220 era que cualquiera podía ir allí. Significaba que tenía un montón de culo femenino que mirar cuando estaba en la cinta de correr. Valía la pena el dinero extra que pagué por la membresía, aunque no siempre tenía tiempo de usarla.

Sin embargo mi mente seguía con Susan, y todos esos cuerpos tonificados, femeninos y dispuestos, no me producían entusiasmo alguno.

Capítulo 23

Leo

El gimnasio no estaba particularmente lleno, pero un rápido vistazo me dijo que había suficientes dulces para entretenerme. Las cintas estaban llenas de mujeres. Los hombres se congregaban en la fosa de los gorilas, donde estaban las pesas libres. Tenía buena compañía cuando me subí a una de las cintas y la encendí.

Me conecté los auriculares a mis oídos y encendí la música lo suficientemente fuerte como para ahogar todo lo demás. Mis pies golpeaban un ritmo en la superficie en movimiento, y mi cuerpo cayó en el ejercicio que me proporcionaba el estar en forma.

Me encantaba correr. Podría olvidarme de todo y perderme en mis pensamientos. Mi cuerpo hizo lo que tenía que hacer, y por poco menos de una hora, nada más importaba que lo que mi cuerpo estaba haciendo y a dónde me llevaba mi mente.

Tenía a Susan en la cabeza hoy. No estaba seguro de por qué. No pensaba en las mujeres con las que me acostaba después de hacer los trucos en la cama. No a menos que estuviera discutiendo los detalles de mi noche con Lucas. Pero el asunto con ella, era diferente.

Su imagen apareció delante de mí. Vi esos ojos hipnotizantes y su cuerpo que ya había tenido dos veces, y aun así quería más.

Tal vez era porque ella era mi Gerente de Relaciones Públicas por lo que no dejaba de aparecer en mi cabeza. Tenía que volver a pensar en ella solo por negocios.

Era una persona que yo debía considerar, me estaba ayudando a volver a encarrilar mi carrera. Lo cual, hasta ahora, parecía estar yendo bien. Sólo me tomaría un poco más de tiempo antes de regresar a donde necesitaba estar, un miembro digno del equipo con una carrera y una imagen de la que pudiera estar orgulloso.

La mujer sabía lo que estaba haciendo. La donación, por ejemplo, había funcionado increíblemente, a pesar de que había pensado que regalar tanto dinero sería un completo desperdicio. No había pensado que comprar el perdón basado en mi fama me daría tan buenos resultados, aparentemente, dar era mejor que tomar.

Cuando terminé de hacer ejercicio, apagué la cinta y me saqué los auriculares de los oídos.

—Bueno, si no es Leo Bell—, dijo alguien en la cinta de correr a mi lado, distrayéndome de mi proceso de pensamiento. —Sólo en su pequeño mundo, ignorando a todos, incluso a mí.

No la conocía. Pero no era raro que gente que no reconociera me hablara. Mi cara estaba en todas las noticias y en los canales de deportes todo el tiempo y en revistas de mala calidad en las tiendas de comestibles, también.

Me sorprendió más no haber notado que ella había estado a mi lado todo este tiempo. El viejo Leo habría pensado que era una diosa tahitiana. Pero el nuevo y aparentemente mejorado, ni siquiera se había dado cuenta de su presencia porque estaba muy ocupado pensando en la afrodita que también resultaba ser la relacionadora pública

Esta chica tenía la piel color caramelo, el cabello color café, y el viejo Leo habría pensado que tenía un trasero que haría que un hombre se hincara y rogara. Habría estado ocupado observando como ella corría a través de su rutina, su culo saltando de arriba a abajo a mi lado, su

larga cola de caballo rozando sus caderas, pensando en cómo la golpearía con tanta fuerza.

Pero ni siquiera la había visto. Y ahora que lo sé, a pesar de que es claramente una chica muy atractiva, de repente no tenía ningún interés.

Maldita sea esa Susan. ¿Cómo pudo su magia vudú meterse en mi cabeza todo el tiempo?

Me miraba con ojos oscuros y deseosos. Le sonreí, como si dijera: *¿puedo ayudarte?* y ella me mostró una sonrisa brillante.

Estaba respirando con dificultad. Puse mis manos en mis caderas y asentí con la cabeza.

—Soy yo en verdad—, confirmé, después de no saber qué más decir, y de sentirme un poco tonto.

—¿Qué hace un dios como tú aquí entre nosotros, los mortales?—, preguntó.

Volteó el pelo de su hombro hacia atrás. Su cabello seguía siendo perfecto, como si no hubiera estado haciendo ejercicio. De hecho, empecé a pensar que tal vez había sido un tonto de verdad. Creo que habría notado a alguien corriendo a mi lado.

—Cielos—, contesté, sin saber qué más decir.

Estaba acostumbrado a que los extraños entablaran conversaciones y las chicas me coquetearan. Pero este encuentro se estaba volviendo un poco extraño, ya que no había dicho nada que la animara a seguir hablando conmigo.

Ella sonrió y miró a un lado. Barajó su peso de un pie al otro, con una mano en la cadera. Estaba mostrando sus activos, y sinceramente haciendo un trabajo fantástico.

—¿Qué tal si salimos a tomar algo?—, sugirió. —Podemos hablar de todo lo que tenemos en común. Estoy segura de que podemos encontrar otras cosas en las que somos buenos, aparte de la forma física.

¡Rayos! Ella se lo estaba buscando. Prácticamente rogándome por ello aquí y ahora, pero no me apetecía hacerlo. Y ni siquiera estaba atraído.

—Entiendo—, le dije. —Pero, estoy ocupado.

Qué excusa tan patética y falsa. Pero no me atrevía a ir a tomar una copa con ella. Pensé en Susan tomando un trago con un extraño que se le insinuara en el gimnasio, y se me revolvía el estómago.

La desconocida se encogió de hombros de una manera que sugería que a ella no le importaba si yo no estaba interesado. Iba a seguir intentándolo.

—¿Qué tal si vienes a mi casa y olvidamos todo lo que tenemos en común y hacemos algo por lo que nuestros cuerpos fueron creados?—, me preguntó.

Mi boca se abrió y luego se cerró rápidamente porque no quería que ella pensara que era un tipo de shock. Me quedé estupefacto de que me sugiriera esto después de que yo ya había dicho que no a un trago.

—No, gracias—, le dije recogiendo mi toalla y mi botella de agua y preparándome para partir.

Esta chica se estaba volviendo molesta ahora, no podía aceptar un no por respuesta. Estoy seguro de que a alguien más le interesaría la conversación, la cita y todo lo demás con ella, pero a mí no. No tenía ni idea de por qué estaba tan obsesionada conmigo.

La mujer cambió de marcha en el momento en que lo dije. Se le cayó la cara, y un ceño fruncido tejió sus cejas perfectamente esculpidas.

—¿Disculpa?—, dijo en voz alta. —¿Te parezco un pedazo de culo?.

No sabía qué decir. No había iniciado todo esto. ¿Y yo la había rechazado? ¿De qué demonios estaba hablando?

—Ustedes son todos iguales, ¿lo sabes?—, dijo ella. Hablaba lo suficientemente fuerte como para que todos a nuestro alrededor la oyeran. Quería alejarme de la chica. Era un drama sobre

ruedas. Pero no podía simplemente dar la vuelta y marcharme.

—Entras aquí, llevando tu fama como una corona, ¿Y crees que puedes salir con cualquier chica que te apetezca? Bueno, no soy esa clase de mujer. Tengo respeto por mí misma, y nunca dejaría que un cerdo como tú me pusiera las manos encima.

Se dio la vuelta y se marchó furiosa, dejándome con la duda de lo que acababa de ocurrir. Miré a un lado para ver quién había estado observando. Los rostros se volvieron hacia mí desde todas partes. Uno o dos teléfonos fueron levantados en mi dirección, también.

¡Maldita sea! ¿No fue esto desgraciadamente perfecto?

Dejé el gimnasio. No podía pasar más tiempo allí después de que me grabaran pareciendo que había estado acosando a una mujer. Lo cual no tenía sentido porque en toda mi vida, nunca había tenido que recurrir a tales tácticas.

Podría tener a cualquier mujer que quisiera con el chasquido de un dedo. Sin embargo, hubo una que por alguna razón se asustó conmigo por rechazarla y trató de hacer que pareciera lo contrario, cambiando los papeles de nuestra conversación. Debe haber estado completamente loca.

Cuando llegué a casa, me metí en la ducha de nuevo. Estuve bajo el rocío caliente hasta que el agua se enfrió. ¿Iba a tener que lidiar con esto por el resto de mi vida? ¿Sería retratado como imbécil cada vez que hablara con alguien?

Por supuesto, la mayor parte del tiempo, yo era un estúpido. Pero, ¿Y si hubiera habido momentos en los que fuera amable? ¿Eso no contaba para algo? Obviamente no.

Mi teléfono sonó cuando salí de la ducha. Até una toalla alrededor de mis caderas y caminé al dormitorio donde puse el teléfono en la cama. El nombre de Susan apareció en la pantalla y yo sonreí.

—Hola, hermosa—, le contesté.

—No te atrevas—, dijo ella, su voz fría. —Idiota.

—¿Qué?— Pregunté.

—¿Pensaste que no saldría en internet en el momento en que saliste de ese gimnasio? Estás en Instagram, YouTube, Twitter, en todas las redes. ¿Qué crees que estás haciendo?.

Se me drenó la sangre de la cara y me senté en la cama.

—Mira, Susan, puedo explicarlo.

—Ahórratelo, Bell—, se mofó. Normalmente pensaba que era lindo cuando me llamaba por mi apellido, pero en este momento no me divertía.

—Ni siquiera voy a entrar en lo que significa para mí personalmente. Nos centraremos en las ramificaciones profesionales de esto. Sólo tu reputación no se mantendrá si sigues así. Parece que no te importa que lo pierdas todo. Todo el mundo a tu alrededor está luchando, tratando de arreglar la mierda en la que te metes, y todo lo que parece hacer es repetir los mismos estúpidos errores.

—No es lo que pasó—, le dije. —¿Se grabó todo? ¿Lo has visto todo?.

—A nadie le va a importar tu versión de los hechos, Leo—. Al menos ya no era Bell. —Te lo dije, la gente sólo ve lo que quiere ver. Sólo les va a importar cómo se veía. Lo que es horrible. Está por todo internet, lo mujeriego que eres. ¿Es esta realmente la imagen que estás tratando de mantener? ¿Estás decidido a hacer esto? ¿Debería rendirme?.

—Susan.

—No—, dijo ella, sin dejarme hablar. —Voy a pasar un buen rato tratando de arreglar esto con tu entrenador. Gracias a ti, tengo más que suficiente trabajo para el resto de la semana.

Colgó el teléfono antes de que pudiera decir algo más. Lo miré y una parte de mí quería tirarlo

contra la pared.

Maldita sea. Ni siquiera pude explicarme. Pero estaba claro que no quería darme la oportunidad, ella no quería escuchar y podía entenderla aunque eso no me ayudaba en nada.

Capítulo 24

Susan

—Esto no es algo que no podamos manejar—, le dije a Thompson. —No es tan grave como el DUI, por ejemplo.

Me senté en la oficina del entrenador de los Tiburones en las instalaciones de entrenamiento de Nova Southeastern University, tratando de hacer control de daños después de que Leo decidiera no entrenar allí, sino en un gimnasio estándar. Era como si estuviera buscando problemas.

El hombre puso los ojos en blanco. No estaba de humor para escucharme, y no lo culpé. Yo tampoco estaba de humor para defender a Leo, pero era mi trabajo.

Después de toda la publicidad que él había estado recibiendo, y ninguna era buena, Thompson estaba considerando echarlo del equipo para siempre. Viendo que ya había sido suspendido por seis partidos, esto no lo dejaba en una buena posición. Podría arruinar su carrera.

—¿Qué se supone que debo hacer con él, entonces?— preguntó con su voz severa y su rostro de interrogación. —No puedes decirme que no sabes cómo es. ¿Qué le impide hacerlo de nuevo?

Asentí con la cabeza. —Oigo lo que dices. Y no puedo decir qué le depara el futuro. Pero ha estado tratando de cambiar su imagen. La donación fue muy grande, y estará ayudando con el comité de personas sin hogar de la ciudad después de que visite el hospital. Todo eso cuenta.

—No mucho, si estos videos siguen saliendo a la luz—, dijo el entrenador. —¿Has visto cuántas visitas ha tenido? Juraría que el fútbol se ha convertido en un nuevo reality show.

Él se inclinó hacia adelante y su chaqueta crujió. Estaba vestido con lo que yo veía como un atuendo estándar de entrenador, sudadera y un cortaviento, con una gorra que le tapaba los ojos al estar al sol.

—Por si sirve de algo, dice que no lo hizo—, le dije.

—Lo sé....

—Dijo eso la última vez,— dijimos al unísono.

Puso los ojos en blanco una vez más. Se requería toda la fuerza de voluntad que yo tenía para no hacer rodar la mía también.

—Pero sólo quería dar su versión de la historia, ya que es mi cliente y todo eso—, le dije, aclarándome la garganta en la parte del *cliente*. —Dice que la chica empezó todo, y luego se enfadó con él, lo que no tiene mucho sentido, lo sé. Pero es su historia.

Había podido hablar un poco más con Leo sobre el incidente. Quería que su historia fuera cierta, pero era tonta. No me dejaría engañar por un jugador como él. Había pensado estúpidamente que tal vez teníamos algo importante en marcha, pero claramente yo era sólo un pedazo de carne, lo que me parecía bien, o eso quería pensar ahora, para poder concentrarme en mi trabajo.

Mi teléfono sonó.

—Deja encargarme de esto—, dije.

Salí de la oficina y contesté. —Dime que tienes buenas noticias, Conrad.

—Sí,— dijo a través del teléfono. —He investigado un poco. La chica es una modelo. Está en todas las pistas principales.

—Entonces, ¿Esto puede ser algo publicitario?— Le pregunté. —Ella armó un escándalo a propósito, para poner su nombre en el candelero—, pensé en voz alta.

—No iría por ahí diciéndole a todo el mundo esta especulación, pero sí—. Contestó.

—Sólo son especulaciones, nada más necesito para que esto desaparezca por ahora. No lo haré público—. Comenté.

—Genial—, dijo Conrad.

—Eres un salvavidas—, le dije.

—Recuerda que cuando sales con los ricos y famosos, cosas así sucederán—, y pude escuchar la sonrisa en su voz.

Le encantaba que tuviera que recurrir a él para que me ayudara en esto.

Luego de cortar la llamada, Pensé que me ocuparía de mi propio control de daños más tarde. Sería mucho más fácil que lo que Leo me estaba lanzando.

Sin embargo, no pude evitar admitir lo contenta que estaba de que Conrad me estaba diciendo, que las pruebas podían coincidir con la historia de él. Probablemente fui una tonta al no perder la esperanza, pero al menos había algo de apoyo para respaldar mi estupidez.

Abrí la puerta de la oficina y volví a entrar.

—Mis fuentes lo acaban de confirmar—, dije. —La mujer, Kelsey Dean, es una modelo. Ha estado haciendo grandes progresos en la pista, y la han visto por la ciudad con otros atletas. Lo más probable es que sólo fuera un truco publicitario.

El entrenador Thompson me miró durante un momento. —¿En verdad eso es lo que crees?.

Lo tenía. Lo estaba considerando, y eso era todo lo que necesitaba.

Asentí con la cabeza. —¿Qué mejor manera de estar en el centro de las luces que siendo despreciada por Leo Bell? Ya tiene antecedentes. Tú, de todas las personas, sabes lo duro que los chicos pueden ser en este mundo—. Asintió.

Se acercó lo suficiente a los jugadores como para poder disfrutar de los focos de atención sin estar realmente en ellos.

—No estoy segura de si Leo hizo algo que la hiciera explotar—, le admití. —He visto varios videos diferentes y todos empezaron a filmar después de que la chica se salió de sus casillas. Entonces, podría ser que él es completamente inocente, o podría ser que le estuviera haciendo pasar un mal rato por algo, pero en cualquier caso, no hay suficiente evidencia para condenarlo. Y definitivamente parecía estar bastante chiflada en ese video. No estoy segura de que sea suficiente para que la gente le crea a ella antes que a él.

Mi corazón latía con fuerza, mientras me permitía creer en mis propias palabras. Tal vez todo esto fue una completa trampa. Pero no podía permitirme pensar sólo lo que quería creer. Tuve que seguir siendo una defensora objetiva y profesional de mi cliente en lugar de quedarme atrapada en su red de drama.

¡Maldita sea por acostarme con él!

—Entonces, ¿No crees que debería extender su suspensión?—, preguntó.

Agité la cabeza. —Que continúe con sus servicios públicos como lo planeamos, y que juegue mientras tanto. Si está en el campo, sus acciones fuera del campo se notarán.

—Eso es lo que me preocupa—, dijo Thompson.

—Entiendo su preocupación. Pero lo está intentando. Y este incidente estaba fuera de su control. Sí, no sabemos exactamente lo que dijo y probablemente debería haberse quedado en el gimnasio del equipo para hacer ejercicio porque sabe lo importante que es este período de tiempo en términos de imagen pública y evitar cualquier tipo de drama, pero no podemos esperar exactamente mantenerlo encerrado las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Y esa chica

consiguió exactamente lo que quería. Parecía que ella le estaba tendiendo una trampa.

Iba a forzarme a creer eso. El video había sido publicado menos de cuatro horas después de que me fui de su casa. Fue una bofetada en la cara pensar que él quería que algo de eso sucediera, que se la hubiera querido llevar a casa.

El coach se frotó las palmas de las manos contra las rodillas.

—De acuerdo, Srta. Valencia—, dijo, finalmente. —Le dejaré jugar. Pero si algo de esto sale mal, voy a culparla.

—Por supuesto—, dije, levantándome. —Soy su gerente de relaciones públicas. Me contrataste para hacer un trabajo, y si no lo hago, soy igualmente culpable de sus acciones.

No me gustaba decir esas palabras, pero era la verdad. Thompson me dio la mano y me fui de la oficina. Cuando llegué donde el entrenador, estaba tan enfadado que me había llevado media mañana calmarlo. Al menos, Leo no estaba fuera del campo. Todavía no. Si seguía así, no podía prometer que estaría por mucho más tiempo.

Capítulo 25

Susan

Caminé hacia mi auto, sintiéndome agotada. Ni siquiera era mediodía todavía, y estaba exhausta. Eso se debía en parte a que me había quedado despierta hasta altas horas de la madrugada, teniendo relaciones sexuales. También fue en parte porque tuve que luchar toda la mañana para restaurar la dignidad de un hombre que no creía que se lo merecía.

Y pensar que me acosté con él. No una vez, sino dos. La primera vez fue porque se veía muy guapo con ese maldito esmoquin y había donado tanto dinero al hospital. Sentía que algo sobre el altruismo que excitaba a una mujer. No estaba segura de lo que era. La segunda vez fue por mi culpa.

Estaba tan borracha que sólo podía pensar en dos cosas: sexo y Leo. Y fui a verlo. Había sido una mala idea. Nada significó para él, Por supuesto, tampoco para mí, me lo recordé rápidamente.

No me importaba Leo y lo que pudiera sentir por mí. Mi propio ego estaba un poco magullado de que había sido capaz de superar nuestra noche juntos tan rápidamente, pero eso fue todo.

No me importaba lo que hacía y con quién, cuando no estaba conmigo. No me interesaba. Tal vez si me lo repitiera suficientes veces a mí misma, sería verdad.

Me detuve en mi estacionamiento y me dirigí a mi oficina. Me había sentado detrás de mi escritorio cuando Conrad llamó a mi puerta.

—¿Cómo te fue?—, preguntó.

—Funcionó—, dije. —Tu llamada llegó justo a tiempo.

Asintió con la cabeza. —Es un placer. Hazme saber si necesitas mi ayuda de nuevo para hacer tu trabajo—. Me guiñó un ojo.

Agité la cabeza, pero no pude evitar sonreír.

—Dios, qué mañana—, dije, recostada en mi silla.

—Es un puño—, dijo Conrad. Ni siquiera estaba preguntando. Era una declaración.

—No tienes ni idea—, le dije. —Si cualquier otro tipo hace lo que está haciendo, sería algo como <<típico de hombres>>. Algunos son así, y las mujeres los aceptan o los rechazan, y nada peor que eso. Pero es tan famoso que todo lo que hace tiene repercusiones.

—Es bueno para lo bueno, pero cuando se pone malo, lo entiendo.

Asentí y miré a Conrad. —Deberías alegrarte de no tener clientes como los míos—, le dije. —Los tuyos siempre parecen tan tímidos.

Conrad se rio. —Podemos intercambiar.

Moví la cabeza en negación pero eso sonó como una buena idea. Ya no estaba de humor para la mierda de Leo, pero tampoco era algo por lo cual podía optar, este era mi trabajo y yo no era de las que dejaba las cosas a medias.

—Tengo que volver a lo mío—, dijo —Mis aburridos clientes esperan.

Salió de mi oficina. Me restregué las manos por la cara, sin importarme el maquillaje. Me dolía la espalda de estar parada sobre mis tacones demasiado tiempo y mi cuello estaba dolorido. Era donde guardaba toda mi tensión. Y no había comido nada.

Sonó el teléfono, y contesté.

—Valencia—, dije.

—Hola, Susan.— Al menos no me llamaba *hermosa*.

—¿Me estás llamando a la línea de la oficina?—. Le pregunté.

—Me preocupaba que no respondieras si te llamaba al móvil—, dijo.

Cierto. Habría sido una posibilidad. En este momento lo hubiera querido evitar a toda costa.

—Eres mi cliente. No voy a ignorar tus llamadas—, respondí.

—Pero pudo ser que no quisieras hablarme de ninguna manera.

Guardé silencio. Era verdad. Sólo porque tenía que hacerlo no significaba decir que quería hacerlo.

El problema de acostarme con mi cliente era que no podía recuperarme en paz y olvidar lo que había hecho. Tenía que verlo y hablar todo el tiempo. Fue una de las razones por las que acostarse con Leo había sido un gran error.

Eso, y el que era un imbécil de primera clase.

—¿Qué necesitas?—. Pregunté. Quería ser grosera, pero me mantuve bajo control.

—Quería agradecerte por hablar con el entrenador. Estaba muy enfadado conmigo, y tú lo arreglaste.

Suspiré. —No fue fácil. Necesitas mantenerte a raya. No creo que te desentiendas de lo fácil que será para él deshacerse de ti de nuevo.

—Lo sé, lo sé. Estaba pensando, salgamos a tomar una copa o dos. Quiero agradecerte apropiadamente por lo que has hecho. Todo el trabajo que estas realizando por mí. Ahora mismo, todavía tengo una carrera gracias a ti.

No dudé en responderle. —No creo que sea una buena idea, Leo.

—¿Por qué?.

—Porque no voy a correr ese riesgo y ser vista en un lugar público contigo si no es por negocios.

Él suspiró. —¿Estás segura? Es sólo para dar las gracias.

—Estoy segura. Otros podrían no interpretarlo de esa manera.

No se peleó conmigo. En vez de eso, terminó cortésmente la llamada y colgó. Me sentí aliviada. No estaba de humor para una discusión.



Cuando finalmente llegué a casa, me dolían los pies y sentía que mi cabeza estaba llena de algodón. Había sido un día largo. Caminé hasta el baño y abrí los grifos, preparándome un baño. Rara vez tomaba un baño de tina, sólo me daba duchas rápidas. Me llevaba demasiado tiempo y siempre estaba muy ocupada. Pero necesitaba relajarme.

Vertí sales de baño en el agua, el vapor olía a lavanda y se elevó de inmediato. Estaba a punto de desnudarme cuando tocaron a mi puerta.

Suspiré y cerré los grifos antes de caminar hacia la entrada. Cuando abrí, Leo estaba parado en mi puerta con una botella de vino.

—¿Sin limusina?— pregunté sarcásticamente.

—No seas así—, dijo. Su voz era suave.

—Tienes razón. Lo siento—. Mi tono había sido innecesario. —¿Qué estás haciendo aquí?.

—No quieres estar en público conmigo. Entiendo eso. Así que, traje la bebida y mi agradecimiento para ti.

Levantó la botella de vino. Le eché un vistazo. Era un Chateau de la Tour.

Agité la cabeza. —Lo siento, Leo. Esta noche no, ¿de acuerdo? Sólo quiero estar sola.

Él tragó. Parecía abatido, pero no discutió conmigo. Le cerré la puerta y me apoyé en ella. Esperaba que volviera a llamar. Pero no lo hizo.

Fui al baño y me quité la ropa. Cuando me hundi en el agua caliente, mi cuerpo finalmente se relajó, y la tensión se me escapó de los hombros poco a poco.

Leo fue muy amable al venir a la casa. Se había tomado en serio lo que le dije, que no nos vieran juntos en público. Fue otro acto de desinterés. Lo tenía ahí dentro, en alguna parte. Y fue bueno que a alguien le importara y considerara mis decisiones.

No, no podía estar idealizándolo, me dolía lo que hacía, y a él no le importaba nada más que conseguir un culo. Estaba estresada y con la guardia baja. No necesitaba un hombre.

Sí, habíamos dormido juntos, pero sólo era sexo. De eso se trataba siempre conmigo.

Me había hecho una promesa, y la cumpliría. Sin ataduras. Sólo sexo. Entonces, ¿Por qué era tan difícil mantener esas reglas con Leo Bell?

Capítulo 26

Leo

El Regent Cocktail Club era uno de los mejores bares de hotel del mundo, justo el tipo de lugar al que quería ir para una combinación de celebración y relajación. Era sábado por la noche y el lugar estaba lleno. Todos los asientos de gamuza beige en el bar de mármol estaban completos, los camareros en sus chalecos y corbatas de bronce tenían las manos llenas para adelantarse a las órdenes de cóctel.

A veces había bandas de jazz en vivo, pero esta noche era normal. Las cabinas de cuero marrón oscuro estaban dispuestas espalda con espalda para crear espacios individuales para los clientes. Lucas y yo nos sentamos en una, bebiendo nuestro whisky caro de siempre.

—Esto es justo lo que el doctor ordenó—, dije, mirando a mi alrededor.

—¿De qué estás hablando?— preguntó él. —Siempre estás saliendo. Dudo que necesitaras tiempo para descansar.

Me encogí de hombros. —Me refiero a la vibra relajada. No estoy de humor para una fiesta.

Lucas me levantó las cejas. —¿Te sientes mal?—, preguntó sonriendo.

Agité la cabeza con una gran sonrisa. —No soy tan malo, Lucas.

—Mentira—, dijo. —Siempre estás en el club, tratando de ligar con mujeres. Si tu noche no termina en un buen polvo, no cuenta.

Levanté mis cejas sorprendido. Tal vez eso era verdad, o solía ser verdad. Pero no era como me sentía esta noche. Sólo quería pasar un rato con mi amigo. No sé que había cambiado en mí pero estaba valorando las cosas de otra manera y mi tiempo y mis pretensiones eran muy distintas.

—El juego fue bueno—, le dije.

—Cambio de tema. No creas que no lo noto—. Lucas sorbió su bebida. —Estuvo bien. No jugamos de lo mejor, pero ganamos. Eso es todo lo que cuenta. Por algún milagro, no hemos caído en la clasificación, a pesar de tu ausencia.

Me encogí de hombros. —Un milagro seguro—, dije y sonreí.

—Bastardo engreído. Ya has vuelto, ¿eh?

Asentí con la cabeza. —Por fin, carajo. Se sentía como un infierno de mucho más tiempo que sólo seis juegos. Lo que, por cierto, es una estupidez. No me merecía tanto por lo que pasó. Dos juegos habrían sido suficientes.

Suspiró diciendo. —Creo que es por todo lo demás que haces.

Le eché un vistazo. —Sí, Sr. Perfecto. Gracias por eso.

Lucas movió la cabeza de un lado a otro. —No es lo que quise decir. Sabes que estoy agradecido.

Hice un gesto con la mano para cortarle el paso. No quería hablar de ello. —La próxima ronda va por tu cuenta—, Contesté.

Bebimos juntos en silencio, y algunas mujeres entraron en el bar. Eran muy atractivas. Pero no me quitaron el aliento. Ninguna de ellas tenía tanta clase y elegancia como podía tener Susan.

Dios, fui un idiota. No me enamoraba de las mujeres. Especialmente las que me decían qué hacer.

—¿Qué pasa?— preguntó mi amigo después de un rato.

Lo miré. —¿Quién dice que algo anda mal?.

Miró su reloj. —Bueno, hemos estado aquí, durante casi una hora, y aún no has encontrado a la mujer que quieres llevarte a casa. Eso no es muy propio de ti.

Me encogí de hombros. —Esta noche no estoy de humor.

Lucas puso una cara de sorpresa.

—Ahora sé que algo definitivamente anda mal. ¿Intentas mantenerte en el buen camino por el juego?.

Puse una cara de *no sé qué me pasa* y terminé el último trago. Dejé el vaso, alguien lo recogió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cómo van las cosas con tu gerente de relaciones públicas?— Me preguntó.

—Bien, creo—, respondí.

Mejor que bien, si contaras el sexo e ignoraras las veces que ella me rechazaba.

—Me lleva al Jackson Memorial. Quieren verme después de la donación, para una sesión de fotos con los niños.

—Eso es bueno—, sonrió congraciándose. —Cosas como esa realmente ganan al público.

—No creí que necesitara ganar algo más que mis juegos.

Él una vez más agitó la cabeza y saludó a un camarero para que viniera a vernos.

—A veces hay que ganarse el corazón de los aficionados. Y con tu reputación, puedes hacerlo con el amor de los fans.

Asentí. Supuse que era verdad. Se sentía bien estar lejos de la porquería y la mala fama gratuita, era cierto que yo era un mujeriego, pero nada malo había en mí.

—No sé qué hacer con Susan—, solté finalmente.

Lucas pidió dos whiskies más y el camarero desapareció.

—¿Qué quieres decir?—, me interrogó.

—Hemos tenido sexo. Dos veces.

Lucas silbó entre dientes. —Sabía que no serías capaz de dejar tus manos lejos de ella.

Moví la cabeza muy rápido. —Lo entiendo. Tengo una reputación. Lo que sea. Pero la segunda vez fue todo por ella, hombre. Apareció en mi casa borracha y cogió lo que quería. No me quejo ni nada de eso. Por el contrario. Cielos, era muy buena haciendo lo suyo. Pero no sé qué pensar de ello.

—¿Desde cuándo necesitas hacer algo respecto de lo que pasa con una mujer?— preguntó Lucas. Pero interrumpió enseguida con su pensamiento —Ese actuar se parece mucho a ti en todo caso.

Esnifé. —No seas ridículo. Sabes que no lo hago así. Es sólo otra mujer. Pero está actuando diferente de lo que esperaba.

—¿Qué? ¿Aún no te ha dado una bofetada?— Lucas se rio de su propia broma. El camarero llegó con nuestras bebidas, y yo tomé la mía, bebiendo la mitad de ella de una sola vez.

—Hablo en serio—, dije. —Es confuso cuando no me piden que las llame y son pegajosas. Se mete en mi sistema y se va como si no fuera nada. No lo entiendo. Está haciendo lo que yo suelo hacer.

Lucas se rio, y levanto una ceja mientras su risa se torcía hacia un lado. —Si no te conociera mejor, te habría dicho que te estas enamorando.

—Sí, claro—, dije, moviéndome entero. No había manera de que me enamorara de Susan, ni de nadie. Sí, era buena en la cama, y excelente en su trabajo. Su manera de hacerme sentir que no le importaba si la deseaba o no, más ganas de estar con ella me daban. Pero eso no significaba que

me enamorara. ¿Verdad? Nunca ha sido así. Yo no era de esa forma.

Dos mujeres se nos acercaron. Una tenía una cámara alrededor de su cuello. Se presentaron como Chanel y Tanya. La segunda era fotógrafa, visitando Miami para escribir un blog de viajes sobre la vida nocturna. Sonaba interesante, pero miré a la cámara. No me gustó la idea de que me tomaran una foto.

Chanel era muy coqueta. Tenía la sensación de que ella sabía quiénes éramos, pero ninguna de las dos nos lo refregaba en la cara. Agradecía por ello. No quería que me recordaran mi fama. Me hacía sentir que era la única razón por la que estaban con nosotros. Que era el caso, de todos modos, y nunca me molestó antes.

¿Qué demonios estaba pasando conmigo?

—¿Qué haces para divertirte?— preguntó Chanel, poniendo su mano sobre mi muslo. Me quedé mirando sin pensar en nada en particular sus uñas largas, delgadas y rojas como la sangre. Todo en ella era cuidadoso y mantenido. Antes me la hubiera llevado a casa en un instante, pero ahora no lo sentía. Su mano no me provocaba absolutamente nada y no se trataba de que me estaba conteniendo para no arruinarlo con todo eso de mi comportamiento. Era simplemente que no sentía el deseo de estar con esta chica. Mis intenciones estaban en otro lado, mi atención estaba puesta en una sola chica. Maldición. Esto era fuera de lo que yo conocía.

—Me gusta pasar el tiempo solo—, dije, quitándole suavemente la mano.

Ella hizo un pequeño puchero, pensando que yo no estaba interesado. Lucas me miraba con cara de póquer, pero yo sabía lo que estaba pensando. Si no me estaba enamorando de Susan, ¿Por qué no estaba tomando lo que normalmente podía?

Yo no lo quería. No importaba por qué. Eso era suficiente.

Tanya sacó una o dos fotos del bar. Yo estaba allí. Susan iba a matarme. Ella ni siquiera quería que me ejercitara en un gimnasio no aprobado, así que sólo podía imaginarme lo que tendría que decir al respecto.

—¿Quieres dejar de hacer eso?— Le pregunté. —Quita esa cámara de mi cara.

—Oh, vamos—, dijo Chanel. —No seas tan mal humorado, Leo.

No les había dicho mi nombre. Era más que obvio ahora que sabían quiénes éramos. Chanel lo intentó una o dos veces más antes de que entendiera la indirecta y se moviera al lado de Lucas. No respondió a sus avances mejor que yo. Pedí más whisky. Tanya ordenó tiros para los cuatro. Tequila.

No hay nada malo en beber. Lucas tenía su brazo alrededor de Chanel, y bebimos whisky como si fuera a pasar de moda. Era una mala mezcla, pero no me importaba. Quería emborracharme, estar entumecido, olvidar, dejar de preocuparme por las mujeres y por lo que pasaba en mi cabeza.

Funcionó, también. El alcohol se apoderó de mí y me sentí ligero y aireado.

—Leo—, susurró Lucas en voz alta, inclinándose. —¿Estás listo para salir de aquí?.

Le dio con el pulgar a Chanel, quien probablemente escuchó todo lo que dijimos.

Asentí con la cabeza. —¿O quieres ir a casa con ellas?.

Tanya sonrió desde atrás de su cámara.

—El único lugar al que quiero ir es al baño de hombres—, dijo Lucas. —Entonces podemos salir de aquí.

Las mujeres le sonrieron. Cuando se marchó, se mudaron juntas y cotillearon sobre él y se preguntaron por qué no quería volver a casa con ellas.

—¿Qué hay de ti?— Chanel me interrogó.

—¿Qué hay de mí?.

—¿No quieres venir con nosotras? ¿Te divertiste un poco? Te prometo que podemos hacerte pasar un buen rato—. Se movió hacia mí y volvió a poner su mano en mi pierna. Agité la cabeza. —Estoy segura de que puedo persuadirte.

Me subió la mano por la pierna y se inclinó acercándose mas. Sus labios eran del mismo color que su esmalte de uñas, y su escote era tan bajo que dejaba muy poco a la imaginación. Se disparó el flash de una cámara y me alejé.

—Maldita sea—, dije. —Aleja esa cosa de mí. ¿Se te permite tener eso aquí?.

Tanya se encogió de hombros. —Les pregunté, y expliqué que es para un blog sobre el lugar.

—Estoy seguro de que no preguntaste si podías acosar a los clientes.

Ella se encogió de hombros otra vez. —Yo no hago eso. Sólo estoy tomando la esencia del lugar.

Cierto. O la esencia de mí, estropeando mi imagen otra vez. Antes de que pudiera decir algo mas, Lucas regresó.

—¿Listo?—, me preguntó.

—Señoritas, que tengan buenas noches—, les dije.

Chanel nos parpadeó, con inocencia. Tanya se levantó.

—Esa foto terminará en Internet—, le dije a mi amigo.

—Relájate, Leo—, dijo Lucas. Estaba borracho. Sus palabras eran un poco descuidadas por los bordes, y apretó su mano contra mi pecho. —He llamado a Carl para que venga a buscarnos—. Exageró un guiño.

Tanya ya se dirigía a la puerta. Pero Chanel no quería rendirse. Se aferró al brazo de Lucas, moviendo las caderas de un lado a otro.

No necesitaba esta mierda en mi vida. No sabía exactamente lo que había sido grabado en esa cámara, pero dudaba que fuera bueno. Esto iba a seguir pasando mientras dejara que las mujeres se acercaran a mí. ¿Pero cómo podría evitarlo? ¿Se suponía que tenía que quedarme encerrado en casa?

Saludé a un camarero y pedí más alcohol. Whisky. Tequila. ¿Por qué no? Mejor me emborracho, considerando lo que acaba de pasar. No era como si pudieran encontrar algo peor para poner en internet sobre mí.

Todo lo que me importaba era que me dejaran jugar de nuevo.

Desde el accidente, en el que admití ser yo el que conducía borracho, todo me había salido mal. Una mala reputación, la suspensión, todo eso. Lo que sea.

No tenía por quién preocuparme. No había nadie a quien tuviera que responder en mi vida.

Capítulo 27

Susan

No había visto a Leo en una semana, pero era hora del compromiso benéfico al que le había dicho que debíamos asistir. Había hablado con él por teléfono, claro, pero había estado ocupado entrenando, y yo ocupada tratando de no odiarlo por el último escándalo que había en las noticias sobre él. Eso era todo lo que tenía con este tipo, ¿no? Limpiar el desastre que dejaba con una mujer y otra.

Debí haberlo imaginado, y no haberme molestado tanto por lo que hizo. La imagen del tipo era mi problema, pero tal cosa tendría que haber queda en eso y nada mas. Sin embargo, mis emociones fueron mas fuertes y traté de evitarlo cuando pude porque no me gustaba cómo era. Tampoco me agradaba que yo no fuera nada para él.

Ni siquiera sabía en qué estaba pensando.

Conduje hasta su casa y esperé afuera después de avisarle que había llegado. Cuando apareció, se veía bien. Llevaba unos vaqueros descoloridos que marcaban su piernas fuertes y gruesas, dejando su culo redondo destacado, una camisa de cuello blanco y una chaqueta azul oscuro que se veía justa y casual. Había pensado en algo relajado, pero en él se veía perfectamente correcto. Su cabello era elegantemente desordenado, y su sonrisa era del tipo que me derretía desde el centro.

—Te ves bien—, dije. —La cantidad justa de casualidad y estilo.

—Gracias—, dijo. —Seguí el consejo de una gran gerente de relaciones públicas que conozco.

Puse los ojos en blanco. ¿Mucho cliché?

No mencionó mi atuendo, me di cuenta. No me había vestido para impresionarlo, por supuesto. Llevaba vaqueros y botas de piel oscura, con una blusa y un abrigo. Era viernes. Un traje de vestir era demasiado, y la ocasión ameritaba algo de sencillez y cercanía.

—Vamos—, dije. —No tenemos mucho tiempo.

Me senté en el asiento del conductor y esperé a que Leo caminara alrededor del auto. Cuando cerró la puerta tras él, me di cuenta de su olor. Olía fresco y varonil, como si hubiera estado en la ducha. Sin perfume ni loción fuerte para después de afeitarse. Sólo jabón.

Había algo tan atractivo en eso. Me deshice de la idea. Muchas otras mujeres habrían pensado lo mismo.

—Obviamente, todo esto es para agradecerte por tu generosa donación—, dije. —Así que, tendrás que ser amable al respecto. Vas a pasar tiempo con los niños. Involúcrate con ellos, háblales, conócelos un poco, pero no lo hagas de forma personal. Algunos de ellos son terminales, y el punto es no recordarles por qué están allí.

—Lo entiendo—, dijo Leo. —Unas pocas sonrisas, unas pocas firmas.

—Correcto. He contratado a un fotógrafo. Necesitamos tener buenas fotos de ti allí, tratar de superar la mala publicidad que constantemente hace las rondas.

Me miró cuando lo dije. Quería preguntarle por la rubia tetona de la foto, pero me mordí la lengua. No importaba.

—Creo que lo tengo—, dijo Leo. —Será más fácil que ese discurso de donación que me

hiciste hacer.

Me encogí de hombros. —En ese momento no sabía si ibas a seguirme el juego. Tenía miedo de que si te lo decía de antemano, me dejarías plantada.

—Eso pudo haber sido lo que sucediera—, estuvo de acuerdo Leo. —Pero ahora entiendo lo que estás haciendo. No me gusta andar por ahí como el bonachón local. No es mi estilo, pero lo haré si eso significa que puedo volver a jugar.

Asentí con la cabeza. Después de todo, de eso se trataba.

Me detuve en el estacionamiento del Jackson Memorial Hospital y caminamos hasta la recepción donde reconocí a Daniel, el tipo de las fotos, y a Anuel, un reportero. Yo había elegido un equipo en el que todos eran hombres. No necesitaba que Leo tuviera ninguna distracción.

Caminamos hasta el Centro Pediátrico de Jackson y nos anunciamos.

Un hombre mayor con una bata blanca nos hizo una seña al vernos. Su voz era profunda por los años de demasiados cigarrillos, y tenía arrugas en la sonrisa que se abrían de sus ojos cuando nos saludó.

—Gracias por venir—, le dijo a Leo, con un ánimo amable y agradecido, después de presentarse como el Dr. Cortez. —Tenemos mucha suerte de que nos visites. Los niños están emocionados.

Dejé que Leo se fuera primero, seguido por Daniel y su cámara. Anuel se quedó a mi lado, anotando notas a medida que avanzábamos.

—Cuidamos a los niños que necesitan atención médica adicional mientras les dejamos hacer lo que ellos habitualmente hacen. Contamos con un parque infantil y salas de actividades para que ellos no se aburran mientras están a nuestro cuidado. También nos esforzamos por enseñar a los padres, lo que necesitan saber para cuidar a sus hijos en casa.

Miré a Leo. No estaba fingiendo que le importaba. Estaba interesado en lo que el Dr. Cortez tenía que decir. Nos llevaron a algunas habitaciones privadas y nos mostraron las instalaciones. Todas las habitaciones estaban pintadas con colores brillantes y personajes de dibujos animados para amenizar el lugar, muy propicio para aumentar el espíritu de los chicos y todo aquel que llegue.

—Todo esto será actualizado y mejorado con más tecnología ahora, gracias a su donación—, dijo Cortez. Él le sonrió a Leo, quien asintió, sonriendo también.

—¿Conozcamos a los niños?—, preguntó el Doctor.

Lo seguimos hasta una gran habitación con ocho camas. Los niños se alegraron de ver a Leo, incluso las niñas. Me paré a un lado con Anuel y lo vi entablar combate con ellos, gozando; haciendo chistes y haciendo el grito del equipo. Hizo todo lo que le pedí y más. No tenía la sensación de que él estaba fingiendo o que fuera algo forzoso, parecía que en verdad lo estaba disfrutando. Realmente se preocupaba por los niños. Se llevaba bien con ellos, y se aseguró de no hacer ningún comentario desubicado o fuera de lugar. Todo fue encanto.

—Esta va a ser una gran historia—. Me dijo Anuel. Todavía estaba garabateando en un pequeño cuaderno. Daniel enloqueció. Todo el mundo ignoró la cámara, tal y como se suponía que debía ser, pero sonaban los clic una y otra vez.

Cuando llegó el momento de terminar, el Dr. Cortez se alejó y regresó en breve con un lienzo con huellas de manos y una placa con el nombre de Leo en él.

—Los niños lo hicieron para ti, para darte las gracias—, dijo.

Leo lo aceptó y posó con Cortez y los pequeños para una foto más antes de que finalmente fuera el momento de irse.

Cuando estábamos en el coche, Leo sopló como si hubiera estado aguantando mucho tiempo.

—Eso fue intenso—, dijo.

Asentí con la cabeza. Había sido mucho más emocional de lo que esperaba.

—Fue una buena idea hacerlo—, le dije. —Anuel escribirá una gran historia, y Daniel tiene unas fotos fantásticas. Es uno de los mejores que hay en lo suyo.

—Gracias—, dijo Leo, volviéndose hacia mí. —Por todo esto.

—No me lo agradezcas. Me pagan por hacer esto.

Leo asintió con la cabeza y miró hacia adelante mientras yo salía de mi espacio de estacionamiento.

—Salgamos a cenar—, dijo Leo. —Para celebrar.

—...Leo....

—No, quiero decir como una cosa de negocios. Para discutir nuestro próximo movimiento. Ese tipo de cosas. Se te permite hacer eso, ¿verdad?.

Dudé un momento antes de asentir. La cena de negocios estuvo bien, y tuvimos que hablar de lo que vendría después para Leo.

—De acuerdo—, dije. —¿Adónde voy?.

Me dirigió hacia el borde del mar donde entramos en Il Gabbiano, un elegante restaurante italiano. No necesitábamos una reservación. Leo Bell consiguió una mesa, y nos llevaron a una que miraba por encima del agua a los edificios de gran altura a través de la bahía de Biscayne hasta Brickell Key.

—Esto es realmente lindo—, dije, mirando a mi alrededor. El restaurante era un lugar de lujo, pero tenía un aire hogareño, y no me sentía mal vestida.

—Me encanta este lugar—, dijo él.

Un camarero vino a nosotros y pidió una botella de vino. El hombre desapareció, y Leo me miró directo a los ojos.

—Así que, realmente disfruté el día de hoy—, me miró complacido. —No pensé que sería tan satisfactorio como lo fue.

Le di mi mejor sonrisa genuina. —Me alegro de que te sientas así.

—¿Cómo te sientes al respecto?— me interrogó él.

—¿Sobre qué?.

—Bueno—. Se encogió de hombros. —No estás diciendo mucho sobre este día. Después de la noche que hice la donación, estabas tan feliz, y ahora no pareces tan involucrada.

Quedé sorprendida, y no pude hacer contacto visual con él. Realmente no sabía qué decirle.

—Todo va según lo planeado, por lo que estoy contenta, obviamente. Tú también deberías estarlo aun mas. Se ve bien para ti.

—¿Y para nosotros?—, preguntó.

Respiré profundamente. —No hay un *nosotros*, Leo.

—No lo digo en ese sentido—, dijo. —Quiero decir, no lo sé. Pareces cerrada. Distante. No es exactamente cómo has sido antes.

—Bueno, tal vez eso tiene que ver con el hecho de que no importa lo que pase entre nosotros, siempre estás en la prensa amarilla al día siguiente con una mujer nueva en tus brazos. No me involucro emocionalmente ni nada, pero me ofendo cuando me olvidan tan fácilmente.

Leo me guiñó el ojo.

—Es una bofetada en mi cara como tu Gerente de Relaciones Públicas, también, considerando que yo soy la que tiene que seguir limpiando tus desastres.

Leo suspiró. —Así que, estás molesta por las fotos que han aparecido.

Asentí con la cabeza. —¿Cómo esperabas que no lo estuviera? Sigue pasando una y otra vez.

¿Y las fotos? Dios, uno pensaría que en algún momento te darías cuenta de que te estás hundiendo. Y que si no cambias algo, todo seguirá en la misma dirección.

—¿Qué quieres que haga?—, preguntó.

Se estaba enojando. Yo también. Hacíamos una gran pareja, sentados en un restaurante, discutiendo. Parecíamos novios peleando. Pero eso no estaba destinado a suceder.

—No sé, no te metas en problemas, ¿tal vez? No pensé que fueras tan adicto al sexo, y que no pudieras dejar de hacerlo por tu propia imagen. Ni siquiera te pido que te detengas, sólo que lo hagas a puerta cerrada. Pero tampoco puedes hacer eso. Te encanta la atención, ¿verdad?.

—Eso no es justo—, dijo.

Respiraba más fuerte, como si hubiera estado corriendo.

La ira me quemó el pecho. —No, ¿Sabes qué no es justo? Finges que todo está bien cuando el hecho es que no lo está.

Agitó la cabeza. —No estoy fingiendo. Todo está bien. Si tuviera un problema, podría haberte hablado de eso cuando ocurrió. Pensé que estaba claro que no quería embrollos. Las fotos que ni siquiera se suponía que debían ser impresas mostraban tanto, y ni siquiera eran lo que se vio.

—Pero fue, Leo. ¿No lo entiendes? No importa lo que hagas, siempre hay fotos, siempre hay alguien mirando.

Me di cuenta de que me aferraba a mi bolso como si fuera un salvavidas. Me obligué a ponerlo en el suelo. Mi mente se dio cuenta de que intentaba decirme que no había hecho nada con las chicas. Pero mi corazón no quería creerlo. Fue demasiada coincidencia y siguió sucediendo. Traté de concentrarme en lo que quería decirle como su gerente de relaciones públicas, no como su novia, si además no lo era.

No soy su pareja. Eso me lo tenía que tatuar en la mente. Y nunca quise serlo.

Estaba mintiéndome a mí misma y lo sabía. Pero lo que sea que me haya llevado a esta conversación, lo entendería.

—No fue mi elección—, dijo.

Agité la cabeza. —Esta fue tu elección. Tú podrías dejar de ser el centro de atención si no fueras el jugador famoso y exitoso que eres. Pero tienes que ceñirte al plan, porque no puedo seguir recogiendo la basura que dejas después de ti.

Leo se metió las manos en el pelo. —No suena nada justo—, dijo.

Eso ya lo sabía. La vida no era justa, no importaba dónde estuvieras. O no te notaron en absoluto, o te notaban demasiado. Eras parte de una familia que terminabas odiando, o no eras parte de una en absoluto. A todos nos dieron una mano de cartas. La única manera en que podíamos pasar por la vida era jugar lo mejor que pudiéramos.

—Ya no tengo ganas de comer—, dijo Leo cuando llegó el vino. Miró el menú.

—Yo tampoco—, dije. Había perdido el apetito.

—¿Qué sigue?—, preguntó.

—El miércoles nos reuniremos con el comité de la ciudad para ayudar a las personas sin hogar—, le dije, intentando soltar la emoción y enfocándome en lo verdaderamente importante, los negocios.

—Correcto—. Leo asintió. Se recostó en su silla. Parecía que habíamos llegado a un punto muerto. Lo odiaba. No quería preocuparme por él. Preocuparse por la gente acababa doliendo.

Capítulo 28

Leo

Me paré en el túnel que conducía al campo. Todos los miembros de mi equipo estaban allí, de pie junto a mí. No eran tan hostiles como antes. No éramos exactamente amigos. A excepción de Lucas, no me sentía parte del equipo, pero estaba saliendo al campo y eso era lo único que importaba. Me sentía grande, fuerte, invencible. Era todo lo que estaba esperando, esta era mi vida.

Dios, extrañaba jugar. Estar suspendido por seis juegos había sido pura tortura. Pero ya se había acabado.

Salimos corriendo al campo y el rugido de la multitud fue ensordecedor. La hierba verde estaba esponjosa bajo mis pies, y las luces cegaban de tal manera que no podía ver bien. Solo podía estar en un campo de fútbol, conocía cada espacio. Estaba rodeado de cuatro sombras que corrían como yo.

Susan estaba mirando. En el fondo de mi mente, sabía que ella lo estaba haciendo. No debería importarme, pero lo hacía. Ella no me había visto así antes. No había estado jugando cuando nos conocimos. Este era un lado diferente de mí. A veces, pensaba que era el único lado que era real. Apasionado, dinámico, en mi hábitat.

—¿Estás listo?— preguntó Lucas, corriendo junto a mí.

—Sabes que si—, le dije.

Nos separamos y tomamos nuestros lugares en la cancha. Yo era el defensa. Mi trabajo era abordar y hacerlo con fuerza. Como última línea de protección, tenía que asegurarme de que la pelota no pasara. No podía recordar la última vez que alguien me pasó.

El juego comenzó, y el resto del mundo desapareció. Me concentré totalmente, nada más existía en ese momento. No habíamos jugado un partido fuerte, y dependía de mí asegurarme de que la pelota no pasara. El equipo no trabajaba como una unidad, no como solíamos hacerlo cuando yo todavía jugaba. Dudé que fuera por mí, pero todavía teníamos mucho trabajo por hacer.

El mariscal de campo se dirigió hacia mí. Él era mío. Él era mi objetivo y no iba a dejar que llegara a su destino. Hice contacto visual con el tipo a través de su visera. Me gruñó. Fui por sus caderas y le di un golpe en la ingle. Sentí la protección que llevaba en sus pantalones, y gimió a pesar del acolchado extra. Él se hundió, y yo con él.

Un defensa rompió la línea y se dirigió hacia la zona de anotación. Marqué a otro jugador además del mariscal. Me dirigí hacia él y lo derribé al suelo. El balón se liberó de la empuñadura rebotando en la banda.

La multitud saltó en gritos. El juego duró un poco más, pero al final, ganamos. Habíamos ganado al otro equipo por tres touchdowns.

El equipo se unió a mi alrededor.

—Eres un gran jugador defensivo, amigo—, gritó Lucas por encima del ruido del público y del equipo que nos rodeaba. —He olvidado lo bueno que es tenerte en el campo.

Le di una palmada en el hombro. —Iremos a celebrar esta noche—, grité antes de que nos arrastraran al vestuario.

Fuimos a la Sala Blanca. Estaba cómodo allí, y las cabinas VIP era exactamente lo que necesitábamos. Por supuesto, no nos limitamos sólo a ellas. Había más que suficiente gente en la pista de baile principal para asegurar una gran fiesta, y la música era increíble.

Bailé con un grupo que celebraba el triunfo del equipo y entre las otras participantes del club, cuando la vi bajar las escaleras desde la entrada principal. Susan llevaba un vestido azul tan apretado que parecía pintado y mucho más corto que todo lo que le había visto antes. Era del mismo color que sus ojos, el contraste con su pelo y los zapatos negros que llevaba era espectacular. Sus ojos miraron a la multitud y tal como lo pensaba, se encontraron con los míos. No sonrió como yo esperaba, pero no importó. Se abrió paso entre el gentío hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Le pregunté, tirando de ella hacia mí para hablarle al oído.

Su cuerpo y su vestido eran aún más impresionantes de cerca. Sus ojos estaban maquillados con una sombra ahumada, tal como lo hacían las mujeres hoy en día, y se le veía estupendo, era hermosa pero maquillada y vestida así, acentuaba y amplificaba su belleza. En lugar de labios rojos, usaba un lápiz color carne. Me hizo querer besarla.

—Estoy aquí para mantenerte a raya. ¿Has olvidado lo que pasó la última vez que estuviste aquí?.

Bien, las dos mujeres de la habitación privada. ¿Cómo se llamaban? No importaba. No puedo creer que la última vez que estuve aquí, perseguía a dos chicas a la vez, pero más recientemente, cuando se presentó la oportunidad, ni siquiera lo había querido. Vaya, cómo han cambiado las cosas. Pero aun así me metí en problemas por ello. Algunas cosas nunca cambiaban, supongo.

Me apoyé en Susan de nuevo. Mi brazo rozó sus pechos, y mi cuerpo respondió. Yo la deseaba. Todo en ella me gritaba para que me la llevara.

—Preferiría estar aquí contigo, de todos modos—, le dije.

Me sonrió y miró hacia otro lado, como si no hubiera querido que lo viera. Sin embargo, vi que le gustaron mis palabras y me hizo sentir increíble.

Me gustaba hacerla sonreír. Susan era una reina de hielo, fantástica en su trabajo y no se involucraba con sus clientes. Al menos, así fue como ella lo mantuvo conmigo al principio. Había tomado un poco de tiempo, pero se había descongelado, y me gustaba más la cálida y expresiva Susan que la de la máscara de hierro.

—Voy a tomar una copa—, le dije. —¿Quieres algo?.

Ella agitó la cabeza. —No estoy aquí para beber. Y tampoco deberías emborracharte.

Puse los ojos en blanco. —No necesito una niñera. Y debes relajarte. Te voy a traer algo. ¿Qué va a ser?

Volvió a agitar la cabeza.

—Bien, yo decidiré—, me alejé de ella, empujando mi camino hacia el bar.

Pedí una cerveza para mí, un buen cambio de todo el whisky que consumía habitualmente, y le pedí una de esas bebidas de chicas que todas bebían a mi alrededor. Cuando la alcancé de nuevo, se la di. Me miró con algo así como decepción, pero no dejó la bebida. En vez de eso, se la llevó a los labios y tomó un sorbo.

—Esa es mi chica—, le sonreí con un guiño.

—No soy tu chica—, dijo por encima del sonido de la música.

Levanté mis manos, agarrando la botella de cerveza en una. Era sólo una expresión. Pero, de nuevo, ya estaba a punto de emborracharme, y todos mis modales se me escapaban cuando me ponía así.

Pero al carajo con eso, acababa de ganar mi primer juego otra vez. Habíamos vuelto a liderar, y yo estaba aquí para celebrar. No había nada que dijera que no se me permitiera hacer, incluso si

estaba trabajando tan duro en mi imagen. Lucas era el mejor de los dos en el equipo, y tal vez hasta a él follaría esta noche.

Iba a querer llorar mañana cuando tuviera que ejercitarme con una resaca. Como jugadores profesionales, el alcohol debería haber estado fuera de la mesa completamente. Tenía una teoría: para sacarlo, había que beberlo.

—Baila conmigo—, le dije a Susan.

Miró a su alrededor como si se sintiera incómoda. Ubiqué mis manos alrededor de ella y la puse en mi contra.

Pareció sorprendida por un momento, pero cuando empecé a moverme, ella también lo hizo. Aun estaba tensa. Se notaban sus músculos. Sabía que hacía ejercicio. Sentí su cuerpo cuando follamos, pero esto era otra cosa. Tenerla de esta forma, su vestido tan corto como estaba, la música y el alcohol corriendo por mis venas, nos llevó a un nivel completamente nuevo, uno en el que la necesitaba, era la tentación misma esta mujer, sus movimientos no eran sexuales, eran sensuales y eso era aun mas adictivo, mas embriagador que el mismo licor.

—Ven conmigo—, dije, cuando ya no pude soportarlo.

—¿Adónde vamos?—, preguntó.

La tomé de la mano y la llevé a través de una multitud que se separó para nosotros. Cuando nos alejamos de la música y nos dirigimos hacia la habitación, ella volvió a preguntar.

—¿Qué haces? ¿Adónde me llevas?.

—A una habitación—, dije.

Agitó la cabeza, retrocediendo. —No vamos a hacer esto—. Estaba casi engrifada.

—Vamos, Susan. No puedes decirme que no, sabes que sientes lo mismo que yo, no puedes negar que te sientes tentada.

Se lo tragó. —Bien, pero no voy a ir allí a hacer lo sucio. Quiero hablar contigo.

Me encogí de hombros y la conduje de nuevo. Abrí la puerta y la cerré detrás de nosotros. Cuando me volví hacia ella, tenía las manos en las caderas y su cara era toda seriedad.

—No puedes seguir haciendo esto—, dijo. —Estás encima de mí, y estamos en público. ¿Qué crees que sucederá cuando tu mala imagen incluya a tu Director de Relaciones Públicas? ¿Se supone que tengo que arreglarlo por ti?.

Me encogí de hombros. —No estés tan tensa, nena—, respondí. La cabeza me daba vueltas y no podía pensar mucho más que en la erección de mis pantalones.

—No soy tu *nena*—, contestó con enfado. —Y juro que no vas a estropear esto por un momento... algo pasajero... conmigo.

Le sonreí. —Eres sexy cuando juras—. Levanté mi mano y la puse en su mejilla. Presioné mi cuerpo contra el de ella para que pudiera sentir mi lujuria.

—Leo, no.

Estaba protestando, pero sus labios se veían separados y sus pupilas dilatadas. Ella quería esto, me deseaba. Yo era un profesional en la lectura de las mujeres, y esta mujer quería todo mi cuerpo. Presioné mis labios contra los de ella.

No peleó conmigo. Era como si lo hubiera querido todo el tiempo. Mi lengua estaba en su boca en un abrir y cerrar de ojos, y yo la mantuve así durante un rato. Su respiración era dura, errática, imitando la mía. Sus manos estaban en mi pelo. Busqué a tientas la cremallera en la parte de atrás de su vestido y la encontré. La bajé, lentamente. Disfrutando el viaje y las sensaciones que me provocaba.

Dejó de besarme, y dio un paso atrás. Sus dedos desabrocharon los botones de mi camisa uno por uno, luego me la quitó y la dejó caer al suelo.

Su cara estaba a centímetros de la mía cuando me desabrochó la hebilla y me bajó los pantalones, pero no me besó. En cambio, cuando mis pantalones estaban alrededor de mis tobillos, junto con mis calzoncillos, se arrodilló frente a mí. Me miró con esos ojos azules penetrantes antes de abrir la boca y cerrarla alrededor de mi pene.

Su boca estaba caliente y su lengua resbaladiza mientras la deslizaba hacia arriba y hacia abajo por mi eje. Casi llego de inmediato. Gimió, cerró los ojos, e inclinó la cabeza hacia atrás. No a muchas mujeres les gustaba hacer una mamada. Susan resultó ser muy talentosa.

Cerró sus labios a mi alrededor y tragó hasta donde su garganta le permitía. Con su mano envuelta alrededor de la base, cerró el hueco. Empezó a mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás, chupando y bombeando, adelantando lo que pasaría durante el sexo. Iba a hacerme perder mi carga si seguía adelante.

La detuve, retrocediendo, así que me escurrí de su boca con un chasquido. Ella me miró.

—Me vas a volver loco—, le dije, cogiendo su mano y volviéndola a subir.

Quería soltarlo en su boca. Era la fantasía de todo hombre, pero yo quería aun mas estar dentro de ella.

El beso se hizo más urgente, y cuando se salió del vestido que aún tenía en la cadera, la empujé hacia la cama. Nos caímos en el colchón en una maraña de miembros. La distraje metiendo mi mano en sus bragas y entre sus piernas.

Estaba mojada cuando le metí los dedos y jadeó antes de encontrar su clítoris. Su gemido fue glorioso cuando jugué allí, su cuerpo rizándose contra mi mano fue una imagen que me hizo querer mas.

El olor de nuestro sexo llenaba la habitación y me impacientaba. Yo la deseaba. Su aroma fue diseñado para volver locos a los hombres, y estaba funcionando. Me concentré en ella por un tiempo más. Quería que fuera hábil y suplicara por mí.

Era tan hermosa cuando se perdía en la felicidad sexual. Ella era exactamente lo que yo quería. Le bajé la ropa interior y le desabroché el sostén. No tenía tirantes y se cayó sin ayuda. Se echó de espaldas. Sus ojos estaban sobre mí. Me puse en posición entre sus piernas cuando se sentó.

—Dios, ¿qué estoy haciendo?—, preguntó ella, con la cara confundida. Era como si de repente se hubiera dado cuenta de dónde estaba y de lo que estábamos a punto de hacer.

—Con un poco de paciencia, me lo harás a mí—, dije y sonreí con mi propio chiste.

Susan apretó la mano contra su frente como si tuviera fiebre. Agitó la cabeza, una y otra vez. —No puedo hacer esto. No lo deberíamos estar haciendo—. Se movió hacia el borde de la cama, lejos de mí.

—Vamos, nena. No me dejes colgado ahora.

Volvió a mover la cabeza. —Si nos atrapan, la prensa se va a divertir mucho. No podemos dejar la habitación del hotel juntos.

—De acuerdo—, dije. —Puedes irte primero, y yo esperaré. Me iré un poco más tarde. Pero si tenemos sexo primero, no será diferente a hacerlo ahora. Vamos, sabes que lo quieres. Mírame— Puse mi palpitante erección en exhibición. —Esto es lo que me provocas.

Me miró decidida. —No puedo hacer esto—. Encontró su ropa en el suelo y empezó a ponérsela, pieza por pieza. Esto iba en la dirección equivocada. La idea era permanecer desnudos, no ponerse toda la ropa.

—¿Qué pasa?— Le pregunté. —Esto no puede ser sólo por mi reputación, ¿verdad?.

Ella suspiró, abrochándose la cremallera de su vestido de una manera que sugería que no necesitaba la ayuda de nadie. El simbolismo no se me escapó. Había ayudado a tantas mujeres a vestirse después del hecho. No tenía ni idea de cómo se vestían sin ayuda.

—¿Si consideras quién soy y cuál es mi papel en tu vida?, de eso se trata—. Contestó Susan. Agité la cabeza, tratando de darle sentido a todo. Se dirigió a la puerta.

—No te metas en problemas—, dijo. —Y por el amor de Dios, no traigas a otra mujer aquí. No voy a estar de nuevo para siempre recoger los pedazos. En algún momento, vas a tener que aprender a hacerlo tú mismo.

Ella se fue, dejándome desnudo y sufriendo en la habitación, solo, preguntándome qué demonios le había pasado a mi final feliz.

Capítulo 29

Susan

Estar tomando la píldora anticonceptiva significaba que sabía exactamente en qué día se suponía que comenzaría mi período. No era ciencia espacial. Las hormonas estaban reguladas, y mi cuerpo sabía qué hacer y cuándo hacerlo.

Excepto que no estaba haciendo lo que debía hacer. Había empezado a estresarme el fin de semana. Se suponía que iba a empezar el viernes antes de que yo fuera a la Sala Blanca a ver cómo estaba. No lo había hecho. Era lunes ahora, y mi momento del mes seguía desaparecido.

No podría estar embarazada. No había forma de que pudiera estarlo. Usamos condones. Muchos de ellos. Claro, no eran a prueba de tontos; a veces se rompían. Había tomado educación sexual en la secundaria, así que sabía de estas cosas. Pero, no habíamos tenido ninguna señal de que alguno de ellos se rompiera, no es que siempre hubiera una señal.

Además, de todos modos, me tomé la píldora religiosamente. Oh, Dios. ¿Cuándo me perdí? No podía recordar exactamente qué día había sido, pero se me había pasado una pastilla porque había estado muy ocupada. Había doblado el número al día siguiente. Se suponía que eso ayudaría, y lo había hecho antes sin incidentes.

La píldora nunca me había fallado y la tomaba desde los dieciséis años. No había sido súper estricta en cuanto a tomarla porque a veces me volvía olvidadiza u ocupada. Pero, ¿Qué pasaría si la píldora me hubiera fallado, o si yo me hubiera equivocado, y un condón también se hubiera roto? Eso sería mi doble mala suerte. ¿Y si estuviera embarazada?

Mi estómago se convirtió en piedra. Me senté en mi cama, sintiendo como si el mundo se moviera debajo de mí. Si estuviera embarazada, ¿entonces qué?

No. Yo no dejaría que esos pensamientos me invadieran. Me levanté. No había querido dormir con Leo el sábado en el hotel, a pesar de sus avances, porque de repente me di cuenta de lo mucho que me había enamorado de él. No podían ser sólo conexiones aquí o allá cuando mi corazón se había encariñado. Obviamente él no sentía lo mismo, así que finalmente escuché al sentido común y dije que no.

Además, estaba convencida de que iba a tener mi período, ya que era el momento oportuno, y no hubiera querido sentirme avergonzada si me llegaba en ese momento. Me imaginé que mi cuerpo estaba tratando de decirme que escuchara a mi cabeza y huyera de Leo. Pero ahora la ausencia de este podría indicar que estaba embarazada. Esto era algo que no podía ser real. Él no era alguien realmente confiable y ahora... ¿Con su bebé? Era la única persona con la que me había acostado desde que lo conocí, y ciertamente había tenido mi período antes de conocerlo, así que él sería el único candidato. Pero no era mi ideal en este momento. Él había sido un gran sexo y un hombre que realmente había llegado a mi corazón, pero... Dios, esto era otro nivel.

Si había una cosa en la vida que me aterrorizaba, era quedar en cinta. No podría tener un hijo. No quería uno ahora. Yo no quería uno nunca. Mi padre había creado la forma perfecta de control de la natalidad. Su arrogancia hacia el mundo y su cobardía hacia su propia familia me habían persuadido de que nunca tomara el mismo camino.

Si estaba esperando un bebé, no tenía idea de qué hacer.

De repente tuve náuseas. ¿Y matutinas? No puede ser.

Estaba trabajando hasta llegar a un estado de pánico. Todo lo que tenía que hacer era hacerme una prueba de embarazo en casa y tranquilizarme. De ninguna manera iba a pasar un día en el trabajo sintiéndome así. Estaba tan estresada que apenas podía pensar con claridad. Tener que lidiar con Leo y sus inapropiadas insinuaciones sexuales me dio ganas de vomitar.

Levanté el teléfono. —Gonzalo—, dije. —No voy a poder llegar a la oficina. Me siento muy mal.

No era una mentira. Sentí que me iba a desmayar.

—¿Estás bien?—, preguntó.

—Creo que es un bicho que pillé el fin de semana. Con suerte, volveré mañana.

—Haz lo que tengas que hacer—, dijo. Y me sentí aliviada.

—Hazme saber cómo va.

Le di las gracias y colgué. Sin trabajo del que preocuparme, podía relajarme. Pensarlo bien y calmarme.

Me volví a meter en la cama y respiré, tratando de convencerme. Una píldora no iba a marcar la diferencia. No ahora y no con Leo, esto no estaba bien de ninguna forma. Si esto fuera verdad, todo el mundo estaría encima de él, aun si yo no digiera nada. Además, quizás él ni siquiera quería un hijo. Mi trabajo también estaba en riesgo. Dios, todo esto en mi mente, rápidamente pasando, me volvía loca.

Cuando no podía calmarme lo suficiente o hacerme entender, me levanté de la cama y me vestí. Una prueba de embarazo respondería a todas mis preguntas y podría relajarme de nuevo. No había nada de qué preocuparse. Sólo tenía que confirmarlo.

Fui a la tienda más cercana y me quedé en el pasillo con las pruebas de embarazo. Estaban justo al lado de los condones y los pañales. ¿Intentaban ser irónicos? Tomé una prueba y leí la parte de atrás de la caja. Eché un vistazo a la estantería y empujé varios en mi cesta. Había un par de una marca y otro par de otra.

Cuando llegué para pagar, la cajera me miró. Ella estaba en el lado más grande, con el pelo rizado y la sombra de ojos que era demasiado pesada para su tez clara.

—¿Tú y tu marido intentan tener un bebé?—, preguntó, agarrando las pruebas una por una.

—No espero un resultado positivo—, dije.

Eché un vistazo a todas las pruebas que había pasado.

—Cariño, por experiencia, si estás comprando tantas, ya te preocupa lo suficiente como para que pueda serlo.

Agité la cabeza. No quería oír eso. Sólo quería tranquilidad, maldita sea. Pagué y salí de la tienda con mi tesoro. Cuando regresé a casa, bebí mucha agua hasta que volví a sentirme mal. Necesitaba orinar lo antes posible. Solo quería quitarme estas pruebas del camino para poder seguir con mi vida.

Cinco vasos de agua y media hora después me encontraba en el baño. Hice sobre todas las pruebas. ¿Exagerada? Sí. Pero estaba estresada.

Tuve que esperar un rato a que se mostraran los resultados. Se sentía como si fuera para siempre. Traté de leer mientras esperaba. Incluso encendí la televisión. No podía concentrarme en nada. Al final, vi pasar los segundos hasta que se me acabó el tiempo.

Cerré los ojos y respiré profundamente antes de mirar la primera prueba.

Dos líneas. Volví a leer el folleto. Eso era positivo. Mierda. Había más. Los revisé uno por uno. Dos líneas, siempre.

Ninguno de ellos fue negativo, ninguno pudo darme un poco de esperanza de que esto pudiera

ser sólo un error, que mi cuerpo me estuviera traicionando. Estaba embarazada y tendría un bebé que nunca quise, de un hombre que nunca me querría.

¿Qué iba a hacer?

Sentí que quería llorar. Mi mundo se desmoronaba a mi alrededor. Había sido independiente y fuerte toda mi vida, pero ahora sentía que mi vida se estaba arruinando. ¿Cómo iba a hacer esto? No podría ser madre. Ni hacerle a mi hijo lo que mi padre me había hecho a mí.

Sin mencionar a Leo. No había forma de que pudiera decírselo. Si esto saliera a la luz, arruinaría su reputación. Se las había arreglado para recuperarse, ahora. No necesitaba a una mujer embarazada, ni más ni menos que su gerente de relaciones públicas, para destruir lo que había construido para sí mismo.

¿Y qué diría Gonzalo? Apenas podría presumir de mi historial de representar a la gente si me hubiera quedado embarazada de uno de mis clientes. Esta era la carrera de Leo, su vida, mi carrera, mi vida.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto. Un aborto no era una opción para mí. Tenía que jugar la mano que me habían dado. Me metí en la cama por segunda vez ese día y me tapé la cabeza como un niño, deseando que todo desapareciera. Podría programar una cita con un médico, pero sentí que sería inútil. Sólo construiría falsas esperanzas, y me dirían la única cosa que no deseaba escuchar. Iba a tener un bebé, me gustara o no.

Había crecido sabiendo que tenía que valerme por mí misma, que siempre estaría sola, y que la única manera de sobrevivir era aceptarlo. Desde muy joven, no había necesitado a nadie.

Por primera vez desde que era niña, sentí la soledad agudamente. No quería hacer esto sola. ¿Qué otra opción iba a tener? Tenía que hacerlo, y cuanto menos gente lo supiera, mejor. Por el bien de Leo, al menos, si no por el mío.

Sin embargo, dentro de mi corazón, sentía que la soledad esta vez no se sentía bien. Siempre creí que ser solo yo era bueno, no había daño colateral, pero justo ahora deseé no estar sola. Pero la mierda pasó, y esta era la vida que había elegido. Tendría que enfrentarme a todo esto. No había otra opción.

Miré las pruebas de embarazo que había tirado en mi fregadero otra vez. Dos líneas.

¿Cómo demonios me pasó esto?

Capítulo 30

Leo

—No puedo entenderla—, le dije a Lucas mientras entrenábamos en el centro.

Había aprendido mi lección sobre ir a gimnasios públicos. Acababa de terminar mi serie de brazos. Me senté en el banco a ver a Lucas levantar pesas.

—¿Qué está haciendo?—, preguntó.

—No lo sé, hombre. Un momento, ella está encima de mí, haciéndome sentir que soy todo lo que ella siempre quiso, y al siguiente, es tan fría que me mata.

—¿Y su relación profesional?— preguntó Lucas. —¿No tiene nada que ver con eso?.

Me encogí de hombros. —Supongo que sí. Simplemente no lo entiendo.

Nos sentamos en silencio, el ruido de las pesas era el único sonido que resonaba a nuestro alrededor.

—¿Dónde estás ahora?—. Lucas preguntó después de un rato.

En verdad no supe. Él me miraba esperando, pero yo no sabía realmente que decir —Apenas me habla. Desde el sábado, no he sabido nada de ella. No estaba en la oficina el lunes, y la última vez que hablamos, fue distante conmigo.

Lucas terminó sus pesas y se sentó. —No sé cómo ayudarte—, dijo. —Normalmente no te importan las mujeres, y crees que son demasiado pegajosas. Ahora es al revés. No conozco a este Leo más de lo que me dices, que es muy ambiguo.

Me reí. —No soy tan malo. Tal vez deba buscar otras opciones—, dije.

Lucas me miró lo suficiente como para admitirlo.

—Sí, está bien. Entiendo lo que dices. Es imposible comprender a las mujeres. Me vuelve loco porque normalmente conozco de ellas.

Le guiñé un ojo, que agitó la cabeza.

—Eres otra cosa—, dijo, caminando hacia la cinta de correr para terminar su entrenamiento.

—He terminado aquí—, dije. —Voy a ir a las duchas. Te veré más tarde.

Él se despidió con la mano antes de acelerar a un ritmo constante. Salí del gimnasio y me dirigí a mi casillero. Le había dicho a Lucas que conseguiría un culo en otra parte como si no me importara, pero sí.

No lo entendía, pero me importaba. No sabía lo que estaba pasando con Susan, y no me gustaba sentir todo esto, no era propio de mí. Pero era a ella a quien quería, y quería entenderla.

Mi amigo nunca lo entendería. Estaba colgado de una ex que lo engañó y él lo descubrió con un amante, traicionado y nunca lo vi con nadie más. Ni siquiera se acostó con alguien en la fiesta a pesar de mi insistencia. Entonces, ¿cómo podía entenderlo, cuando por cualquier razón se mantuvo cerrado al contacto de cualquier tipo con otras mujeres? Estaba claro, hablar con Lucas sobre Susan no estaba ayudando.

Ella había estado molesta por las fotos de mí y de otras mujeres, casi como si hubiera estado celosa. Pero trataba de dejar claro que la deseaba sólo a ella, sin embargo Susan no quería tener nada que ver conmigo.

Si esto era algún tipo de juego que estaba jugando, no lo entendía. En la fiesta, había estado

más que bien hasta el momento en que estábamos a punto de ponernos manos a la obra. Se había alejado de mí tan rápido y me había dejado colgado con mis bolas azules ya que no había querido ocuparme de mis necesidades con otra persona.

Cuando intenté llamarla, no contestó el teléfono. Yo era Leo Bell. Nunca me lo tomé como algo personal cuando una mujer se rindió conmigo. Era una maldita despedida la mayor parte del tiempo. Pero esta vez, fue casi ofensivo.

Al menos tendríamos una reunión más tarde. Se vería obligada a verme, y tal vez podríamos pensar en algo. Si esta era la única forma en que iba a tener contacto con ella, que así sea.

Capítulo 31

Leo

Cuando finalmente llegué a la oficina, pasó media hora antes de que nuestra reunión comenzara. Nos encontramos en un edificio antiguo en Miami CBD. Susan ya me estaba esperando cuando llegué. Llevaba pantalones negros y una blusa verde que hacía que sus ojos se parecieran al color del océano. Sus labios eran de color rosa pálido y las uñas de los pies del mismo color, que se mostraban en sus sandalias. Caminé hacia ella y la besé en la mejilla.

Miró su reloj cuando me alejé como si el saludo no hubiera sido más que un apretón de manos. Era difícil de creer que esta mujer fuera la misma que había visto como una gata en mi cama. La misma que me dio tantos momentos de lujuria y deseo.

—Quiero que leas esto antes de entrar—, dijo, dándome un periódico. —Esta es la iniciativa de la compañía y lo que estamos tratando de lograr a través de tu trabajo con ellos.

Asentí con la cabeza y le quité el papel, echándole un vistazo.

—¿No quieres hacerme pasar por nada?— Le pregunté.

Susan agitó la cabeza. —Creo que eso lo cubre todo.

Volví a mirar la página. El darme algo como esto fue grandioso, excepto por el hecho de que ella parecía no estar interesada en nada más que en el negocio en cuestión.

Era más fría y distante. No sabía si estaba enfadada conmigo. No parecía estar al cien por cien bien, pero cuando me habló, no había desprecio en su voz. No parecía disgustada o como si estuviera devolviendo algo a mordiscos. Ella era diferente.

—Por favor, hágame—, dije después de leer el periódico que me había dado.

—¿Sobre qué?—, preguntó, frunciendo el ceño.

—No lo sé. Lo que sea que esté pasando contigo. Estás tan cerrada que me está matando. ¿Estás enfadada?.

Movió la cabeza. —No hay nada por lo que estar enfadada. Todo va bien, y no hay fotos embarazosas en línea después del fin de semana. Ahora sólo estoy leyendo cosas buenas sobre ti, y eso es lo que hemos estado buscando. Deberías estar contento.

Cierto. Estaba contento, por supuesto, con mi progreso y cómo iban las cosas. Incluso, volví a sentir que era un miembro digno del equipo, y el entrenador parecía estar bien conmigo. Además, hacer estas cosas me había abierto los ojos al mundo que me rodeaba.

Cuando tenías tanto dinero y pasabas tanto tiempo en sólo unos pocos lugares, el gimnasio, el campo y las fiestas, no te dabas cuenta de lo que pasaba a tu alrededor. Había vivido esta vida de lujo lo suficiente como para haber olvidado de dónde venía. Construir mi imagen me había ayudado de alguna manera a construirme a mí mismo.

Si Susan hubiera sido la de siempre, todo habría sido perfecto.

—Aquí está el Sr. Clayton—, dijo ella.

Un hombre mayor con ojos negros y pelo canoso en las sienes apareció y extendió su mano desde un par de pies de distancia, se acercó a mí con una amplia sonrisa y largos pasos.

—Sr. Bell, es un honor conocerlo.

—El placer es todo mío—, le dije.

—Susan—, dijo Clayton, estrechando también su mano y agarrándola con la suya. —Por favor, entren.

Seguimos a hombre cano a través de un laberinto de aburridos corredores marrones. El edificio no tenía vida y era de color beige, todo lo construido en el era sólo para la eficiencia, nada más.

—Como sabrán, tenemos varios refugios para personas sin hogar en todo Miami en los que tratamos de poner nuestro esfuerzo y dinero. Es un trabajo difícil, sin embargo, el dinero se agota rápidamente. Contamos con voluntarios que nos ayudan dedicando su tiempo y talento. Aquí es donde entras tú, Leo. Esperamos que al tomar esta postura y ayudarnos, seas un ejemplo para tus fans.

Sonreí esperando lo mismo. Antes solo me importaba el reconocimiento por mi trabajo, pero pensar en que otros me podían ver como un ejemplo me hizo sentir orgullo. No había crecido sin un hogar, pero había sido más pobre que muchos de mis amigos. Sabía lo que algo así podía hacer por alguien. No podía olvidar mis raíces. Había estado demasiado cómodo en una vida con la que algunas personas ni siquiera se atrevían a soñar.

—Tenemos varios lugares en los que puedes participar—, dijo Clayton.

—Leí las opciones—, dije. —De todos ellos, los programas juveniles y los eventos especiales son los que más me llamaron la atención. También me gustaría donar a las colectas de comida y ropa.

Sentí los ojos de Susan sobre mí y la miré. Ella se quedó algo impávida, con una expresión que realmente no pude leer.

—Eso es fantástico, Leo—, dijo Clayton. —Estamos muy contentos de tenerte a bordo.

Me entregó un formulario para que lo rellenara con las horas y fechas en las que estaría disponible.

—Estaremos en contacto—, dijo él, después de explicarme algunos de sus procesos. —Y estoy deseando tenerte en nuestro equipo de *hazlo bien*.

Salimos de las oficinas.

—¿Qué fue todo eso?— preguntó Susan.

—¿Qué?

—Parecía que te gustaba mucho. Pensé que esto sería un castigo para ti.

—No estuve en un buen lugar toda mi vida. Sé lo que es no tener. Estoy realmente emocionado por involucrarme con todo esto.

Susan asintió lentamente, sus ojos aún estaban sobre mí.

—Ya sabes—, dijo ella. —De vez en cuando, haces algo que me sorprende completamente. Eso no es fácil de hacer.

Me encogí de hombros. —Supongo que eso es algo bueno

Sonrió. Por primera vez en días, su máscara de piedra se rompió un poco para mostrar la luz que había debajo.

—Almuerza conmigo—, le dije. Empezó a menear la cabeza, pero le corté el paso. —Puede ser en tu casa o en la mía. No me importa, pero quiero pasar algo de tiempo contigo.

Ella suspiró. —Creo que es mejor si lo mantenemos en forma profesional.

Le parpadeé. ¿Dónde estaba la descarada sexy que había conocido antes?

—Vamos. No haré nada, lo prometo. Sólo quiero charlar. Quiero hablar de la nueva dirección que está tomando mi vida. Quiero compartir esto contigo. Es por tu culpa que estoy haciendo esto ahora, después de todo.

Susan dudó antes de finalmente asentir. —De acuerdo—, dijo ella. —¿Está bien si vamos a mi

casa? No me siento muy bien.

Asentí. —Por supuesto.

Volvimos juntos a su casa en silencio. La miraba de vez en cuando. Su cara estaba seria, sus cejas tejidas, y estaba pálida.

—¿Te sientes bien?— Le pregunté.

Ella agitó la mano. —Probablemente no sea nada. No te preocupes por eso.

Lo dejé pasar. No quería presionarla ahora que había accedido a pasar un poco de tiempo conmigo. Nos detuvimos en su casa, y la seguí hacia adentro. Una vez cerrada la puerta, se relajó visiblemente. Presionó su mano contra su mejilla.

—¿Qué te gustaría comer?—, preguntó. —No me preparé para recibir invitados.

—Cualquier cosa funciona para mí—, le dije. —Incluso una taza de café.

Susan simplemente me miró y se dirigió a su cocina. La seguí. Se paró frente a la cafetera, con la mano apretada contra su estómago. No tenía buen aspecto.

—En serio, ¿Estas bien?— Le pregunté.

Agitó la cabeza y corrió hacia una habitación.

—Disculpa—, dijo ella.

Oí que se cerró la puerta del baño, y un momento después, sonó como si estuviera vomitando. Estaba preocupado. Cuando me dijo que no era nada, quise creerle, pero algo no estaba bien.

Después de un tiempo, los sonidos de sus vómitos cesaron. Fui al lugar y llamé a la puerta.

—¿Está todo bien ahí dentro?.

—Sí, estoy bien, ya salgo—, dijo ella.

Oí un grifo y luego ella abrió la puerta. Su piel brillaba de sudor. Sus párpados se inclinaban, y su pelo estaba un poco despeinado.

—Creo que necesitas ir al médico—, le dije.

—No es necesario, estoy bien

—Sí, ya lo has dicho. Y ahora estás vomitando. Esto no es una buena señal, Susan

Insistentemente respondió. —De verdad, estoy bien, Leo

Caminó a la cocina otra vez. La seguí. No iba a dejar pasar esto.

—¿Por qué estás siendo tan difícil?— Le pregunté. —Entiendo si me estás alejando porque no quieres acercarte demasiado a un cliente. Es confuso, pero tiene lógica. ¿Pero por qué rechazas la ayuda ahora? ¿Por qué es tan difícil para ti si a alguien le importas?

Ella se volvió hacia mí. Esperaba que se enfadara. En cambio, parecía que quería llorar.

—No voy a ir al médico. No pueden decirme nada que yo no sepa.

Se me cayó el corazón. ¿Y si fuera algo serio? ¿Y si estaba enferma? ¿O iba a morir?

—Susan, ¿qué necesitas? ¿Necesita tratamiento? Si se trata de dinero, puedo encargarme de ello. Sabes que puedo.

Ella negó con la cabeza y levantó una mano —No es nada de eso, Leo—. Respiró hondo, y lágrimas rodaron por sus mejillas. Me acerqué para contenerla.

—Bueno—, dije. —Sea lo que sea, todo va a salir bien

Se alejó un paso hacia atrás. —No será así—, dijo ella.

—Vamos—, la quise tomar nuevamente de forma cuidadosa para que volviera a mirarme. —

Dime qué pasa. Por favor

Quería estar ahí para ella. Quería cuidarla. De repente, el impulso era tan fuerte que no sabía qué hacer más que seguirla. Me miró, y sus ojos eran como hielo.

—Estoy embarazada, Leo

Le parpadeé. —¿Qué?

—Ya me has oído. Estoy embarazada. Voy a tener un bebé—. Ella dudó, y yo no quería oír las siguientes palabras de su boca. —Es tuyo. No quería decírtelo. Siento no habértelo dicho de inmediato. No sabía si era justo cargarte con esto.

¿Qué carajo...? No estaba preparado para escuchar esto, ella tenía razón. Pero no era como si fuera a abandonarla ahora.

—No es justo que estés sola con esto tampoco—, me oí a mí mismo decir, aunque no había planeado hablar.

Mi cuerpo se sintió como si se hubiera convertido en plomo. Se le cayó la cara y me di cuenta de que lo que dije podía tomarse a mal.

—Lo que quiero decir es que ambos hicimos este bebé y nos afecta a los dos. Estoy aquí... para ti. Tu en verdad me gustas y me importas, Susan.

Las lágrimas caían por sus mejillas, ahora, y me sentí como una mierda por no elegir mejores palabras para consolarla. Un bebé no había estado en mis planes, no en un futuro cercano. Acababa de empezar a cambiar las cosas por mí mismo. Sé que ella sentía lo mismo. Pero en el fondo había algo de emoción y esperanza, y en eso es en lo que debería haberme concentrado.

—No puedo creer que no me lo dijeras enseguida—, solté, aunque sabía que tampoco era lo mejor que podía decir.

Parecía estar diciendo cualquier palabra que se me ocurriera.

—Lo siento, pero podría arruinarlo todo, para nuestras carreras. No quería que tuvieras que lidiar con otro problema, cuando se supone que yo debería estar resolviéndolos.

—No lo veas de esa manera—, respondí, tratando de abrazarla. —Esto no es un problema. Quiero decir, sí, es inesperado, pero no es un problema.

Eso tenía que ser algo mejor. Estaba seguro de ello. Y lo decía en serio. Pero ella no parecía muy convencida.

Se apartó de mi alcance, haciéndome sentir rechazado. Traté de decirme a mí mismo que tenía cosas más importantes de las que preocuparme ahora que mis sentimientos, pero esto no era agradable.

—Lo siento, pensé que deberías saberlo, pero no necesito nada de ti. Estaré bien.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta principal.

—¿Adónde vas?— Le grité suave.

—Tienes que irte—, dijo, abriendo la puerta y manteniéndola así.

—Susan...— Dije, siguiéndola e intentando abrazarla, queriendo quedarme con ella. Pero fue insistente.

—Leo, por favor... Sólo vete. Te lo ruego.

Salí por la puerta, yo no quería, pero no tenía otra elección. Era su casa y me estaba obligando a irme.

Por un segundo ella salió conmigo y me ilusioné, mas era claramente para asegurarse de que me fuera. Porque con un asentimiento firme, se dio la vuelta y volvió a entrar, cerrando la puerta detrás de ella.

Y así de fácil, se había ido. No pude evitar pensar que se había llevado dos cosas que eran mías: ella y nuestro bebé.

Capítulo 32

Susan

Cuando era más joven, había pensado que lo peor que podía hacerme alguien, era lo que mi padre le había hecho a mi madre. Yo era una niña. Mi mamá estaba muy enamorada, pero había sido sólo su amante. En vez de recoger los pedazos cuando le rompió el corazón a ella, le dijo que se mantuviera alejada de él y que volvería a su vida ideal con su esposa perfecta.

Había crecido con un padre que sólo veía de vez en cuando para predicarme sobre los pecados mortales y el arrepentimiento. Pensé que era mejor para un niño no conocer a su padre que tener un hogar roto como ese.

Después de que Leo se fue, me quedé de pie justo en la puerta, jadeando y sin poder respirar. Había pensado que hacerlo todo sola sería muy difícil. Ahora, sentía que sería imposible. Pero no quería darle a Leo nada de lo que arrepentirse, y a mi hijo una vida de miseria.

No se lo dije a nadie, por supuesto. Por alguna razón, supe instintivamente que quería al bebé, aunque en el pasado no había pensado que quería tener hijos. Ahora que la realidad estaba sobre mí, me sentía diferente. No podía sentir otro instinto que el de protección por este ser que ahora me pertenecía y que debía cuidar en mi vientre.

Pero no podía olvidar que también tenía que proteger mi propia carrera y la de Leo. No se podía saber que habíamos tenido sexo y creado a este bebé. No parecía importarle lo suficiente su carrera como para protegerla, pero yo lo haría por él porque ese era mi trabajo.

Pasarían dos meses antes de que se me notara la barriga, y si cambiara mi estilo de vestir, podría ocultarlo un poco más. No quería que nadie en la oficina lo supiera hasta que tuviera decidido lo que iba a hacer.

Ni siquiera había podido decírselo a Dora. No sabía qué decir ni cómo decirlo. No sabía qué respuesta esperar de ella, y eso había sido igual de aterrador.



El avión llegaba tarde. Esperé en la sala de pasajeros, bebiendo jugo de naranja que sabía a mierda, considerando el precio que había pagado por él. Tomé una revista, hojeándola sin asimilar nada. Tenía que volar a Houston, Texas con los Tiburones. Estaban jugando un partido fuera de casa contra los Houston Hornets, y el entrenador Thompson no sólo me había implorado que viera el partido en vivo después de todo lo que había hecho por Leo, sino que también me había comprado una entrada.

No era en primera fila, por supuesto, pero lo prefería así. No quería sentarme con los otros jugadores, y ocupar ese tipo de espacio cuando en realidad me sentía como un *don nadie*. Tampoco quería mirar a Leo cuando obviamente no quería tener nada que ver con él.

Al llegar, me llevaron al Crown Plaza, un hotel de cuatro estrellas que tenía todo lo que podía

necesitar. Era lujoso y grande, un verdadero placer. Me di un relajo en una gran bañera, en el momento en que tuve tiempo para mí misma.

La noche antes del gran partido, llamaron a mi puerta. Cuando la abrí, Lucas Hernández se paró frente a mí. Era la estrella del running back, un hombre sólido con una sonrisa amable y el mejor amigo de Leo.

—¿Puedo hablar contigo un momento?—, preguntó.

Asentí con la cabeza y lo dejé entrar en la habitación. Caminó hacia el centro y se dio la vuelta.

—No quiero entrometerme, Srta. Valencia, pero no puedo evitar notar que hay algo entre usted y Leo.

No supe que decir, después de todo mi esfuerzo por alejarme y mantener mis emociones a raya, este chico entraba y me refregaba en la cara algo que yo estaba luchando por olvidar —Si no quieres entrometerte, entonces, ¿por qué estás diciendo esto?.

¿Leo lo había enviado a hablar conmigo?

—No sé qué está pasando entre ustedes dos, pero no está bien esto ahora. Perdí mi oportunidad de amar, pero no voy a dejar que él pierda la suya.

Lo miré, preguntándome a qué se refería, pero él no elaboró y en vez de eso siguió hablando de Leo en vez de sí mismo.

—No estoy bajo la ilusión de que tú eras la que estaba equivocada. Leo puede ser un verdadero idiota. Pero necesito que sepas toda la historia antes de juzgarlo por lo que hizo.

Fruncí el ceño y me senté en mi cama. —Está bien, te escucharé—, ahora más intrigada por esta honestidad.

Lucas asintió con la cabeza y se metió las manos en los bolsillos.

—Sé que te han llamado para arreglar su imagen, y había partes que necesitaban ser arregladas con seguridad. Pero fue suspendido por seis partidos por algo que no hizo.

Fruncí el ceño. —¿Estás hablando de conducir bajo los efectos del alcohol?.

Lucas asintió. —Sí.

—Lo sé—, le dije a Lucas. —Me lo había dicho. Ni siquiera estaba conduciendo esa noche y se había quedado dormido en la limusina. Quiero decir, eso es lo que dijo de todos modos...

Me callé, avergonzada de dudar de Leo, pero ya no sabía qué pensar.

—Leo no fue el que se quedó dormido en la limusina. Era yo. Había estado de juerga y decidí que iba a conducir a casa. Soy un peso ligero y no estoy acostumbrado a beber tanto, no puedo manejarlo como algunos de los otros chicos del equipo. Fui inflexible en cuanto a que alguien me diera las llaves y un auto. Leo cogió las llaves de la limusina y me llevó a dormir la mona. Mientras estábamos allí, llegó la policía.

—Oh—. Me di cuenta de la verdad. —Así que, cuando Leo me dijo que era él que conducía, pero que tenía las llaves en la mano y que estaba en el coche...

—Fue por mi culpa.— Lucas asintió. —Me estaba cuidando, asegurándose de que no fuera a ninguna parte. Las llaves estaban en mi mano, porque yo insistía en tratar de conducir, pero Leo me dijo que me recostara y pensara en ello, así que me dormí. Luego, cuando llegó la policía, me quitó las llaves y se llevó la culpa. Ni siquiera me lo dijo hasta el día siguiente cuando estaba sobrio y lo saqué de la cárcel, le rogué que me dijera exactamente lo que había pasado, porque me sentía muy mal.

—¿Por qué haría algo así?— Pregunté sin meditar mucho.

—Leo sabe lo difícil que ha sido para mí llegar a donde estoy, y he pasado por algunas locuras en mi corta vida. Es un buen tipo, más amable de lo que crees, y pondrá a otros antes que a sí

mismo en los momentos en que menos lo esperas.

Miré a Lucas, incapaz de encontrar las palabras. Me quedé completamente muda.

—Sabía lo que le haría a mi carrera, y asumió la culpa por mí—, continuó. —Fue suspendido, y en el tiempo que estuvo fuera, se descontroló un poco. Todo es culpa mía. Pero puedo garantizarte, Susan, que ni siquiera ha mirado a otra mujer desde que te conoció. Cambiaste todo sobre él. Sé que todo se ve mal, pero ha actuado como si estuvieran en una relación cuando, a mi entender, no lo están, ¿verdad?.

Mi inexpressión era únicamente por que mi mente no sabía que pensar. No estábamos juntos y yo, literalmente había huido de él. Esta información era tan reveladora, pero mas que eso, era algo que jamás hubiera creído.

—Bueno, no habrías podido saberlo. Está loco por ti. Esa foto con la mujer—, dijo. —La rubia

Asentí con la cabeza.

—Ella le tendió una trampa. Algo como la modelo del gimnasio, pero peor. Su amiga tenía una cámara, y ella lo preparó todo, acercándose e insinuándose, él la rechazó pero ella insistió y se puso en posición para disparar la cámara. No sé por qué, pero ella lo hizo. Todo el mundo quiere un poco de drama por estar con Leo y si no pueden, simplemente actúan para que así sea. Pero puedo garantizar que él se estaba comportando. Él no estaba interesado en ella en absoluto. Puede que las mujeres hayan sido fáciles de obtener, pero desde que apareciste en la escena él solo ha tenido ojos para ti. Eres en lo único que piensa.

—¿En mí?—, pregunté, algo atontada con todo.

Las noticias eran demasiado. Me estaba confundiendo.

—No entiendo—, agregué.

Lucas suspiró. —No estoy aquí para decirte qué hacer. Si no quieres estar con él, es asunto tuyo. Pero no lo juzgues con demasiada dureza. Es un buen tipo. Y parece absolutamente devastado de lo que haya pasado entre ustedes para terminar las cosas, quiero decir....

Me miró, y continuó. —Así que, por si acaso tuviera algo que ver con esa noche o con tu percepción de él, sólo quería que supieras cómo eran las cosas desde mi punto de vista. Siento que es lo menos que puedo hacer por él, después de todo lo que ha hecho por mí. Aunque me mataría si supiera que estoy aquí hablando contigo.

Me asintió con la cabeza cuando no tuve nada que decir al respecto y se dirigió a la puerta.

—Tengo que prepararme para el partido

—Gracias por venir—, fue lo único que pude decir.

Aclaró algunas cosas, pero me dejó sintiéndome como una mierda. No sabía por qué Leo no me había hablado de estas cosas.

Puse mis manos sobre mi estómago y respiré profundamente, dejándolo salir lentamente. Mi cabeza giraba con la información que Lucas me había dado. Leo había asumido la culpa por su mejor amigo ¿Por qué haría eso? Ni siquiera sabía si yo haría algo así por alguien.

Entendí que él había venido con las mejores intenciones. Vino a aclarar las cosas para mí, sin embargo, me sentí aún más desgarrada.

Leo no sólo era alguien que había estado construyendo su reputación poco a poco, sino que también resultó ser un tipo muy decente. Yo iba a tener su bebé. Matar su reputación ahora parecía peor que nunca.

Cuando pensé en el niño, no podía imaginarme si era mejor para él tener un padre que potencialmente lo abandonara, o lo mejor sería que nunca lo conociera. Y supongo que no era justo de mi parte pensar que Leo lo abandonaría; yo había estado pensando en el peor de los

casos.

Tal vez mi padre había luchado con problemas similares, pero sentía que él estaba equivocado y yo tenía razón.

¿Lo estaba justificando? Su reputación estaba en juego y había cometido un error.

¿Realmente éramos todos tan diferentes? Tenía que prepararme para ir al partido. Por eso estaba aquí, pero no quería ir. No quería ver a Leo y saber que nunca más podría arreglarlo todo. No quería vestirme y fingir que estaba bien cuando no lo estaba.

Quería quedarme encerrada en la habitación, sobre la cama, sintiendo lástima de mí misma. Si no estuviera embarazada, me habría bebido todo el alcohol de la nevera. En cambio, tuve que conformarme con el café, el té y las náuseas que se producían a cualquier hora del día.

Cuando ya no pude aguantar más, tomé el teléfono y marqué el único número que sabía de memoria. Esperé a que sonara, cuando lo hizo, recé para que no saliera el buzón de voz.

En el último anillo, Dora recogió, sin aliento como si hubiera estado corriendo.

—No creí que escucharía tu voz—, dijo ella. —Pensé que te estabas preparando para el partido.

—Debería estar en ello—, dije. Tragué con fuerza, tratando de no llorar. —Sólo necesitaba alguien con quien hablar.

Mi voz se rompió al final de mi frase.

—Oye, ¿qué pasa?— Preguntó Dora, sabiendo que estaba llorando. —Dime qué pasó.

Respiré profundamente. —Es una larga historia y no sé qué hacer

—Bien, empieza desde el principio—, dijo ella.

Y lo hice.

Capítulo 33

Leo

No jugué bien en el partido contra los Houston Hornets. Habíamos ganado, pero no había sido gracias a mí. Supongo que de eso se trataba jugar en equipo. Definitivamente lo podían lograr sin mí.

Susan había estado allí para mirar, pero no tuve la sensación de que hubiera estado muy interesada. Había estado sentada todo el tiempo, callada y desanimada cuando la encontré al lado del entrenador.

Sabía lo que le estaba pasando, por supuesto. Estaba embarazada de mi hijo y no estábamos juntos. No pensé que haría feliz a ninguna mujer, pero ella era diferente. Al menos lo era para mí.

Me había enamorado. Tuve que admitirlo. Tenía que haber alguna forma de hacer que esto funcionara.

Estaba embarazada y era mi hijo, mi pequeño retoño. Cuando me enteré de la noticia, no sabía cómo reaccionar. No había pensado que algo así pasaría nunca. Debería haberlo considerado, con tantas mujeres que había tenido, pero la verdad es que nunca lo sientes hasta que te golpea personalmente.

Al principio no me había sentido lo suficientemente bien como para ser el padre de ese pequeño y que Susan fuera la madre. Era el tipo de mujer que merecía que un hombre de verdad la cortejara, la sacara, le hiciera el amor, se casara con ella y yo no era nada de eso. Yo era un jugador que se la había follado varias veces y que esperaba dejarlo así. Se merecía más. De eso se trataba, la quería, pero ¿qué le estaba ofreciendo? ¿Un hombre que había estado con tantas mujeres que había perdido la cuenta? Claro, podría darle dinero, seguridad y todo eso, pero ¿qué quería realmente?

Sentí que no era suficiente. Podía empezar por mi propia imagen, que era malísima, ella más que nadie lo sabía. Y yo era un imbécil. Algunos días era mejor que otros, pero seguía siendo un idiota.

No, quería que Susan tuviera lo mejor. ¿Y yo? Yo no era el mejor. Aunque, ser padre sonaba como algo a lo que me podía acostumbrar. Cuando veía a los niños, siempre fui paciente y me imagine siendo un buen padre, presente y cariñoso, siempre creí que le enseñaría a ser una mejor persona. Pero no tan pronto. Quería que fuera cuando estuviera listo. Cuando tuviera algo que enseñar, algo mejor.

Tenía un plan de diez años en el que me volví tan fantástico que prácticamente era otra persona. Supongo que conocer a Susan me había empujado en esa dirección más rápido de lo que había planeado llegar.

—¿Vas a estar de este humor todo el camino a casa, o vas a hablar con ella?— Lucas preguntó a mi lado.

Le eché un vistazo. —Déjame en paz, Lucas—, lo miré un tanto molesto, no por él, mas bien por mis propios pensamientos.

Agitó la cabeza. —Mira, hombre. Me sacaste de apuros cuando las cosas estaban en el aire para mí. No puedo hacer eso por ti aquí, pero quiero ayudarte. Y si realmente quieres ser feliz,

irás a hablar con ella. Al menos trata de resolverlo.

Le fruncí el ceño. —¿Qué te hace pensar que quiero estar con ella?.

Mi amigo se rio, moviendo la cabeza. —Eres un idiota, ¿lo sabías? Estás huyendo de la única cosa que te puede hacer bien en tu vida. Pero lo sigues arruinando. Ve a hablar con ella. Sé que te has enamorado

Quería protestar, pero él tenía razón. Y me conocía lo suficiente.

—¿Y si ella no me quiere?— Le pregunté.

—Entonces sabrás que no eres un marica y lo intentaste.

Me lo tragué. —Palabras amables—, dije sarcásticamente, levantándome.

Él me dio una palmada en el hombro.

—Recuerda, lo peor que puedes conseguir es un *no*. Pero imagina que obtienes un *si*. ¿Verdad?

Asentí con la cabeza. Cierto. Caminé a través de las cortinas que bloqueaban la sección de primera clase y miré los asientos, buscando a Susan. Finalmente la vi, con la cabeza gacha como si estuviera leyendo algo. Tenía un asiento de ventanilla, y el joven a su lado parecía que no podía tener más de dieciocho años. Caminé en su dirección.

—¿Por qué no te sientas en mi asiento un rato?— Le pregunté al chico, mientras sacaba mi boleto. Frunció el ceño ante el billete. Cuando me miró a la cara, sus ojos se abrieron de par en par.

—Eres Leo Bell.

Asentí con la cabeza. —Sí. La primera clase está llena de tiburones hoy. Ve con Lucas Hernández, y dile que yo te envié. Te presentará por ahí.

El chico se levantó y se fue. Sonreí, mirándolo pasar a través de las cortinas.

—Creo que le acabas de alegrar el día—, dijo Susan.

—Tal vez incluso todo su año. Qué historia para contarles a sus amigos.

—Si le creen—, dijo Susan y sonrió. Tenía ojeras bajo los ojos, como si no hubiera dormido en mucho tiempo. Parecía agotada y cansada.

—¿Te importa si me siento?.

Ella agitó la cabeza y yo me senté a su lado. Tenía un libro abierto en su regazo.

—¿Qué estás leyendo?

—Cronología—, dijo ella. —Pero no puedo concentrarme.

Asentí. No sabía por dónde empezar.

—Mira, sobre nosotros... No quiero perderte. Quiero estar en tu vida. Y de la vida del bebé. De verdad que sí.

Ella agitó la cabeza. Pensé que me iba a decir que no hablara de ello en público, o tal vez no lo hiciera en absoluto. Pero me sorprendió.

—No creí ser quien diga esto—, me dijo, mirándome a los ojos. —Siento haberme alejado. Sólo estaba asustada.

Frunció el ceño. —¿Por qué?

Respiró hondo y lo dejó salir temblando. —No quiero hijos—, dijo ella. —Nunca quise tener hijos. Yo era la hija de un predicador que era demasiado orgulloso para admitir sus errores. Dejé a mi madre para que se las arreglara sola y a una hija que siempre se preguntó qué había hecho mal. Yo no quiero eso. No quiero una familia a la que pueda decepcionar. Tengo miedo porque hice un bebé que podría estar decepcionado de mí en el mañana.

—Esa fue una historia muy seria en pocas palabras—, comenté.

Ella levantó un hombro y me miró de nuevo. Sus ojos eran de un azul brillante.

—No me gusta hablar de ello, pero pensé que deberías saber por qué me asusté. Y quiero

disculparme. Debería haber sido más fuerte.

Moví la cabeza. —Lo entiendo perfectamente. Pero la vida se trata de una posible decepción y también de una probable recompensa. Tienes que arriesgar una para conseguir la otra.

—Ahora sueñas como yo—, respondió a lo que dije.

No pude evitar reírme. Pero luego me puse serio otra vez.

—Eso es bueno. Porque te quiero.

Su boca se abrió y me acerqué y le cerré la mandíbula. Se sacudió como si yo la hubiera sorprendido. Me di cuenta de que lo había dicho en un avión lleno de gente, muchos de ellos mis compañeros de equipo. Me di cuenta de que esto era para siempre, de verdad. Pero ya era hora de que reclamara lo que era mío, sin importar cuánto protestara. Sabía que era lo mejor para ella, para mí y para nuestro bebé.

—Yo también te quiero—, dijo. —Pero no tengo experiencia en nada de esto. No sé si podría ser una buena madre. Ni siquiera sé si sería una buena novia.

—Lo siento—, dije. —Pero no estoy de acuerdo. Creo que serás una madre maravillosa. Y una gran novia. O esposa.

Ella me guiñó el ojo. —¿Qué?.

—He estado pensando en ello. No voy a dejarte sola con un bebé. Pero no es sólo porque sea lo correcto. Quiero estar contigo, Susan.

Agitó la cabeza, su cara estaba confundida.

—Me he enamorado de ti—, dije, haciéndolo más claro. —Y quiero que seas mi novia. La madre de mi hijo. Mi esposa, eventualmente. Quiero decir, tal vez. Siempre y cuando pierdas todo el peso del bebé.

Sus ojos se abrieron de par en par con ira. —¿Qué demonios?

Sonreí tímidamente. —Estoy bromeando. Lo siento, mal chiste. Pero sólo bromeaba sobre la última parte. Lo cierto es que quiero estar contigo. Si me preguntaran como sería la chica de mis sueños, aquella que me conquistara y con quien querría compartir la vida, con todo lo que ello implica. Yo te describiría. Eres inteligente, dulce cuando quieres, una mujer ruda, decidida, y muy, muy sexy, atrevida y ardiente. Eres mi combinación perfecta. Yo quiero una como tú. Te quiero a ti

Ella agitó la cabeza, pero noté que no podía evitar sonreír. Luego se volvió hosca de nuevo.

—No tienes citas. Te acuestas con cualquiera. Nunca has sido un hombre de una sola mujer.

Asentí con la cabeza. —Tienes razón. Yo era todo eso. Pero entonces te conocí. Ya no quiero ser así. Y si, ahora hay un bebé y eso lo cambia todo. Quiero ser alguien de quien él sienta orgullo, quiero ser su ejemplo, su héroe, alguien admirable. Y respetar a su madre es lo primero en la lista. Yo estoy dispuesto a todo lo que esto significa, incluso los pañales. Todo. Juntos

Parecía aterrorizada cuando le hablé del bebé. Me incliné hacia adelante lentamente. Ella se quedó quieta, y yo apreté mis labios contra los suyos. Tembló un poco, y se quedó congelada por un momento antes de devolverme el beso.

—No voy a ninguna parte—, le dije. —No pretendo dejarte ni abandonar a nuestro hijo. Me quedaré a tu lado. Eres tú y sólo tú, nena. Y este bebé, por supuesto—. Puse mi mano en su estómago.

—¿Puedo sentir cómo pateas?— Le pregunté a ella.

—Es demasiado pronto para eso—, dijo y se rio.

Mientras se reía, sus ojos empezaron a llorar. Cuando las lágrimas se derramaron sobre sus mejillas, las limpié con mis pulgares.

—Vamos a estar bien, ¿de acuerdo?.

—No sé cómo—, dijo ella. Se apoyó contra mí, su cabeza bajo mi barbilla. Puse un brazo alrededor de sus hombros y la sostuve fuertemente contra mí.

Agité la cabeza. Yo tampoco lo sabía, pero si estábamos juntos, podíamos lograrlo.

—¿Confías en mí?— Le pregunté.

Susan se movió para poder mirarme.

—Sí.

Era una respuesta seria, en la que había pensado.

—Y para que conste,— dijo ella. —Yo también me he enamorado de ti. Me gustas demasiado y me siento tan bien en tus brazos. Sé que eres bueno, que eres bondadoso y un gran ser humano, si me gustaría que mi bebe tuviera esas características. Y... bueno, le daré a ser novia mi mejor oportunidad.

—Eso es todo lo que un hombre puede pedir—, le dije, feliz al fin.

Epílogo

Susan

Un año después

Cualquiera que haya estado embarazada sabría que no es un paseo por el parque. Su cuerpo se hincha, no hay espacio para sus órganos, ya no puedes llegar a los dedos de los pies, y ansía cosas que nadie en su sano juicio comería de otra manera.

Pero esa no fue la parte más difícil para mí. Había sido el miedo. Estaba aterrorizada de lo que significaría tener un bebé. Había pasado de ser soltera, independiente y estar dispuesta sólo para tener sexo, a tener un novio y ser una madre en menos de un año. Fue un gran cambio, especialmente para alguien que había tenido la peor visión de la familia, al crecer.

Leo había hecho todo lo posible para aliviar mis temores. Él había sido solidario y fuerte, cariñoso y me apoyaba siempre que lo necesitaba. Cuando me apetecía algo en mitad de la noche, él se aseguraba de que lo tuviera. Cuando me senté llorando en el suelo porque se me había caído algo y las hormonas se habían apoderado de mí, él me lo había recogido y me había consolado como si tuviera todo el derecho a llorar como una niña.

Y cuando finalmente nació nuestro bebé, nunca había visto un amor así. Leo había mirado a Liam Bell como si fuera lo más hermoso que había visto. En ese mismo momento, supe más que nunca que todo iba a salir bien.

Cuando sostuve el pequeño bulto envuelto de azul en mis brazos, sentí un tirón en mi interior.

Su vida nunca sería como la mía. Crecería en un hogar equilibrado donde prevalecían el amor, la lealtad, y sería hermoso, por dentro y por fuera. Ese pequeño ser dependía de mí para crecer en todas sus formas y mi mejor decisión había sido tener a Leo en su vida, era tan amoroso me dio paz. Ahora estaba segura de que haría todo para que mi bebé fuera feliz.

Leo había hecho todo lo que había prometido como padre. Había limpiado sus actos completamente. Por supuesto, las mujeres eran cosa del pasado, ahora que yo estaba en la foto, pero quedarse en los clubes, beber y vivir la vida de soltero se había convertido en algo del pasado.

Él estaba en casa para nosotros cuando podía, sólo salía a entrenar o a pasar tiempo con sus amigos de vez en cuando. Y ahora que sabía por qué Lucas nunca bebía mucho, no me preocupaba que Leo pasara tiempo con su mejor amigo. También descubrí por qué Lucas ni siquiera se acuesta con mujeres, pero esa es una historia para otro día.

Como gerente de relaciones públicas, nunca hubiera pensado que la mejor manera de limpiar la imagen de un hombre era darle una familia. Pero resultó que la vida tenía lecciones que enseñarme que mi trabajo no podía.

Por supuesto, todavía trabajaba para Gonzalo. Ahora estaba de baja por maternidad, pero en cuanto llegara el momento de volver, Liam iría a la mejor guardería de la ciudad. Quería seguir con mi carrera por ahora, y Leo necesitaba poder concentrarse también en el fútbol.

Cuando lo conocí, había visto un problema para el que yo era la solución. Él había sido el desafío, el jugador que me vería obligada a domar. Nunca pensé que él sería el que me tomaría y me domaría.

Jamás hubiera imaginado que un año después, tendría mi propia familia. Nunca supe lo que la vida me daría.

Pasar por todo esto de tener una familia había cambiado en gran parte mis pensamientos respecto a casi todo. Pero lo más importante, me había dado la oportunidad de perdonar, de sanarme, ya que estaba dispuesta a comenzar de nuevo en todo sentido y para ello, debía estar bien, curada de los dolores y las penas del pasado. Incluso, hable con mi padre y se lo dije, —Te perdono—, en ese momento sus ojos se llenaron de lágrimas y aun que él no dijo nada, para mí fue liberarme de una gran carga pesada.

Ahora, en silencio, antes de cerrar la puerta de la habitación del bebé, miré por un momento para asegurarme de que estaba durmiendo. Leo me abrazó por detrás y me besó el hombro.

—¿Está dormido?—, susurró.

Asentí con la cabeza. —Por fin.

Leo me dio la vuelta y me besó. —Ven a la cama conmigo—, dijo.

Tomó mi mano y me llevó a nuestro dormitorio. Encendí el monitor del bebé. Tenía una cámara que me permitía ver cómo estaba.

Leo se subió a la cama y abrió las sábanas para que yo también me acostara. Me abrazó y me acercó, besándome de nuevo.

—¿Cómo estás?—, preguntó.

Asentí con la cabeza. —Estoy bien.

Él sonrió. —Es bueno oír eso. ¿Eres una madre feliz?.

Asentí con la cabeza. Nunca pensé que lo diría, pero era una madre extremadamente feliz.

Leo me besó de nuevo. Se quedó en mis labios, y abrí la boca, dejándole entrar. Me penetró con su lengua, saboreándome lentamente. Su mano se deslizó por mis costillas, más y más abajo. Antes de deslizar sus manos entre mis piernas, se detuvo.

—¿Estás de acuerdo con esto?—, preguntó.

No habíamos hecho el amor desde que nació Liam. Necesitaba recuperarme. No sólo físicamente, sino también emocionalmente y mentalmente.

—Lo estoy—, dije. —De hecho, vuelvo enseguida.

Me levanté de la cama y caminé hacia el armario donde recogí una caja que había escondido allí una semana antes. Le sonreí a Leo antes de entrar al baño y cerrar la puerta.

Abrí la cajita y tomé una tanga roja y un babydoll rojo a juego. Me los puse y me miré en el espejo. No había subido mucho de peso durante mi embarazo, pero no estaba donde quería estar. Aun así, la lencería se veía bien, y a Leo no le importaba mi cuerpo en absoluto. Pero pronto empezaría a correr de nuevo.

Cuando abrí la puerta, él me miró. Sus ojos se deslizaron por mi cuerpo y volvieron a subir.

—Dios, te ves tan sexy—, dijo.

Me sonrojé y caminé hacia él, mostrando mi cuerpo. Se levantó y cruzó la cama, arrodillado en el colchón. Me rodeó con sus brazos y me puso en su contra. Su erección se forzó contra sus calzoncillos y presionó sobre mi abdomen inferior. Me estremecí en anticipación.

Me besó en la boca antes de continuar por mi cuello dejando un rastro de fuego. Me dio un pulgar en la clavícula, besando la piel que había tocado antes de deslizar su mano hacia mi pecho. Me quedé sin aliento. No me habían tocado en tanto tiempo. Yo me sentía muy sensible.

Como si lo entendiera, fue amable conmigo. Me retorció el pezón entre el pulgar y el índice, haciéndolo rodar por debajo del material. Su otra mano estaba en la parte baja de mi espalda, sosteniéndome contra él mientras giraba sus caderas contra las mías.

Me quedé sin aliento. El calor inundó mi cuerpo y se acumuló entre mis piernas. Mi corazón se

endureció, y yo lo quería a él. Me tiró a la cama y me acostó de espaldas.

—Te ves fantástica con esto, nena—, dijo, tirando del elástico de mi tanga. —Pero me temo que tendrá que salir.

Sonreí. Enroscó sus dedos alrededor de ella por ambos lados y la bajó lentamente por mis piernas. Se le cayó al suelo. Deslizó sus manos por mis piernas, moviéndose hasta llegar al ápice de mis muslos. Me masajeó la cara interna de los muslos antes de subir una mano y encontrar mi clítoris.

Lo frotó en pequeños círculos, y yo jadeé mientras me trabajaba, empujándome cada vez más cerca del borde. Con la otra mano, insertó dos dedos, y me retorcí contra él. Era puro éxtasis. Equilibrado entre sus manos, me llevó al orgasmo. Grité, agitándome por completo.

Cuando lo miré, sonrió. Se empujó hacia arriba, dejándome que me recuperara, y bajó sus calzoncillos. Su pene saltó libre, duro y ansioso. La punta brillaba con anticipación, y ya casi podía sentirlo dentro de mí. También se quitó la camisa, quedando desnudo.

Sus músculos se abultaron por todas partes, ondulando bajo su piel mientras se movía. Se arrastró sobre mí y se colocó en mi entrada. Me besó de nuevo, presionándome sólo con la punta. Me retorcí debajo de él, queriendo más.

Sonrió contra mis labios. Disfrutaba burlándose. Puse mis piernas alrededor de sus caderas y lo arrastré más cerca. Se rio y me dio lo que quería, deslizándose hacia mí.

Me quejé. Había olvidado lo grande que era, lo bien que se sentía cuando estaba dentro de mi cuerpo.

—¿Estás bien?—, preguntó.

—Más que bien—, se me escapó de los labios.

Me encantó que ya no tuviéramos que usar condones. No había nada entre nosotros; sólo nuestros cuerpos desnudos encontrándose y estando completamente juntos.

Sonrió y se movió dentro, tirando hacia afuera y empujando hacia adentro, creando fricción, a un maravilloso ritmo. Su sexo forzó mi respiración fuera de mi cuerpo. Sus caderas se doblaron contra las mías mientras empujaba más y más rápido.

Mi segundo orgasmo no estaba muy lejos, y con sus golpes, se acercó rápidamente. Mis piernas se entumecieron en las rodillas, y él convenció un fuego para que naciera en mi interior. Cuando no pude aguantar más, me caí al abismo por otro orgasmo. Mi cuerpo se enroscó alrededor de Leo, mis dedos enroscando y tirando de su pecho, por un momento, dejé de respirar mientras el puro placer me sacudía el cuerpo.

Cuando finalmente pasó, jadeé, respirando con dificultad. Pude ver su sonrisa y yo también le di la mía, mirándolo con dulzura.

—Date la vuelta—, dije.

Leo parpadeó.

—Vamos—, dije. —Acuéstate de espalda.

Él asintió y se deslizó fuera de mí. Se movió para acostarse a mi lado. Me puse a horcajadas sobre sus caderas. Me incliné sobre su pecho y lo besé, antes de balancearme sobre su pene y guiarlo hasta mi entrada con una mano. Me agaché sobre él. Leo y yo suspiramos al mismo tiempo y se deslizó hacia mí. Desde este ángulo, se adentró más profundamente.

Me moví un poco, poniéndome cómoda encima de él antes de mover mis caderas hacia adelante y hacia atrás. La cara de Leo se le aflojó, y sus ojos estaban encapuchados mientras alternaba mirando mis ojos y mis pechos. Me balanceaba cada vez más rápido, sintiéndolo deslizarse dentro y fuera de mí. Él gimió.

Puse mis manos sobre su pecho y tomé mi ritmo, cabalgando cada vez más fuerte. Mis rodillas

se frotaban contra las sábanas a cada lado de su cuerpo, y sentía que los músculos de mis caderas se tensaban. Iba a sentirlo por la mañana. Pero mantuve mi ritmo.

Lo sentí endurecerse dentro de mí, creciendo aún más, y supe que estaba cerca. Me estaba cansando, pero sabía que necesitábamos un poco de tiempo.

Leo se soltó dentro de mí, su cara acribillada de concentración, su cuerpo tenso y su miembro sacudiéndose dentro. Me encantó desde que me quedé embarazada y ahora que estamos comprometidos, él podría entrar en mi vida y en mi todo. Me sentí bien al sentir su pene crudo, su semilla derramándose en mí. Su orgasmo provocó mis propios ecos, y yo me desplomé en su pecho mientras cabalgábamos juntos por las olas de placer.

Cuando el calor amainó y su pene se ablandó, me bajé de él y rodé en la cama quedándonos muy cerca.

—Enseguida vuelvo—, dije y me levanté de la cama.

Fui al baño y me limpié. Cuando volví, Leo ya estaba dormitando. Me metí debajo de las sábanas. Él rodó sobre su lado, y yo hice lo mismo, mi espalda contra su pecho. Enroscó su cuerpo alrededor del mío como un signo de interrogación y se aferró mientras ambos nos dormíamos.

—Te amo—, susurré. —con todo mi corazón.

Supuse que no estaba completamente dormido, porque medio abrió un ojo y sonrió.

—Yo también te amo.

Aún no estaba segura al cien por ciento de tener un hijo y una relación. Todavía habría días difíciles por delante, y no sabía qué esperar. Lo que sí tenía claro era que Leo siempre se mantendría a mi lado y, juntos, superaríamos cualquier cosa que se nos presentara.

Y la vida sería mejor porque nos teníamos el uno al otro, y a nuestro bebé también. Estábamos juntos, y éramos una familia.

FIN